

LOS NIÑOS  
GRITLI

Berta Quirfana

LOS NIÑOS GRITLI

Carmen Ruiz Bravo-Lillo

OBRAS DE JUANA SPYRI

HEIDI

*Edición Regalo, gran tamaño,  
con numerosas ilustraciones. 7 Ptas.*

*Edición Corriente, con numerosas  
ilustraciones . . . . 4 Ptas.*

OTRA VEZ HEIDI

*Edición Regalo, gran tamaño,  
con numerosas ilustraciones. 7 Ptas.*

*Edición Corriente, con numerosas  
ilustraciones . . . . 4 Ptas.*

LOS NIÑOS GRITLI

*Edición Regalo, gran tamaño,  
con numerosas ilustraciones. 7 Ptas.*

*Edición Corriente, con numerosas  
ilustraciones . . . . 4 Ptas.*

SIN PATRIA 3'50 Ptas.

CBV  
G-18

JUANA SPYRI

# LOS NIÑOS GRITLI

(WO GRITLIS KINDER HINGEKOMMEN SIND)

UNA NOVELA PARA LOS NIÑOS  
Y PARA LOS QUE AMAN A LOS NIÑOS

*Traducción de*  
CARLOS GUERENDIAIN



DONACION DE
Carmen Ruiz
Bravo-Villasante

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.  
PROVENZA, 216. - BARCELONA

Carmen Ruiz Br.

22-XII-96

Reg. ED (C.B.V.): 31.443

U.A.M.  
BIBLIOTECA  
DE UAM  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE MADRID

*Es propiedad por lo que se refiere a los derechos exclusivos  
de traducción al español, así como a la presente traducción.*

*Copyright by Editorial Juventud, S. A., in 1931.*

Primera edición, junio 1931

*Published in Spain  
Impreso y editado en Barcelona (España)*

---

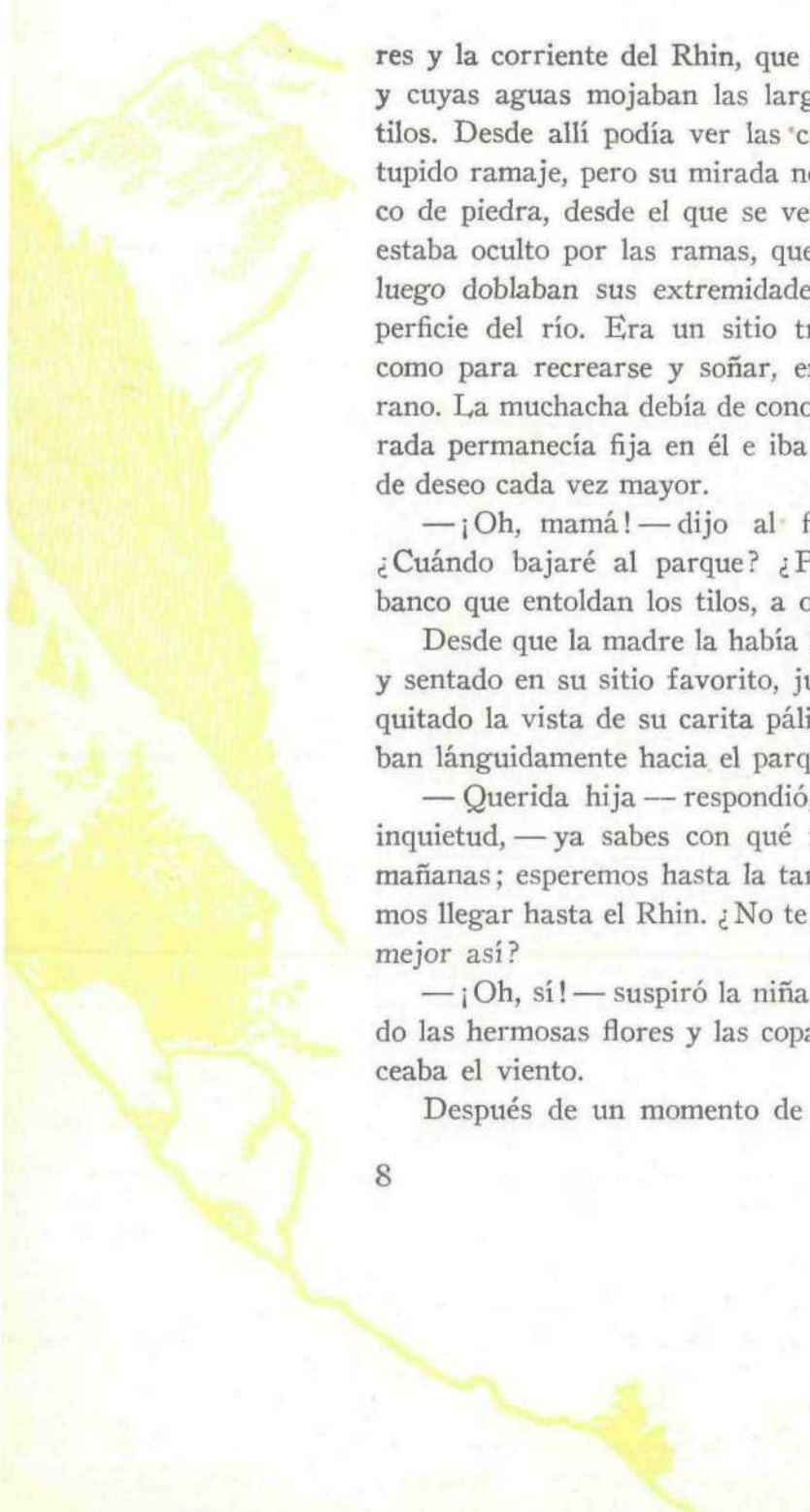
ATENAS A. G. - Provenza, 157. - BARCELONA

UNA CASA DE CAMPO A ORILLAS DEL RHIN

## CAPÍTULO PRIMERO



El sol de junio derramaba sus rayos sobre la hermosa casa de piedra por cuyas paredes trepaba un rosal; las rosas, recién abiertas, esparcían un delicioso perfume que la brisa matinal introducía por las ventanas de la casa, con los aromas que venían del jardín, lleno de flores de todas clases. En el centro del jardín había un pequeño estanque con una fuente que lanzaba un chorro de agua hacia el espacio. Por todo el jardín volaban mariposas de variados y vivos colores. Los árboles de espeso ramaje que rodeaban el jardín escondían grupos de estatuas antiguas de piedra, con surtidores en los brazos, y también bancos rústicos colocados en rincones apacibles; en las copas de los árboles cantaban los pájaros, balanceándose en las ramas. Tras una de las ventanas altas de la casa, estaba sentada una muchachita pálida que contemplaba el jardín gozando de la mañana esplendorosa; pero no de los perfumes de las flores, porque la ventana estaba cerrada. A través de los grandes ventanales miraba ansiosa las hermosas flo-



res y la corriente del Rhin, que pasaba al pie de la terraza y cuyas aguas mojaban las largas ramas colgantes de los tilos. Desde allí podía ver las copas de los árboles con su tupido ramaje, pero su mirada no podía llegar hasta el banco de piedra, desde el que se veían correr las aguas y que estaba oculto por las ramas, que le servían de techo y que luego doblaban sus extremidades para llegar hasta la superficie del río. Era un sitio tranquilo y delicioso, hecho como para recrearse y soñar, en las cálidas tardes de verano. La muchacha debía de conocer este rincón, pues su mirada permanecía fija en él e iba adquiriendo una expresión de deseo cada vez mayor.

— ¡Oh, mamá! — dijo al fin con voz temblorosa. — ¿Cuándo bajaré al parque? ¿Podré ir a sentarme en el banco que entoldan los tilos, a orillas del Rhin?

Desde que la madre la había llevado a aquella habitación y sentado en su sitio favorito, junto a la ventana, no había quitado la vista de su carita pálida y de sus ojos que miraban lánguidamente hacia el parque lleno de sol.

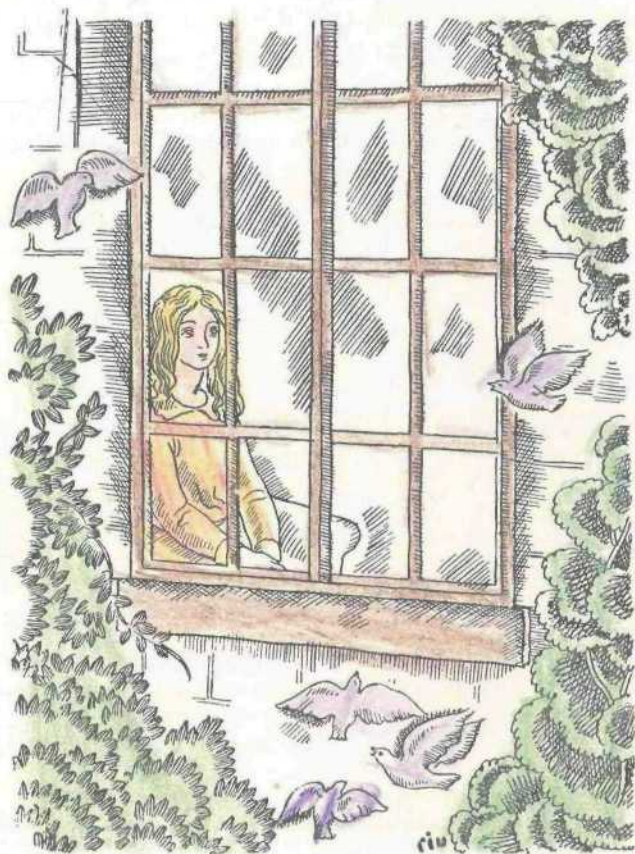
— Querida hija — respondió, con una ternura llena de inquietud, — ya sabes con qué facilidad te cansas por las mañanas; esperemos hasta la tarde y entonces quizá podremos llegar hasta el Rhin. ¿No te parece, hijita mía, que será mejor así?

— ¡Oh, sí! — suspiró la niña y, silenciosa, siguió mirando las hermosas flores y las copas de los árboles que balanceaba el viento.


Después de un momento de silencio:



— ¡Qué hermoso está el campo! ¿No podríamos ir en seguida, mamá? — rogó nuevamente, con una expresión de deseo tal, que su madre no pudo resistir más y se levantó.



En aquel momento entró en el cuarto una mujer de alguna edad, con un aspecto tan limpio y ordenado, que parecía que en todo el día no había hecho otro trabajo que



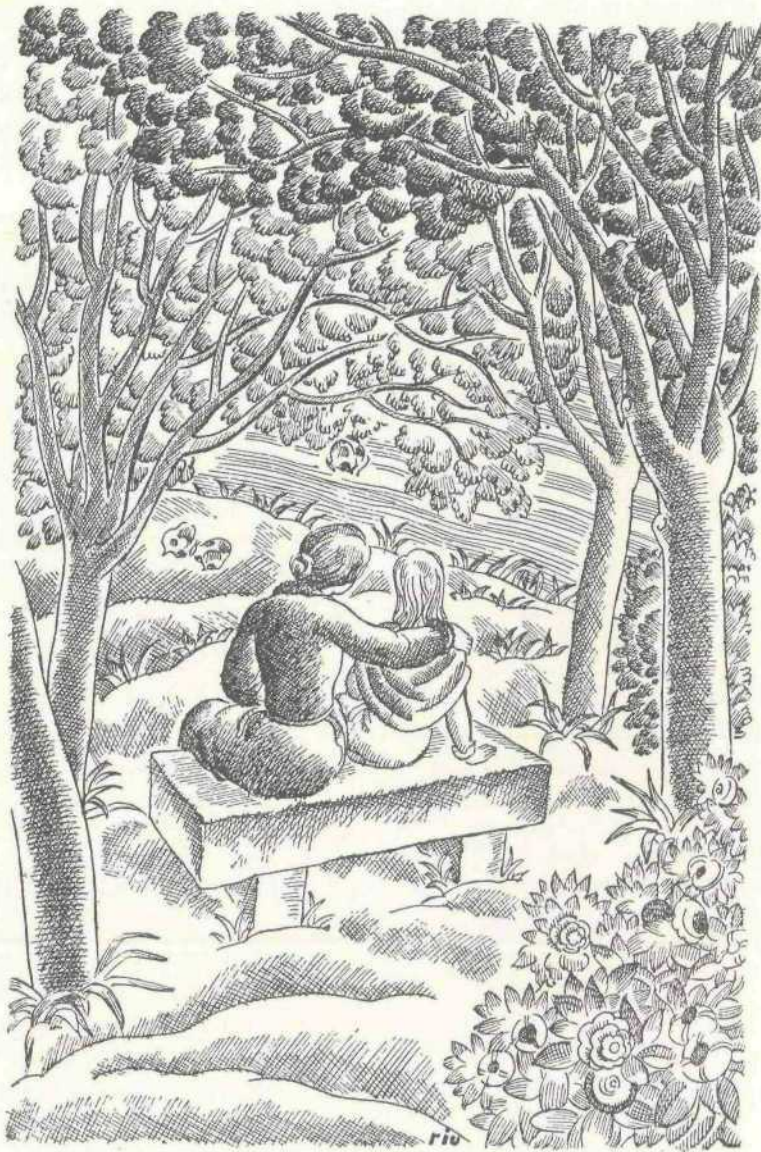
peinar sus cabellos grises, los cuales llevaba cubiertos con una cofia muy blanca, y ordenar su traje correcto aunque sencillo; sin embargo, ella era la que tenía a su cargo la dirección de la casa y a sus órdenes a todo el personal. Aun no había acabado de entrar cuando madre e hija le gritaron al mismo tiempo: —¡Oh, Clarisa, con qué oportunidad llegas! — Y las dos le expusieron el caso; la madre preguntándole con ansiedad si ella creía que se podría atrever a dar un paseo por el jardín con la chica, y ésta suplicándole que dijera que sí. Clarisa era en la casa una personalidad a la que acudían en sus necesidades, en busca de consejo, desde la señora hasta el último de los criados. Y es que no había más que fijarse una vez en sus ojos para tener confianza en ella, pues miraba a todas las criaturas humanas con una expresión de cariño casi maternal.

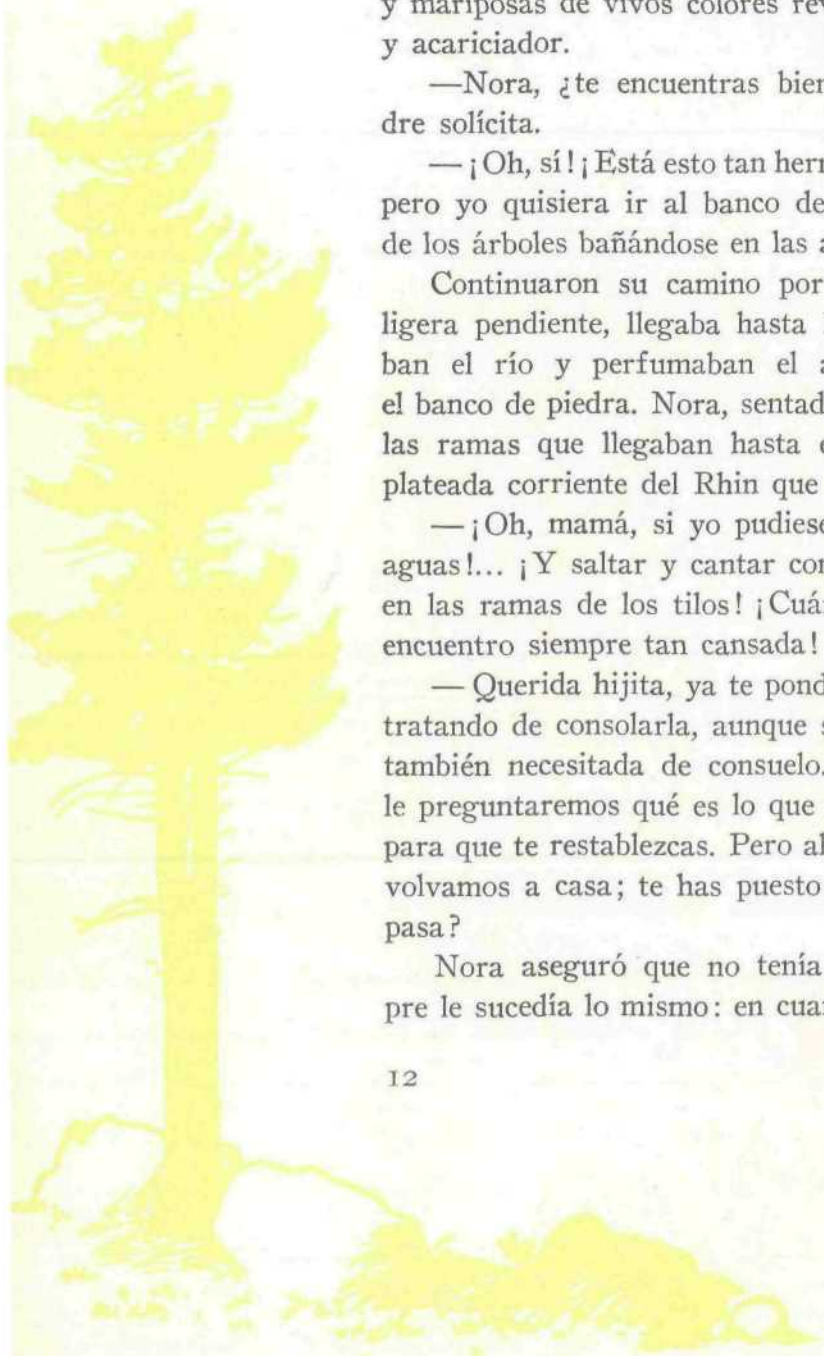
— Clarisa, dí que podemos salir — repetía suplicante la niña.

— Querida señora Stanhope, ¿vamos a hacer la prueba? — dijo Clarisa dirigiéndose a la madre. — El aire es delicioso y todos los pájaros cantan como si nos invitaran al paseo.

— Bueno. Si ese es tu parecer, vamos — aprobó la mamá.

Llamaron a Federico, un criado viejo de la casa, que la bajó en brazos hasta el pie de la escalera, a fin de que no se cansase antes de llegar al jardín, pues sus fuerzas estaban muy agotadas. Logrado esto, las dos señoras, sosteniendo a la chica por debajo de los brazos, la llevaron





por los paseos del jardín, bañados por el sol. En las ramas cantaban los pajaritos, las rosas perfumaban el ambiente y mariposas de vivos colores revoloteaban por el aire, tibio y acariciador.

—Nora, ¿te encuentras bien aquí?— preguntó la madre solícita.

— ¡Oh, sí! ¡Está esto tan hermoso! — contestó la niña, — pero yo quisiera ir al banco de piedra y mirar las ramas de los árboles bañándose en las aguas del río.

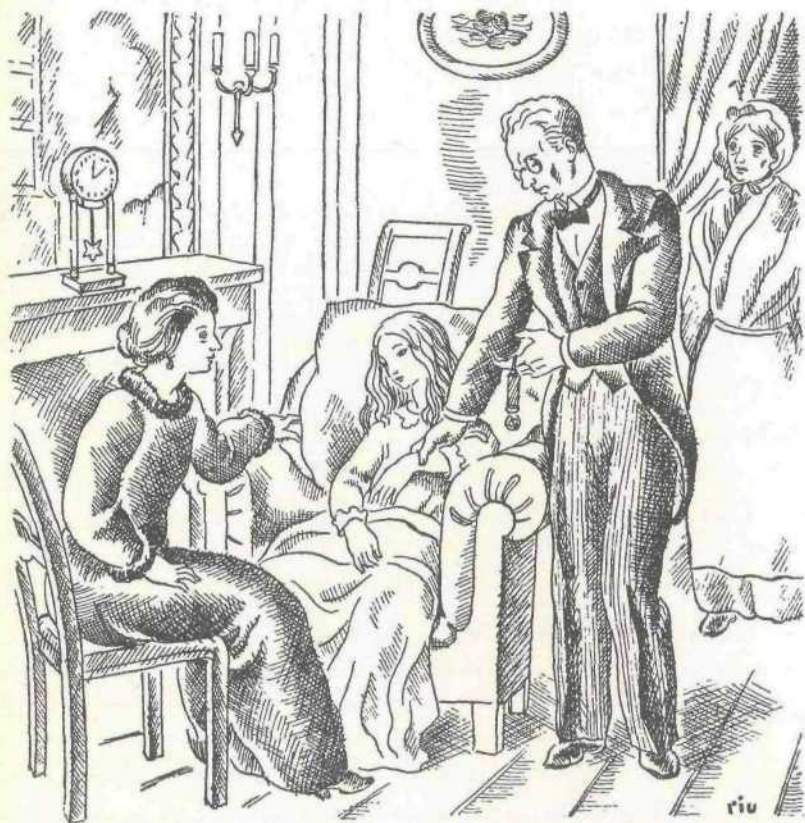
Continuaron su camino por la verde pradera que, en ligera pendiente, llegaba hasta los tilos en flor que orillaban el río y perfumaban el aire, cubriendo de sombra el banco de piedra. Nora, sentada en el mismo, contemplaba las ramas que llegaban hasta el agua, acariciadas por la plateada corriente del Rhin que huía sin cesar.

— ¡Oh, mamá, si yo pudiese también correr como esas aguas!... ¡Y saltar y cantar como esos pajaritos que están en las ramas de los tilos! ¡Cuánto gozaría!... Pero... ¡me encuentro siempre tan cansada!

— Querida hijita, ya te pondrás fuerte — dijo la madre, tratando de consolarla, aunque se le notaba que ella estaba también necesitada de consuelo. — Hoy viene el médico y le preguntaremos qué es lo que conviene hacer este verano, para que te restablezcas. Pero ahora será preferible que nos volvamos a casa; te has puesto muy pálida. Nora, ¿qué te pasa?

Nora aseguró que no tenía más que cansancio. Siempre le sucedía lo mismo: en cuanto hacía el menor esfuerzo

su rostro adquiriría una mayor palidez. Con gran trabajo llegó hasta la casa y una vez que Federico la subió hasta



el cuarto, y la dejó tendida en el sofá, quedó postrada hasta que, poco a poco, fué recobrando el aliento.

Hacia el mediodía llegó el médico y al explicarle la madre detalladamente el estado de debilidad de Nora, prescri-

bió un cambio inmediato de aires, recomendando para los meses de verano el aire fortificante de las montañas. Después de pensar un rato, el doctor añadió que iba a escribir a un médico, compañero de estudios suyo, que estaba establecido en Suiza, pidiéndole consejo, pues la enfermita no debía ir tampoco a un punto demasiado elevado. Prometió, al despedirse, que en cuanto tuviese contestación volvería a comunicársela a la señora Stanhope.

Al atardecer estaba otra vez Nora sentada en su sillón, cerca de la ventana y, silenciosa, dirigía tristes miradas hacia el sol poniente, que iluminaba la verde hierba del jardín y abrillantaba las hojas invadidas por sus rayos. La vieja Clarisa estaba sentada frente a ella y sus ojos se levantaban de cuando en cuando de la labor que tenía en las manos, para seguir la mirada de la enfermita.

— Clarisa — dijo Nora de repente. — Cántame otra vez la vieja canción del Paraíso.

Clarisa dejó la labor.

— Cuando estés más fuerte la cantaremos juntas; ahora te la voy a recitar solamente. — Y juntando las manos empezó:

*El agua de un seráfico arroyuelo  
fertiliza en su curso la llanura,  
y de unos lirios de sin par blancura  
sube el perfume hasta el azul del cielo.*

*Las rosas embalsaman el ambiente,  
dora el sol el vergel, como Dios quiso,*

*y los pájaros trinan dulcemente;  
es ésta la región del Paraíso.*

*Céfiro suave de sutil beleño  
los senderos floridos acaricia,  
vagan los seres como en un ensueño  
y al hallarse se miran con delicia.*

*La santa muchedumbre congregada  
recibe allí con alegría interna  
a los que truecan su sombría morada  
por el imperio de la Luz Eterna.*

*Y se mueven en íntimo alborozo,  
libres de mundanal melancolía.  
Sus lágrimas son lágrimas de gozo  
e infinita ha de ser ya su alegría.*

Cuando Clarisa terminó, todo quedó en silencio. Nora parecía extasiada en sus pensamientos.

— Clarisa — dijo al cabo de un rato, — eso es tan hermoso que me dan ganas de ir allí.

— Vete, si vas con alegría — dijo Clarisa con lágrimas de placer en los ojos. — Vete y tú también andarás entre las flores hermosas y cantarás:

*Nuestras lágrimas son llanto de gozo,  
e infinita será nuestra alegría.*

Y pronto iremos a reunirnos contigo, primero yo y luego tu mamá.

En aquel momento entró la madre, y Clarisa cesó de hablar, pues sabía que la señora Stanhope no podía soportar la idea de que Nora las abandonase para irse al Cielo. Pero la madre, que había oído y comprendido las últimas palabras, miró a su hija con más ansiedad que de costumbre y al verla pálida y cansada, insistió para que la llevasen en seguida al lecho.



Nora

Más tarde, por la noche, cuando la madre se quedó a solas con su vieja amiga, le preguntó con inquietud cómo había sido el hablar de tales cosas; ella no creía que la niña estuviese tan enferma para pensar en lo más triste y, sobre todo, ¿por qué hablar de ello?

— Nora ha querido oír la vieja canción — respondió Clarisa, — y permítame, señora Stanhope, que le diga una cosa: si nuestra niña querida ha de seguir tan triste y lánguida como ahora, ¿qué es lo que va a sacar de la vida? Ella no puede gozar de ninguno de los bienes que la rodean con profusión; ni siquiera puede dar un paseo por el jardín tan hermoso; todo lo que debía ser un placer se transforma, para la niña, en sufrimiento y pena. ¿No sería preferible que la acogiera el Paraíso, en el que no hay lágrimas ni dolores?

— Yo no puedo oír eso; ni quiero pensar en ello. ¡No, no! ¿No es posible, Dios mío, que nuestra Nora recobre la




salud? — exclamó la madre, queriendo ahuyentar tan dolorosos presentimientos, que la obligaron a retirarse de la habitación de la enferma.

Al poco rato la fiel Clarisa, con el corazón oprimido, se fué también a su cuarto.



Al llegar la noche, se destacaba, en medio del hermoso jardín, la casa, oscura y silenciosa, iluminada débilmente por la luz de la luna dejando entrever las hermosas columnas de mármol blanco, y dando la impresión de una morada feliz.



“Qué bien se debe de vivir ahí dentro”, pensaría cualquiera al contemplarla, bien ajeno a las penas que cobijaba tan bonita mansión.

La señora Stanhope habitaba la casa de sus padres, a orillas del Rhin. Se había casado muy joven y establecido en Inglaterra, donde, algunos años después, murió su marido. Al quedarse sola con sus dos hijos, el pequeño Philo con el pelo castaño, y la rubia y delicada Nora, había vuelto a habitar su casa paterna que estaba sola y abandonada, pues sus padres habían muerto durante su ausencia y no tenía hermanos ni hermanas. Clarisa había vivido siempre con ella, la había cuidado durante su niñez, y acompañado al extranjero, ayudándola en las dificultades de la nueva vida, y ahora la secundaba con verdadero solicitud en los trabajos de madre y enfermera. Varios años transcurrieron en paz en la bella casa, pero no sin tener, de cuando en cuando, sus penas, pues la delicada salud de los niños no permitía nunca que la madre gozara de la vida a completa satisfacción. Hacía aproximadamente dos años, una negra sombra se había extendido sobre la casa: el apacible Philo había cerrado sus alegres ojos para siempre y dormía el sueño eterno bajo las rosas blancas del jardín, cerca de los viejos tilos. Philo tenía un año más que Nora, que contaba ahora once años.

Algo más de una semana había transcurrido desde aquel radiante día, cuando apareció nuevamente el médico. Traía los informes deseados. Su amigo vivía en la montaña, en una región muy sana, rodeada de bosques; y se encargaba de buscar un sitio que conviniese a la señora Stanhope para

pasar el verano con su hija. Como tenía la seguridad de encontrar lo que deseaba, decía que la señora podía emprender el viaje cuando quisiera y presentarse en su casa, en la seguridad de que lo encontraría todo preparado para recibirla.

Al día siguiente empezaron a hacer los preparativos del viaje; Clarisa se quedaba para cuidar la casa y la señora se llevaría solamente a su doncella. Ocho días después, la señora Stanhope montaba en su coche para emprender el viaje a Suiza con su hijita, acompañada de las mil felicidades y bendiciones que les deseaba Clarisa. Al ponerse el coche en movimiento, ésta no pudo retener las lágrimas. Cruzando las manos volvióse hacia la casa, diciendo muy bajito, como para sí misma :

*Sus lágrimas son lágrimas de gozo  
e infinita ha de ser ya su alegría.*

EN CASA DEL MÉDICO



## CAPÍTULO II



El sol poniente coloreaba las hojas tiernas de las legumbres que brotaban en los dos arriates, lindantes con las plantas de flores y que eran la alegría de la dueña de la casa, la mujer del médico, que se paseaba con placer por entre las flores que perfumaban el jardín, pero miraba con mayor solicitud y alegría las plantas de legumbres que ella misma había sembrado y cuidado con todo cariño. Aquel año las coliflores habían crecido muy bien y la señora contemplaba con satisfacción las verduras tan bien cuidadas y exentas de gusanos y malas hierbas.

— Buenas tardes, señora — dijo alguien desde la carretera, que una valla separaba del jardín. — Siempre es usted la que tiene las mejores legumbres; justo premio a lo mucho que las cuida.

La señora del médico se acercó a la valla, por encima de la cual Heiri, el jornalero, le alargaba su mano callosa. Era un antiguo conocido y sabía que tenía derecho a un buen apretón de manos. Ya de chicos habían ido juntos a

la escuela del pueblo y, desde entonces, ¡cuántas veces había acudido a ella pidiendo consejo y buscando consuelo!

La señora respondió cariñosamente a su saludo y le preguntó con interés:

— ¿Qué tal, Heiri? ¿Siempre trabajando mucho? ¿Y en casa, están bien la madre y los chicos?

— Sí, sí, a Dios gracias — contestó Heiri mientras dejaba en el suelo las pesadas herramientas que llevaba al hombro. — Trabajo no falta; ahora voy a llevar estas herramientas a casa del herrero. Hay que trabajar mucho, porque la familia va creciendo.

— Sus tres últimos hijos, parecen sanos y fuertes; ayer los vi con Elslí — continuó la señora con el mismo interés—. Pero la niña, Elslí, está muy pálida y delgada. Heiri, usted no habrá olvidado de qué murió la madre; no debe usted hacerla trabajar mucho. Sobre todo ahora que está creciendo. Debe usted cuidarla bien; usted ya sabe por experiencia lo pronto que se puede destruir una vida joven.

— Sí, sí, no lo olvido, y sufro mucho cuando pienso en que a mi pobre Gritli la tuve que enterrar tan joven. Marget es una mujer buena y trabajadora, pero yo no puedo olvidar a Gritli.


Heiri se secó las lágrimas con el reverso de su mano ruda y la señora tenía también los ojos húmedos cuando le contestó:

— Yo tampoco la olvido, Heiri. ¡Qué a gusto se hubiera quedado la pobre Gritli con usted y con sus dos pequeños! ¡Aquello sucedió tan repentinamente! Es verdad que ella fué

siempre muy poquita cosa; por eso cuando veo a Elslí tan delicada me pregunto si no trabajará demasiado, pues salta a la vista que no puede soportar mucho trajín.



— Chiquita y delgada, sí lo está — afirmó Heiri, — pero por lo demás se parece a mí; no es muy viva, tiene más bien un carácter reflexivo y concentrado. El que se parece más a la madre es el chico, siempre tiene ideas nuevas y no puede soportar que los tres chiquitos estén algo sucios, en seguida



los quiere poner en el chorro de la fuente. En eso sí que es igual que Gritli, su madre; no puede ver nada feo o sucio. Cuando quiere lavar a los tres chiquitos, ellos gritan y alborotan, hasta que tiene que intervenir la madre. Raro es el día que al volver a casa no me dice Marget que le tengo que pegar un par de bofetadas al mayor, porque hace rabiar a los pequeños y ella tiene que abandonar su trabajo. Pero cuando lo veo ante mí mirándome con sus ojos iguales a los de Gritli, no puedo pegarle. Esto hace que Marget se enfade y que acabemos siempre por tener algunas palabras. Yo sufro mucho, porque, por lo demás, Marget es buena y trabajadora. Ya había pensado varias veces en pedirle a usted que hablase con Marget de eso de las bofetadas. Ella la escucharía a usted mejor que a mí, y además usted también tiene hijos y sabe cómo hay que educarlos. ¿Verdad, señora, que le hablará del asunto cuando ella pase por aquí?

— Sí, le hablaré con mucho gusto. Y Elslí, ¿qué tal se entiende con su madrastra?

— Pues, verá usted — dijo Heiri, acercándose más a la valla, como para hacerse comprender mejor: — la pequeña tiene el mismo carácter que yo, siempre cede y no tiene voluntad ni ideas propias. Hace todo lo que Marget quiere, sin replicar ni una palabra y nunca se queja; eso que desde que vuelve de la escuela hasta que se acuesta no cesa de trabajar en la casa; tiene que cuidar de los chicos y tener casi constantemente en brazos al más pequeño.

— Tenga usted mucho cuidado, Heiri; que la chica no trabaje demasiado — le recomendó nuevamente la señora —.



Esa niña me tiene muy preocupada y me gustaría hablar unas palabras con Marget. Dígale usted que pase pronto por aquí, que quiero darle unas ropitas usadas de mis hijos, para los suyos.

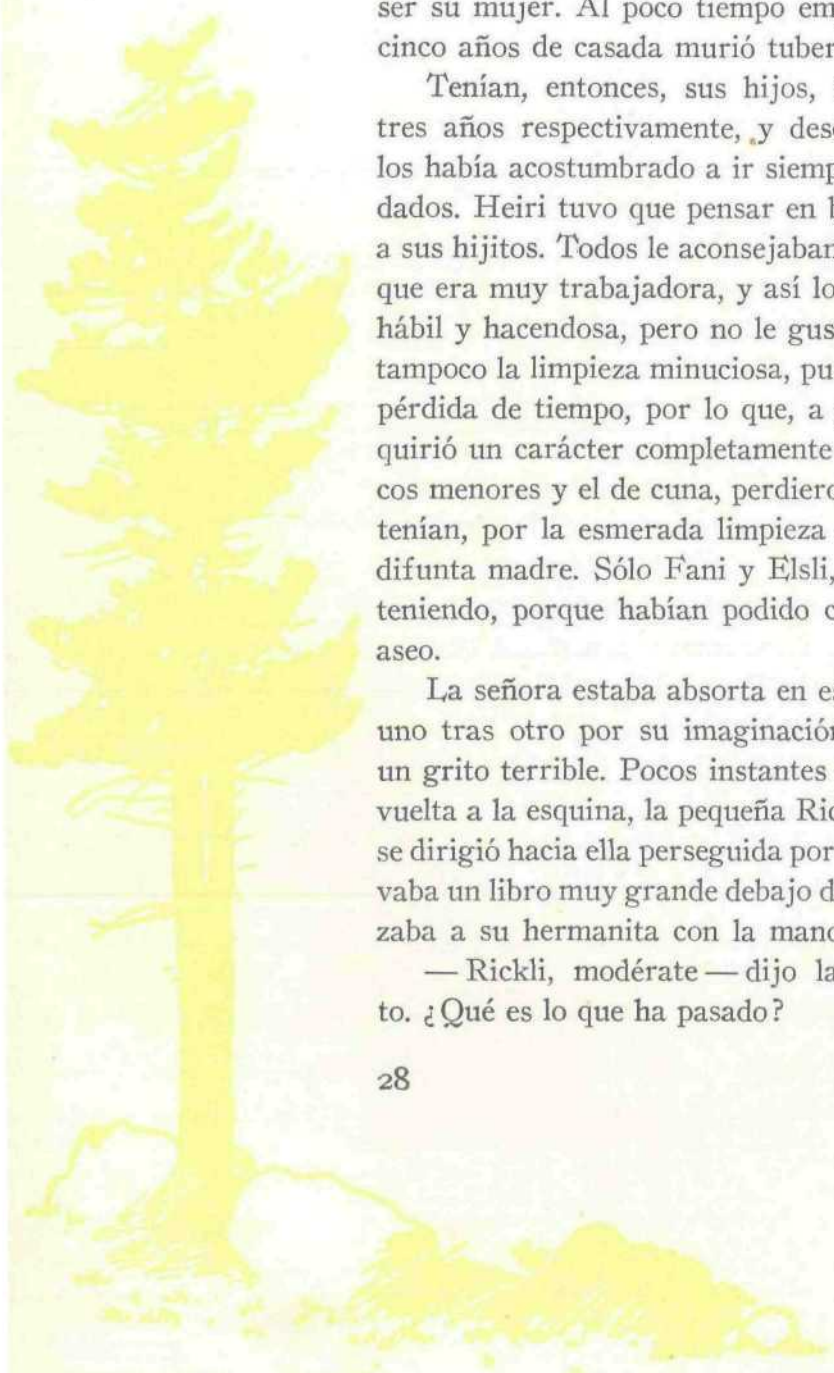
— Con mucho gusto, señora, y ahora me voy, que se pasa el tiempo. Buenas noches; perdóneme usted la libertad y que las legumbres sigan creciendo tan hermosas.

— Muchas gracias y buenas noches, Heiri.

Se dieron la mano por encima de la valla y Heiri continuó su camino.

La señora se quedó pensativa y aunque seguía mirando sus plantas, sus pensamientos estaban ocupados en otras cosas. La aparición de Heiri y su conversación habían despertado en su alma recuerdos de días lejanos. Veía ante sí la casa de su infancia con una niña alegre, de grandes ojos castaños; dos manos hábiles cogían flores, prendiendo unas en la blusa y otras en el cabello; y ¡qué bien le sentaban a la niña! Esta niña era Gritli, que estaba sentada junto a ella, a la orilla del arroyo y haciendo ramos, con flores que las dos cortaban. Los padres de Gritli eran gente pobre, pero ella iba muy limpia y aseada; llevaba siempre alguna flor o algún lacito para adornarse y, aunque fuese vestida con los trajes más sencillos, parecía que se había compuesto como para acudir a una fiesta. Unos la criticaban y otros se reían, pero en ella era casi una necesidad llevar algún adorno, no importándole el decir de la gente.

Parecía en todos momentos como si se hubiere arreglado para servir de modelo a algún pintor. A los diez y ocho años



se casó Gritli con Heiri, el jornalero, que siempre la había querido y que le dijo que él trabajaría para los dos si quería ser su mujer. Al poco tiempo empezó a desmejorar y a los cinco años de casada murió tuberculosa.

Tenían, entonces, sus hijos, Stephan y Elslí, cuatro y tres años respectivamente, y desde muy jóvenes su madre los había acostumbrado a ir siempre muy limpios y bien cuidados. Heiri tuvo que pensar en buscarles una nueva madre a sus hijitos. Todos le aconsejaban que se casase con Marget, que era muy trabajadora, y así lo hizo. Era una mujer muy hábil y hacendosa, pero no le gustaban adornos ni flores, ni tampoco la limpieza minuciosa, pues la consideraba como una pérdida de tiempo, por lo que, a poco, la casa de Heiri adquirió un carácter completamente distinto, pues los tres chicos menores y el de cuna, perdieron el agradable aspecto que tenían, por la esmerada limpieza de que les hacía objeto su difunta madre. Sólo Fani y Elslí, ya mayorcitos, lo seguían teniendo, porque habían podido conservar la costumbre del aseo.

La señora estaba absorta en estos recuerdos que pasaban uno tras otro por su imaginación, cuando oyó, en la casa, un grito terrible. Pocos instantes después apareció, dando la vuelta a la esquina, la pequeña Rickli, que sin cesar de gritar se dirigió hacia ella perseguida por su hermanito Fred, que llevaba un libro muy grande debajo del brazo izquierdo y amenazaba a su hermanita con la mano derecha, a puño cerrado.

— Rickli, modérate — dijo la madre, — no grites tanto. ¿Qué es lo que ha pasado?

Rickli escondió la cabeza en las faldas de su madre, sin dejar de llorar.

— Mira, mamá — dijo Fred, que acababa de llegar, — ahora te voy a explicar por qué grita así esa insensata criatura; mira esta rana tan linda que he cogido. No he hecho más que ponérsela ante los ojos para que pudiese admirarla mejor. Ya ves qué ejemplar más bonito. Y ahora te voy a



leer en mi libro lo que dice sobre las ranas. ¡Escucha, mamá, escucha!— Y Fred abrió la mano en que tenía una rana verde, con ojos grandes e inexpresivos.

— Rickli, ahora cállate — ordenó la madre, — y tú Fred, si sabes que tu hermana, aunque sin motivo, se asusta de esos animales ¿por qué se los pones ante los ojos?

— Porque estaba precisamente junto a mí — respondió

Fred, — pero escucha qué descripción más interesante.

Fred abrió el libro y empezó a leer: “La rana verde o rana acuática, *esculenta*, tiene aproximadamente tres pulgadas de longitud, es de color verde, con manchas negras; sus ojos tienen reflejos dorados. Los dedos de sus patas posteriores están unidos por una membrana que le sirve para nadar; su grito, que se oye principalmente en las cálidas noches de verano, es: ¡brekekex! ¡brekekex! Es el conocido croar de la rana. Pasa el invierno envuelta en el fango y se alimenta de...”

En este momento se oyó el ruido de un coche que se acercaba por la carretera.

— Es la señora con la hijita enferma; déjame, Fred, déjame — dijo la señora apartando a un lado a Fred, que le estorbaba el paso.

Él la siguió, diciendo:

— Escúchame; ya no queda más que el fin; no te has enterado de qué se alimenta, se alimenta de...

Juan salió de la cochera y Kathri de la cocina; esta última con un delantal muy limpio, porque le habían dicho que, a la llegada de un coche, tendría que llevar una niña enferma hasta la casa. Fred y Rickli se retiraron un poco y, apoyados en la valla, esperaban con ansiedad lo que iba a suceder. Primero descendió del coche una señora e hizo a Kathri una seña para que se aproximase. Ésta tomó en brazos a una niña chiquita, pálida y extremadamente delgada y la transportó a la casa; la seguían las dos señoras.

— Es mucho mayor que tú, a pesar de que mamá decía que no debía de tener más que ocho o nueve años — dijo Fred



Rickli

a su hermana. — Seguramente es más a propósito para amiga de Emmi que tuya; además no hay más que verla para comprender que no le ha de gustar oír tus gritos.

— Seguramente que no tendrá en los bolsillos ranas, arañas, gusanos y otras porquerías, como tú acostumbras guardar, — respondió Rickli en tono de reproche.

Iba a añadir algo más para justificar sus gritos, cuando Fred abrió la mano y la rana aprovechó este momento para dar un gran salto hacia donde estaba Rickli; ésta dió un grito penetrante y echó a correr en dirección a la casa, pero no pudo entrar porque, en aquel momento, salía Kathri y dirigiéndose hacia ella le dijo con tono imperativo:

— ¡Chist!... ¡Chist!... ¿Cómo te atreves a hacer semejante ruido habiendo una enferma en la casa?


— ¿Dónde está la tía? — preguntó Rickli; pregunta a la que respondió Kathri antes de haber terminado de oírla, pues se la hacían más de cien veces al día.

— En el otro cuarto, pero no entres aquí, porque está la enferma y mamá lo ha prohibido, y además — añadió de su propia inspiración — no des esos gritos como un conejillo de Indias, que también están prohibidos en esta casa.

Rickli se dirigió al otro cuarto para contar a la tía lo ocurrido con la rana,



Fred



pues no podía conformarse con que casi le hubiese saltado a la cara. Pero la tía no estaba para eso, pues sostenía una animada e interesante conversación con el hermano mayor, Oscar, que decía:

—¿Sabes, tía? Si Feklitus no quiere ceder, podríamos poner las dos divisas juntas, de este modo la nuestra estaría y los otros tendrían también la suya. ¿No te parece?

—Sí; eso es lo que podemos hacer — contestó la tía; — así todo el mundo estará contento y los versos tendrán más sentido, como debe ser en tales ocasiones.

—¿Entonces, ayudarás a bordar a Emmi? — preguntó Oscar, en tono suplicante, — porque ella nunca acabará la bandera, la dejará cien veces abandonada para ocuparse de otras cosas.

La tía prometió su ayuda y Oscar salió saltando de contento, para ir a comunicar a sus amigos la solución satisfactoria del asunto de las divisas y la promesa de la tía. Pero antes de que Rickli hubiese empezado a contar la historia de la rana, su hermana mayor, Emmi, entró metiendo mucho ruido y preguntando a grandes voces:

—Tía, tía: un numeroso grupo de chicos va a coger fresas; ¿puedo ir con ellos? Dime en seguida que sí, tía; no puedo entrar a preguntárselo a mamá y la cosa urge.

— Unas veces violetas, otras veces fresas y otras frambuesas, siempre encuentras algo para justificar tus salidas, Emmi. Bueno; puedes ir, pero no vuelvas tarde.

Emmi ya estaba fuera.

— Yo también, yo también — dijo Rickli, corriendo detrás de su hermana.

Pero Emmi, que en dos saltos había llegado al pie de la escalera, se volvió para gritarle:

— No, no, tu no puedes venir, en el bosque hay muchos escarabajos y unos caracoles rojos muy feos.

Rickli emprendió en seguida la retirada. Como compensación quería, por lo menos, contarle a su tía lo de la rana, pero en aquel momento entraba Fred, corriendo, con su libro debajo del brazo. Se sentó lo más cerca que pudo y abriendo el libro dijo: — Me alegro de encontrarte sola, tía. — Mamá no ha podido oír hasta el fin la historia de este curioso animal. Yo tenía un ejemplar magnífico, pero se me ha escapado. Mañana buscaré otro y te lo traeré.

— No, no — protestó Rickli, — dí que no, tía. Es un animal que le salta a uno a la cara, tiene unos ojos amarillos como un dragón y...


Fred acercó amenazador un puño cerrado a la cara de su hermana, que salió corriendo y gritando de la habitación.

— Bueno, ahora puedo leer tranquilo — dijo Fred satisfecho del efecto de su estratagema, y leyendo en el libro, comenzó: — “La rana verde o rana de agua, *esculenta...*”.

En aquel momento se abrió la puerta del cuarto vecino y se oyeron voces y pasos.

— Ven — dijo la tía — vamos a ver cómo se marcha la niña enferma; luego volveremos a la rana. Se asomaron y vieron a la niña, que era llevada en brazos hasta el coche.

— ¡Oh, qué pálida y débil está! ¡Pobre niña! ¡No; po-



bre madre! — rectificó, al caer su mirada sobre la madre que derramaba abundantes lágrimas, mientras se despedía de la señora de la casa. — ¡Ay, Dios mío! — suspiró nuevamente la tía, al alejarse el coche.

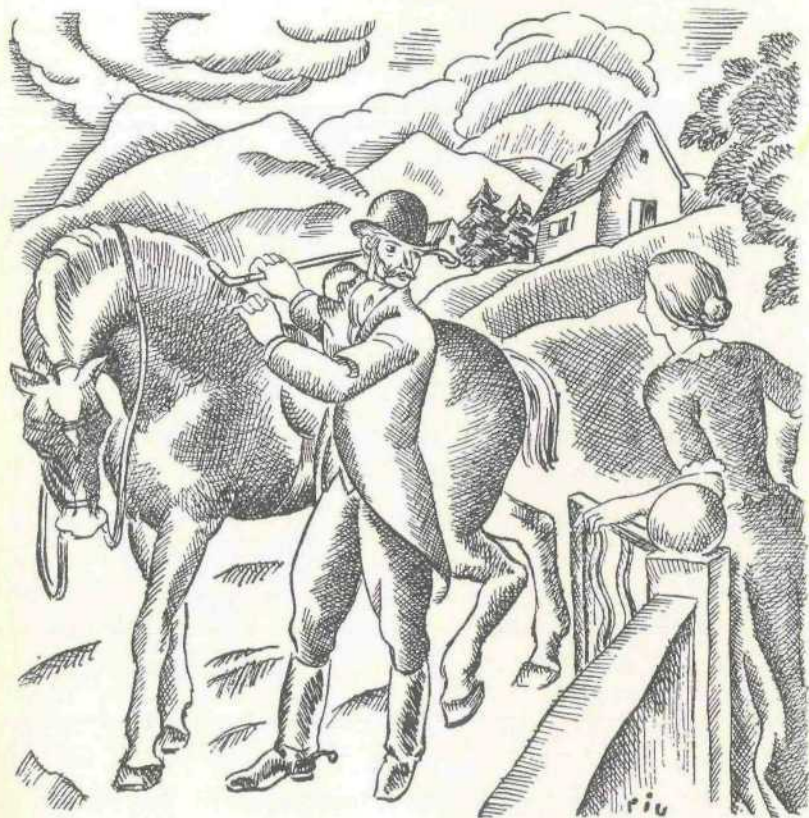
Fred cogió otra vez el libro, pero no pudo seguir leyendo la historia de la rana, porque en aquel momento entró la madre, aún muy emocionada de lo que acababa de ver. Venía a contárselo todo a la tía, pues desde su infancia tenía la costumbre de comunicarle todas sus impresiones, compartiendo con ella lo mismo sus alegrías que sus pesares. La tía pertenecía de tal manera a la familia, que los chicos no podían imaginarse la casa sin ella y la consideraban tan indispensable como a papá y mamá. Fred arrancó a su tía la promesa de que, antes de acostarse, le escucharía la historia de las costumbres de la rana y después, obedeciendo la orden de su madre, se fué a dar un paseo.

La madre puso de relieve la compasión que le inspiraba la pobre señora Stanhope, con su hijita enferma. Ésta con sus hermosos ojos azules y su carita transparente, parecía no pertenecer, más que a medias, a este mundo. Pero en seguida había notado que la señora Stanhope no podía soportar este pensamiento, pues desde las primeras palabras de simpatía y consuelo que le había dirigido, empezó a llorar amargamente, y luego, para consolarse a sí misma, hubo de atribuir al largo viaje la palidez y el agotamiento de la niña. Tenía puesta toda su esperanza en que el aire puro de las montañas la transformarían radicalmente.

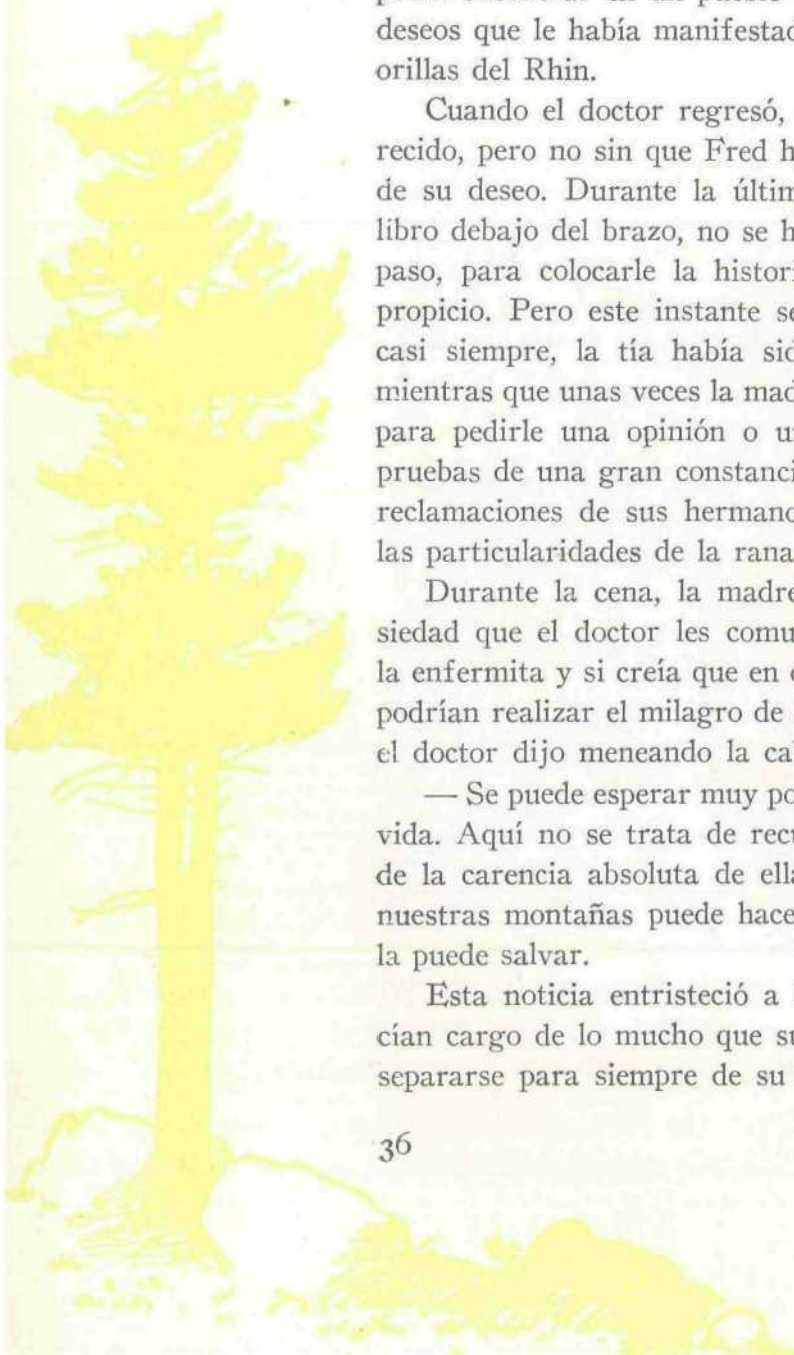
Hasta aquí había llegado la señora cuando oyeron el



trote de un caballo, que anunciaba el regreso de su marido de hacer sus visitas profesionales, y salió para darle cuenta de la llegada de la señora Stanhope con su hijita enferma.



En cuanto oyó esto, el doctor se apeó de su caballo y se encaminó a hacer el primer reconocimiento a la enferma. Él les había buscado un alojamiento que, dentro de lo que se



podía encontrar en un pueblo tan pequeño, cumplía con los deseos que le había manifestado su amigo, el médico de las orillas del Rhin.

Cuando el doctor regresó, ya los chicos habían desaparecido, pero no sin que Fred hubiese obtenido la realización de su deseo. Durante la última media hora, Fred, con su libro debajo del brazo, no se había separado de la tía ni un paso, para colocarle la historia de la rana en el instante propicio. Pero este instante se hizo esperar; como sucedía casi siempre, la tía había sido acaparada por los chicos, mientras que unas veces la madre y otras Kathri la llamaban para pedirle una opinión o un consejo. Mas Fred, dando pruebas de una gran constancia, pudo al fin, a pesar de las reclamaciones de sus hermanos, enterar a su tía de todas las particularidades de la rana verde y su modo de vivir.

Durante la cena, la madre y la tía esperaban con ansiedad que el doctor les comunicase sus impresiones sobre la enfermita y si creía que en efecto los aires de la montaña podrían realizar el milagro de la curación tan deseada. Pero el doctor dijo meneando la cabeza:

— Se puede esperar muy poco; es una planta que no tiene vida. Aquí no se trata de recuperar fuerzas perdidas, sino de la carencia absoluta de ellas. Ya veremos si el aire de nuestras montañas puede hacer milagros, que no otra cosa la puede salvar.

Esta noticia entristeció a las dos mujeres, pues se hacían cargo de lo mucho que sufriría la señora al tener que separarse para siempre de su hijita. Ellas, también, se en-

tregaron a la confianza en los aires de la montaña, esperando que sus efectos serían eficaces, y más en este caso, en que la enferma los respiraba por primera vez.

— Es preciso que Emmi visite con frecuencia a la enfer-



mita y la distraiga un poco — dijo el médico. — Emmi tiene siempre ideas nuevas, y la podrá entretener y alegrar. Durante ese tiempo por lo menos estará tranquila, pues la enferma, seguramente, no la incitará a hacer travesuras y las visitas serán ventajosas para las dos.

A la madre le pareció muy bien esta idea y decidió que

Emmi visitase a la enfermita siempre que fuese posible. No dudaba de que entre las dos niñas se desarrollaría pronto una amistad que sería ventajosa para ambas. Nora, tan tranquila y delicada, ejercería una influencia calmante sobre el carácter vivo e impetuoso de Emmi, mientras que ésta, con su vivacidad y alegría, sería una distracción en la vida monótona de la enferma.

Más tarde, cuando el Doctor se retiró a su cuarto a fin de hacer los preparativos para el día siguiente, la madre y la tía se sentaron, colocando entre ellas un canastillo con medias para remendar, y en esta hora, en que podían hablar tranquilamente, se comunicaron, según costumbre de toda la vida, sus impresiones y observaciones del día. Primero hablaron de los chicos y de sus alegrías y penas, deseos y necesidades; después, de los enfermos que de lejos y de cerca venían a la casa y, por último, de todos los pobres y desgraciados de los contornos, que acudían a ellas en la seguridad de hallar consuelo en sus penas y ayuda en sus necesidades. Aquella noche hablaron tanto que, cuando ya tarde, se retiraron para gozar del tan bien ganado descanso, habían zurcido, sin casi advertirlo, todas las medias que contenía el canastillo.


EN EL PUEBLO Y EN LA ESCUELA



### CAPÍTULO III

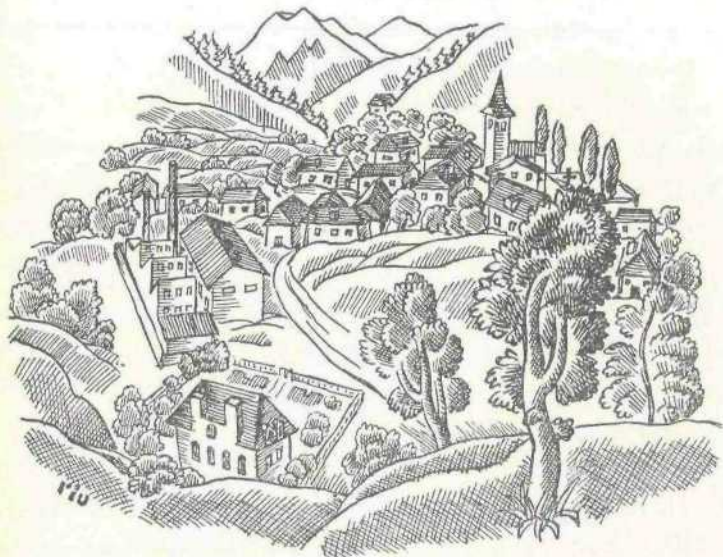


El pueblo de Buchberg se componía de numerosas granjas diseminadas y de varios grupos de casas y granjas, cubiertas por el follaje de los árboles frutales. Alrededor de la iglesia había un grupo, no muy numeroso, de edificios: la escuela, la alcaldía, la casa del sacristán y unas cuantas casas de labor poco importantes. La del doctor se levantaba aislada, a alguna distancia, en la vertiente de una colina coronada de bosques. Pero las construcciones más salientes se encontraban abajo, a lo largo de la carretera general, y eran una gran fábrica y la casa en que vivía su propietario, separada de la carretera por un jardín esmeradamente cuidado y a pleno sol, pues no había plantado ni un sólo árbol por no quitarle vista a la fachada de la casa desde la carretera. El propietario de la fábrica y de la casa, era el inmensamente rico señor Bickel, que habitaba la planta baja de la misma en compañía de su mujer y de su único hijo, mientras que los seis hermosos cuartos del primer piso, estaban siempre con los balcones y las persianas hermética-




mente cerrados. Nadie tenía permiso para entrar en esas habitaciones, y únicamente la señora subía, de vez en cuando, a quitar el polvo de los magníficos muebles y aprovechaba la ocasión para admirarlos. En esos días permitía, algunas veces, a su hijo que entrase con ella, pero a condición de que se quitase los zapatos antes de traspasar el umbral, y en aquella semiobscuridad, misteriosa y solemne, se quedaba extasiado contemplando los sillones y cómodas que aun no habían sido estrenados. El señor Bickel era muy considerado en el pueblo, pues en su fábrica encontraban trabajo muchas gentes de diversa edad, cuyo esfuerzo sabía él aprovechar muy bien. Su celo por los negocios era tal que examinaba a todas las personas pensando en el partido que de ellas podría sacar en la fábrica, y su estimación aumentaba o disminuía según el provecho que de cada uno esperaba. Cuando en el pueblo nacía un chico, en seguida sacaba la cuenta del año en que podría contarle entre sus obreros. Casi todos los chicos de Buchberg sabían que, más tarde o más temprano, acabarían por estar bajo la dominación del señor Bickel, así es que, con un aire mezclado de temor y respeto, se apartaban de su camino cuando atravesaba el pueblo, con su bastón muy gordo con puño de oro y su cadena de reloj, de oro macizo, en cuya extremidad se balanceaba majestuoso un colgante enorme. Todas las mañanas salía de la casa el hijo del señor Bickel, el joven Felklitus, y se encaminaba hacia la escuela. A la espalda llevaba un saco de cuero a guisa de mochila, en cuya funda tenía bordada una guirnalda de rosas, y en el centro de ella re-

saltaban las iniciales F. B.; esta funda, se la había hecho bordar su mamá para regalo de Navidad. El nombre algo extraordinario de Feklitus, había surgido de la siguiente manera: su abuelo fué un sastre, pequeño de estatura y que nunca ocupó una posición tan alta como la que más



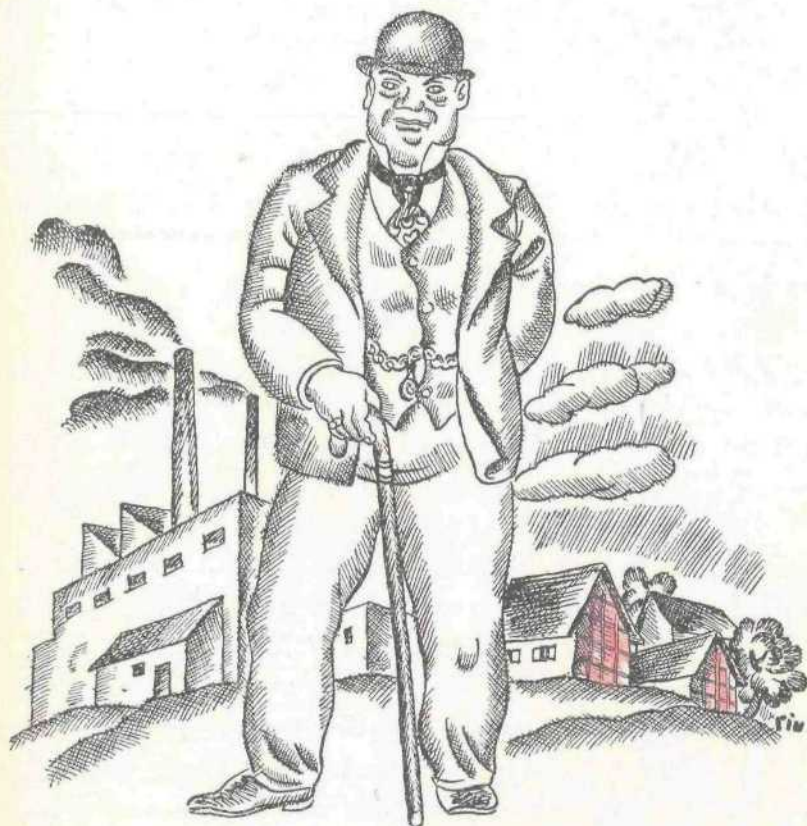
tarde había de alcanzar su hijo. Las gentes del pueblo le llamaban el sastrecito; cuando tuvo un hijo lo bautizó con el nombre de Félix y en el pueblo, siguiendo la costumbre del país, lo llamaron por el diminutivo Fekli, o uniendo al nombre la profesión del padre: el sastrecito Fekli. Este nombre molestaba mucho al hijo del sastre que, desde muy joven, había tenido un presentimiento de su futura impor-





tancia. Conforme su riqueza y posición iban aumentando era mayor su indignación. Pero los habitantes de Buchberg se mostraban incorregibles; una vez que habían dado nombre a una persona, no sólo se lo conservaban durante toda su vida, sino que lo transmitían de generación en generación. Cuando le saludaban, todos le decían: — Buenos días, señor Bickel, — pero refiriéndose a él, todos los habitantes del pueblo le seguían llamando “Sastre Fekli”. Esto se lo figuraba el señor Bickel y le tenía muy preocupado. Cuando ya en plena prosperidad tuvo un hijo, tardó muchos días en decidirse a bautizarlo, pues no encontraba un nombre que designase bien la alta posición que le esperaba, y además, al que no fuese fácil añadirle el apodo tan odiado. Algún tiempo después, tuvo que presenciar, en su calidad de concejal, los exámenes de la escuela y oyó la explicación que el maestro daba a los chicos sobre la significación del nombre Fortunatus. Loco de alegría fué a casa, diciendo a su mujer: — ¡Ya he encontrado el nombre; ahora podemos bautizarlo! — Y así sucedió a los pocos días. El padre y la madre llamaban siempre a su hijo Fortunatus, y al pronunciar este nombre sentían una gran satisfacción, porque lo encontraban muy adecuado a la posición que su hijo había de ocupar en la vida y el señor Bickel estaba convencido de haber destruído para siempre el odioso sobrenombre. En cuanto el chico empezó a ir a la escuela, a sus compañeros les pareció Fortunatus demasiado largo y lo llamaron sencillamente “Tus”; luego le añadieron el sobrenombre del padre, con lo cual se transformó en “Fekli-Tus”; este

nombre se generalizó de tal manera que al poco tiempo, en Buchberg estaban persuadidos de que realmente se llamaba así.



Feklitus era compañero de Oscar; ambos estaban en la sexta clase pero en bancos distintos. Cuando seis años antes entraron en la escuela, Oscar, que era muy dominante, se



Oscar

sentó en el primer puesto del primer banco. Pero Feklitus se puso junto a él y le dijo: — Ése es mi sitio, — pues había ido a la escuela con el convencimiento de su posición superior y su padre le había dicho: “A ti te corresponde el primer puesto.”

El maestro era un hombre muy imparcial; estudió el caso detalladamente y como resultó que Oscar era dos días más viejo que Feklitus le dió a aquél el primer puesto. Feklitus no quería de ninguna manera aparecer como inferior a Oscar y se sentó en el primer asiento del segundo banco; como la clase era numerosa y había alumnos para llenar los dos bancos, el maestro no se opuso a ello. Así habían seguido hasta la sexta clase, pues el número de alumnos no había variado; Oscar estaba contento con este arreglo, pues así



Feklitus

tenía a su lado a Fani, el hijo de Heiri, el jornalero; Fani era un muchacho muy alegre y siempre dispuesto a tomar parte en todas las travesuras que Oscar imaginaba, cuanto más peligrosas fuesen, mejor. Además era mucho más agradable estar sentado al lado de Fani que de Feklitus; éste iba siempre con una chaqueta de cuello muy alto y cerrado, y parecía metido en una vai-

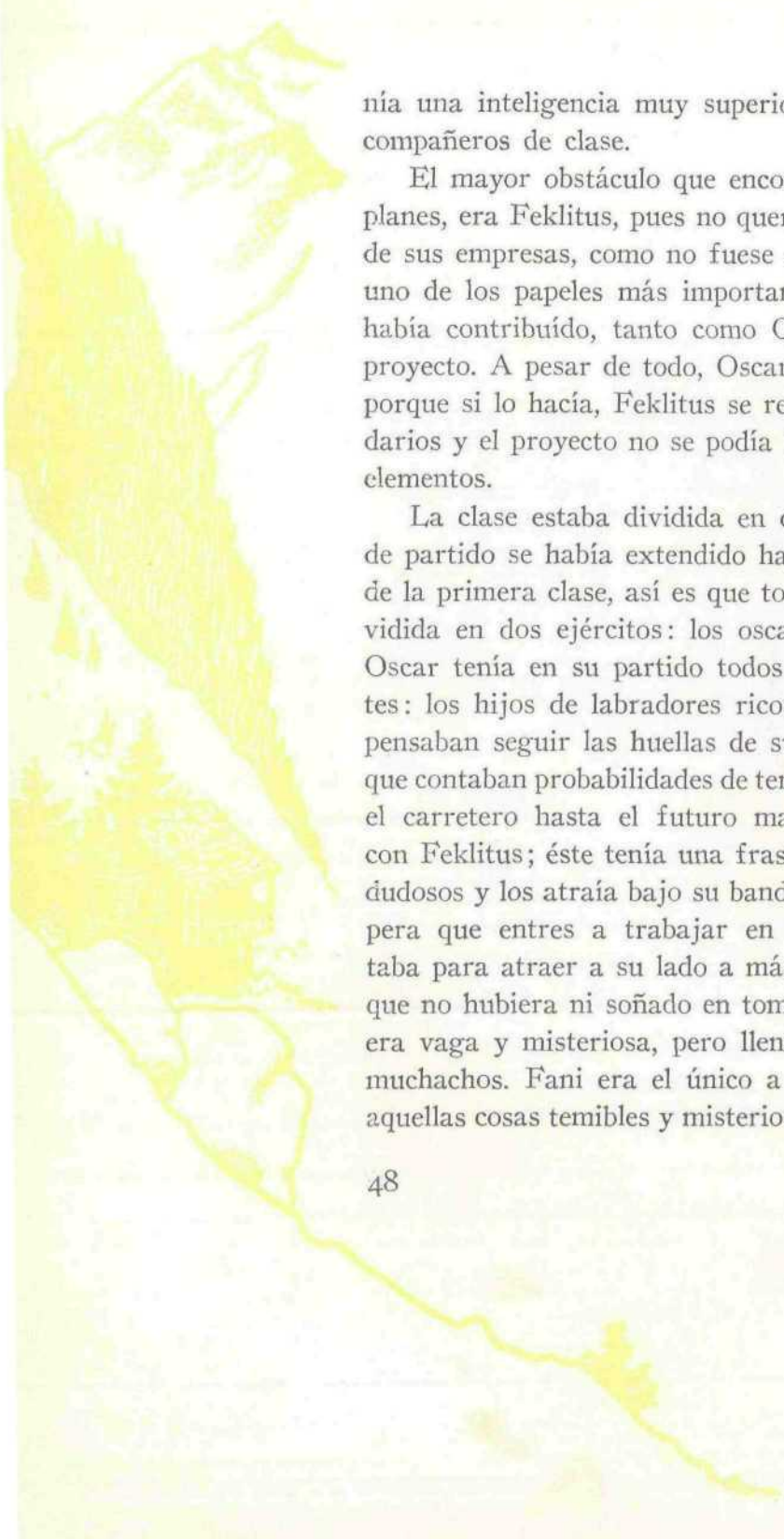


Fani

na; Fani, por el contrario, era delgadito y ligero como una ardilla, y durante el verano no llevaba más ropa que la camisa y un pantaloncito de hilo, pero tenía tanta gracia en sus movimientos y actitudes que hacía olvidar lo ligeramente que iba vestido. Cuando, con su gesto habitual, se echaba hacia atrás el pelo, que nadie se ocupaba de cortarle, y se quedaba



mirando a Oscar, a éste se le ocurría en seguida algún nuevo proyecto, en el que Fani desempeñaría algún papel importante como, por ejemplo, un artista o un capitán de bandoleros. Oscar estaba siempre a punto de fundar alguna "Asociación" o "Unión" cualquiera, y para ello le hacían falta buenas camaradas como Fani, o bien había fundado ya la asociación, y se trataba de hacerla funcionar, y en este caso también Fani era un gran recurso, porque, además de ser muy obediente, te-



nía una inteligencia muy superior a la generalidad de sus compañeros de clase.


El mayor obstáculo que encontraba Oscar en todos sus planes, era Feklitus, pues no quería tomar parte en ninguna de sus empresas, como no fuese a condición de desempeñar uno de los papeles más importantes o cuando él creía que había contribuido, tanto como Oscar, a la elaboración del proyecto. A pesar de todo, Oscar no podía prescindir de él, porque si lo hacía, Feklitus se retiraba con todos sus partidarios y el proyecto no se podía llevar a efecto por falta de elementos.

La clase estaba dividida en dos bandos, y este espíritu de partido se había extendido hasta los inocentes chiquillos de la primera clase, así es que toda la escuela se hallaba dividida en dos ejércitos: los oscarianos y los feklitusianos. Oscar tenía en su partido todos los que eran independientes: los hijos de labradores ricos, los de los artesanos que pensaban seguir las huellas de sus padres, en fin, todos los que contaban probabilidades de tener una posición libre: desde el carretero hasta el futuro maestro. Los demás estaban con Feklitus; éste tenía una frase que infundía terror a los dudosos y los atraía bajo su bandera. Esa frase era: — ¡Espera que entres a trabajar en la fábrica! — y esto bastaba para atraer a su lado a más de uno de sus camaradas que no hubiera ni soñado en tomar su partido. La amenaza era vaga y misteriosa, pero llenaba de terror a los pobres muchachos. Fani era el único a quien le eran indiferentes aquellas cosas temibles y misteriosas que le habían de suceder

en la fábrica. Él sabía perfectamente que tenía que ir a parar a ella, y muy pronto, porque aquella primavera salía de la escuela; sin embargo, era el primero en ponerse al lado de Oscar, y cuando Fekli, encolerizado, le gritaba: — ¡Espera que entres a trabajar en la fábrica! — él se le reía en las narices y le contestaba: — Sí, sí, ya espero; yo no tengo ninguna prisa. — Fekli tenía un gran odio a Fani y estaba dispuesto a crearle toda clase de dificultades cuando fuese a trabajar a la fábrica. Los dos partidos se llevaban bastante bien, porque Oscar, que necesitaba mucha gente para sus empresas, procuraba establecer la concordia, cediendo algo ante las exigencias de Feklitis. Precisamente en el momento de que hablamos reinaba una paz indestructible entre los dos bandos. Oscar acababa de fundar una Asociación coral, de la que podían ser socios todos los que quisieran de las seis clases, y en seguida había que preparar la gran fiesta de la fundación. Oscar se había asegurado la participación de Feklitis nombrándole su colaborador para la organización de la fiesta. Tenían la perspectiva de una hermosa bandera, pues la tía había prometido ayudar, y esto tenía mucho más valor que la promesa que antes les había hecho Emmi. Fani sería el abanderado.

— Hoy tenemos que celebrar sesión — anunció Oscar al terminarse las clases y en el momento en que cinco o seis chicos se apretujaban en la puerta para salir los primeros.

La noticia se extendió por toda la escuela y al poco rato estaban todos reunidos en el centro de la plaza formando una masa compacta y tumultuosa; esa era su manera acos-



tumbrada de celebrar las sesiones. Oscar comunicó a la asamblea que todavía no estaba decidido cuál sería la divisa que había de llevar la bandera, pero él sabía una muy bonita y apropiada para el caso, que proponía a la asamblea; y era:

“La canción embellece la vida y alegra a la Humanidad”.

Feklitus no estuvo conforme. Él decía que había asistido a muchas fiestas y había visto muchas banderas con divisas más bonitas; él sabía una que haría mucho más efecto y era la que tenían que aceptar:

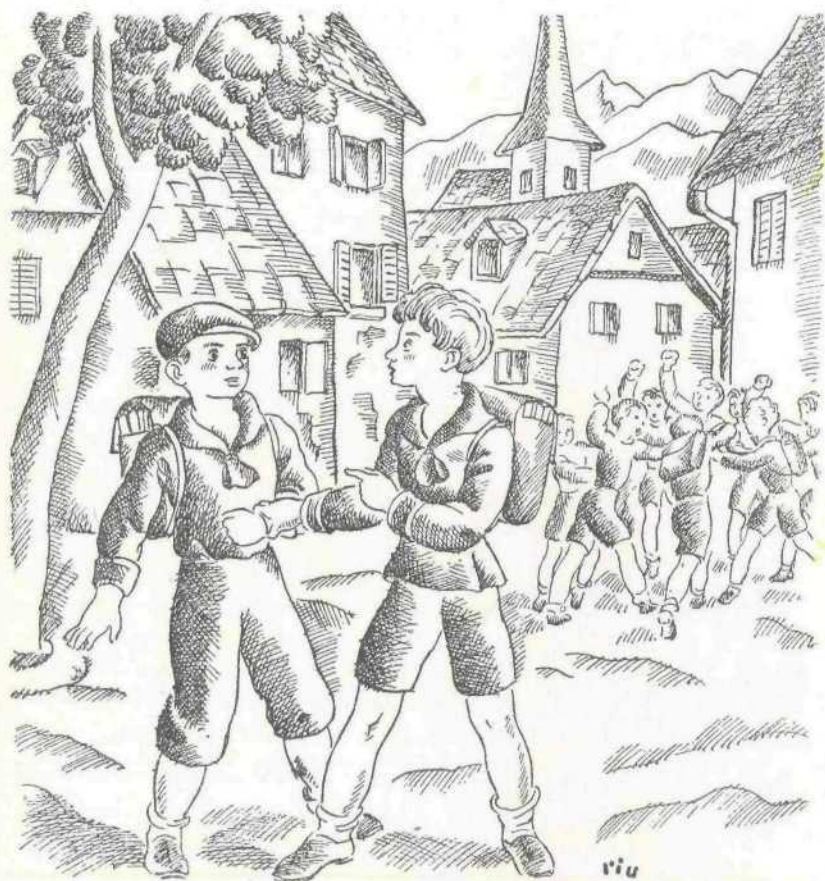
“¡Viva la Patria! ¡Viva la libertad!”

Oscar dijo que esa divisa era propia de otra clase de fiestas, pero no de la suya. Feklitus no quiso ceder y llamó a sus partidarios para que le ayudasen. Pocos instantes después el tumulto era ensordecedor; oscarianos y feklitusianos gritaban a la vez, a cuál más fuerte, y no llegaban a entenderse. Entonces Oscar agarró a Feklitus por un brazo, se lo llevó algo más lejos para que le pudiese oír y le dijo, sin poder contener su indignación: — Tú eres la causa de todo este barullo. Eres un miserable. ¿Qué es lo que vas a salir ganando? Nada. ¿Y qué es lo que estropeas? Todo. Para que veas que no soy como tú, te voy a hacer una proposición: vamos a poner tu divisa y la mía, ya que tenemos la suerte de que riman. La inscripción de la bandera será así:

“La canción embellece la vida y alegra a la Humanidad. ¡Viva la Patria! ¡Viva la libertad!”

Feklitus aceptó el arreglo, pero de ninguna manera hu-

biera desistido de la hermosa frase que él había descubierto y retenido durante tanto tiempo en su memoria. Se comu-



nicó a los demás el arreglo que habían hecho los jefes y se levantó la sesión. La asamblea se dispersó en todas direcciones y buen rato después se oían aún las voces de los chi-



LOS SUCEOS SIGUEN SU CURSO



## CAPÍTULO IV



SCAR había adivinado la verdad. Al terminarse la clase, Fani, con su acostumbrada destreza, había salido uno de los primeros, y Emmi, que tampoco se quedaba atrás, ya le estaba esperando fuera y lo acaparó.

— Ven corriendo, Fani; te voy a enseñar un árbol magnífico para que lo dibujes. He traído papel y todo lo necesario.

Fani aceptó encantado la proposición y en seguida echaron a correr, primero hacia abajo, y luego en dirección a una pequeña altura a la que se llegaba por un sendero entre los prados. Obligados por la subida a andar más despacio, aprovecharon la ocasión para hablar y Emmi explicó a su camarada a dónde lo quería llevar.

Aquella mañana habían tenido clase de dibujo, a la que asistían juntos los alumnos de las dos clases mayores. En la quinta clase estaban Emmi, Elslí y Fred; éste último era muy aplicado e inteligente; el maestro le había hecho saltar la cuarta clase y en la quinta era siempre el primero.

Únicamente en el dibujo estaba Fani antes que él, y el maestro decía con frecuencia al ver sus trabajos:

— Ya ves, Fani, lo que puedes hacer cuando quieres. Lo mismo sabrías las demás asignaturas si quisieras tomarte esa molestia y no fueses tan ligero y distraído.



Emmi

Aquel mismo día el maestro había aconsejado a los niños que copiasen del natural algún árbol o alguna flor. A Fani, en particular, le había dicho que dibujaba muy bien los árboles y le aconsejó que buscarse uno bonito para copiarlo del natural. Esta idea había cautivado a Emmi, a la que gustaban mucho los dibujos de Fani; ella tenía varios de ellos: unas rosas, unas fresas, un pescador de caña sentado bajo un árbol a la orilla de un riachuelo, y los conservaba con mucho cariño.

Emmi le contó que en seguida se le había ocurrido qué árbol podía dibujar; se trataba del viejo roble que tan hermoso estaba en aquella época del año. Pocos días antes lo había visto al ir con su madre al Eichenrain a buscar alojamiento para la señora extranjera. En esta conversación, llegaron a la altura del montecillo, que debe su nombre a un hermoso roble (1) secular, situado en su cumbre y cuyas ramas abundantes y llenas de hojas proyectaban su sombra sobre el pasto verde. Fani se quedó contemplándolo con admiración.

(1) *Eichenrain*: Monte del roble.

— ¡Qué hermoso es! ¡Cómo me alegro de que te hayas acordado de él! Ahora mismo voy a empezar a dibujarlo, pero desde un poco más lejos, que resultará más bonito.

Fanni se alejó unos pasos andando hacia atrás, hasta que encontró la perspectiva que juzgaba conveniente y allí se sentó en el suelo; Emmi hizo lo mismo y empezó a sacar de la cartera de los libros una cantidad bastante considerable de papel blanco y unos cuantos lápices.

— ¡Qué hermosos dibujos podría hacer con tanto papel y tantos lápices! — exclamó Fani, dirigiendo una mirada de deseo a aquel abundante material de dibujo.

— También te daré papel y lápices para que te los lleves a casa — prometió Emmi; — ya he pensado que probablemente tendrías que hacer algunas correcciones en el dibujo o quizás que empezarlo nuevamente. Ahora, escoge un lápiz.

Fani hizo con alegría lo que Emmi le indicaba. Él consideraba el poseer una riqueza así de material de dibujo, como la mayor de las felicidades. Después de haber mirado un par de veces más, con admiración el papel y los lápices, se colocó en una postura apropiada y empezó a dibujar. Emmi se quedó a su lado, sin pronunciar ni una palabra, contemplando la aparición del árbol en el papel.

— ¡Oh, ahora se conoce ya perfectamente que es un roble! ¡Y qué bien sabes dibujar las fuertes ramas con sus hojas tan bonitas! — exclamó Emmi, encantada. — Hasta ahora no habías hecho ningún dibujo tan hermoso como éste. Ya llegarás a lo que dice el maestro; tu dibujo será

seguramente el mejor de todos. ¿Cómo te las arreglas para dibujar tan bien? ¡Si yo pudiese hacer otro tanto!

— No hago más que copiar — dijo Fani, cuyas miradas inteligentes iban constantemente del árbol al papel. — ¡Mira qué ramas tan magníficas! ¡Y qué hojas! No hay hojas más lindas que las del roble. Y mira la copa qué bien se redondea. Parece que las ramitas de arriba han sido recortadas propósito para darle esa forma tan bien acabada. ¡Si yo pudiese estar aquí todo el día dibujando! Para mí no hay nada más agradable en el mundo.

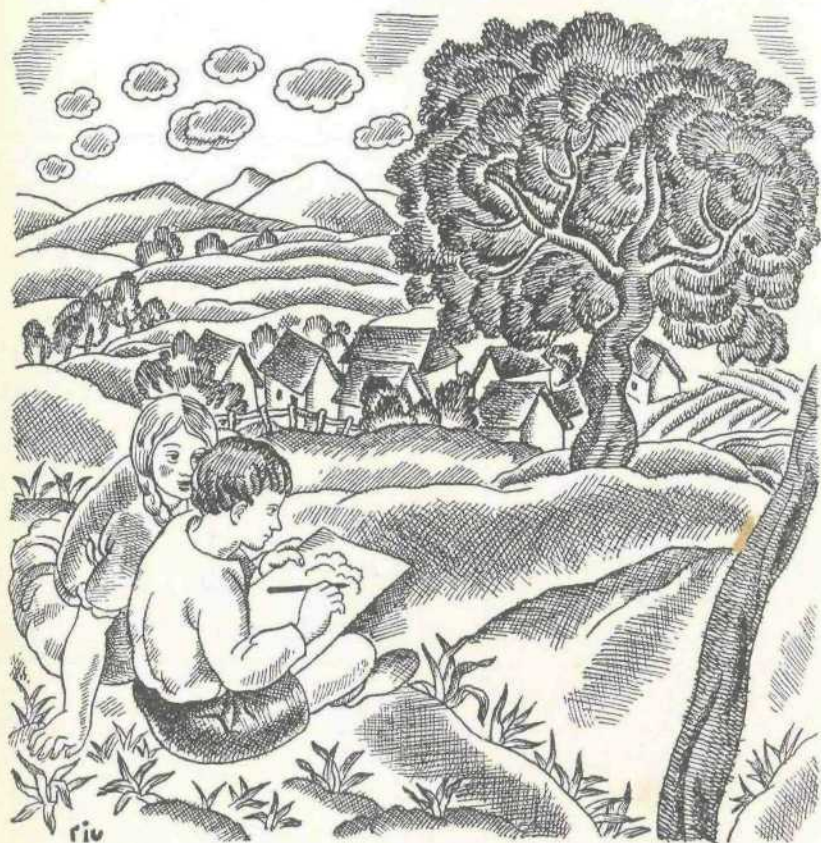
— Ahora se me ha ocurrido una cosa — gritó Emmi, como si hubiese descubierto un tesoro. — Tienes que ser un gran pintor, Fani. Así empiezan siempre los grandes pintores; estoy segura de ello; de no ser así, no dirías que lo más agradable del mundo es pasarse todo el día dibujando un árbol. Para los demás eso sería horriblemente aburrido.

— Sí, sí, ser pintor; eso es muy fácil de decir — contestó Fani con un suspiro; — la primavera próxima salgo de la escuela y tendré que ir a la fábrica y trabajar todo el santo día, desde la mañana hasta la noche. Yo quisiera saber cómo te las arreglarías tú para hacerte un gran pintor en esas condiciones.

— Pero, Fani, ¿no harías cualquier cosa para conseguirlo? Tú mismo has dicho que es lo más agradable del mundo. ¿Serías capaz de hacer hasta lo imposible para lograrlo?

— Seguramente, pero no hay ni que pensar en ello; ¿que puedo hacer yo?

— Espérate, espérate, Fani; ahora voy a meditar qué es lo que podríamos hacer. Figúrate que llegases a ser un



gran pintor y pudieses estar trabajando todo el día; eso sería la felicidad de tu vida, ¿no te parece?

Emmi hablaba con tal ardor de los proyectos para el porvenir que flotaban en su imaginación, que Fani se sintió

contagiado y dejó caer el lápiz. Sus ojos, que hasta entonces no se habían separado del árbol, erraban por el horizonte como buscando una cosa invisible.

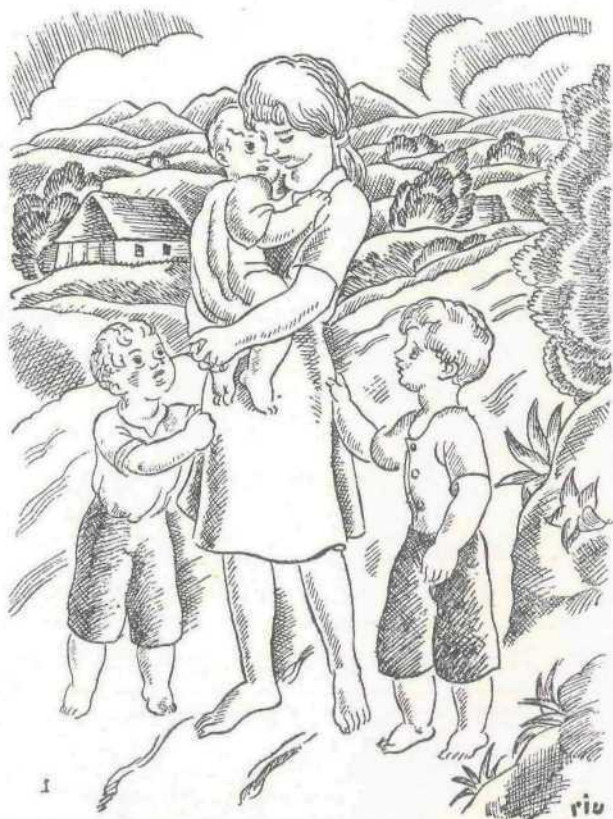
— ¿Crees verdaderamente que eso sería fácil? — preguntó muy excitado. — ¿Qué es lo que crees que debo hacer? Yo procuraría realizarlo en seguida. Dí lo que has imaginado.

— Todavía no lo sé, pero ya se me ocurrirá alguna idea; tienes que esperar un poco; quizás mañana, en la escuela, te lo pueda decir. Ahora has de terminar el dibujo del árbol y después te regalaré todo este papel y los lápices que quieras, para que puedas dibujar mucho. Ya sabes que luego hay que enseñar los dibujos en los exámenes y sería una lástima que los tuyos, tan excelentes, los presentaras en papel ordinario.

Fani se alegró mucho de este regalo, pues algunas veces había querido dibujar en casa y no lo pudo hacer por carecer de los útiles necesarios; así es que el papel y los lápices que le regalaba Emmi, constituían para él un verdadero tesoro. Volvió a su interrumpido trabajo y Emmi siguió contemplándolo y admirándolo. Mientras tanto el sol había desaparecido, y la llegada del crepúsculo advirtió a los chicos que era la hora de retirarse.

Hacia un rato que Fred había terminado su caza de escarabajos y estaba en el camino, fuera de la casa, mirando con impaciencia hacia la última revuelta de la carretera. Esperaba a su hermana Emmi, que más pronto o más tarde había de llegar, para exigirle cuentas de su conducta. Oscar

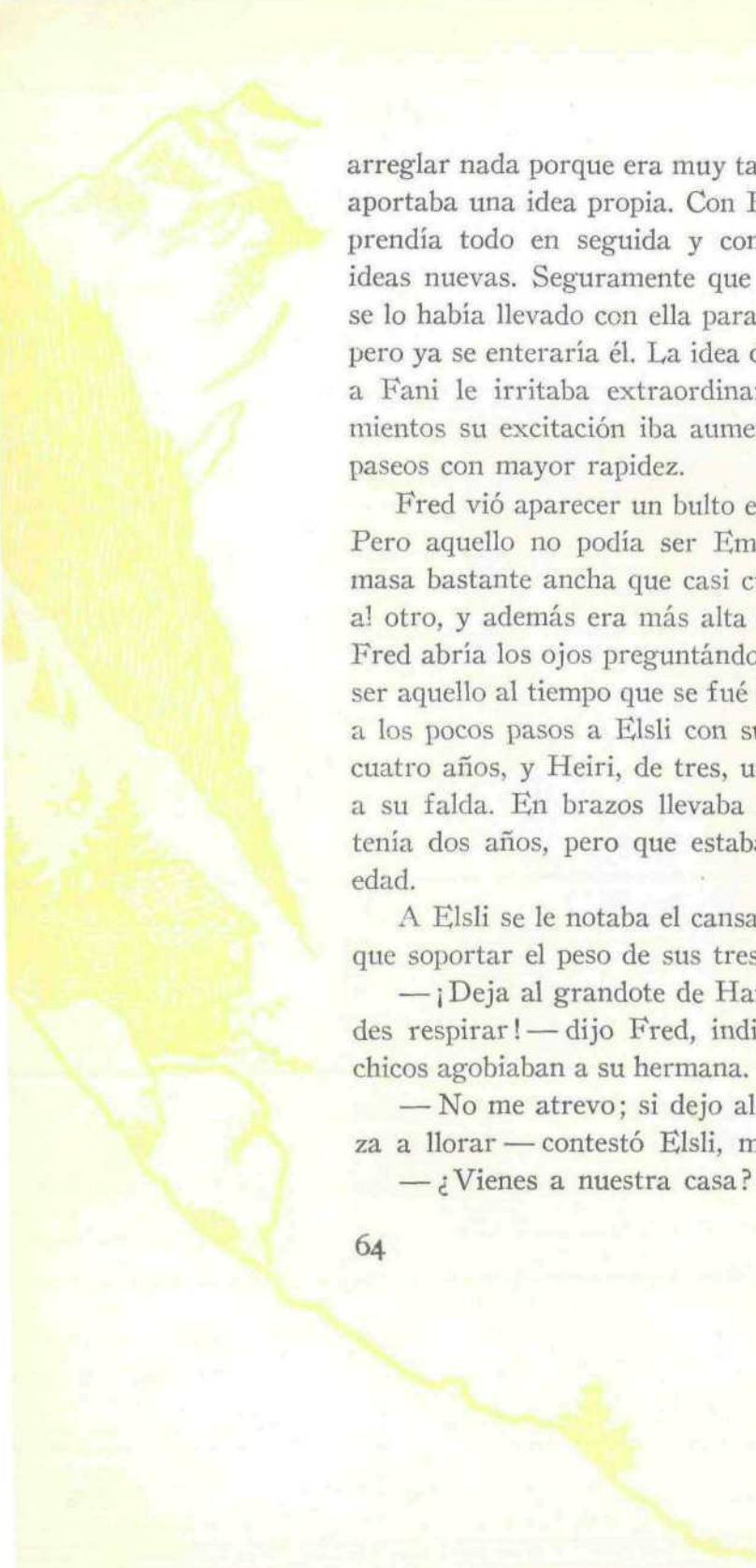
daba vueltas por el jardín con el mismo objeto, pero de mucho peor humor, porque se había pasado toda la tarde buscando inútilmente a su camarada Fani. Éste había desapare-



cido sin que nadie pudiera decirle en qué dirección, y, sin embargo, ¡tenía que hablar con él de tantas cosas para terminar los preparativos de la gran fiesta! Con Feklitus no se podía







arreglar nada porque era muy tarde de comprensión y jamás aportaba una idea propia. Con Fani, era otra cosa. Lo comprendía todo en seguida y constantemente se le ocurrían ideas nuevas. Seguramente que Emmi, como de costumbre, se lo había llevado con ella para algún otro entretenimiento, pero ya se enteraría él. La idea de que su hermana acaparase a Fani le irritaba extraordinariamente. Con estos pensamientos su excitación iba aumentando y cada vez daba sus paseos con mayor rapidez.

Fred vió aparecer un bulto en la revuelta de la carretera. Pero aquello no podía ser Emmi, pues se veía como una masa bastante ancha que casi cubría el camino de un borde al otro, y además era más alta en el medio que a los lados. Fred abrió los ojos preguntándose qué animal extraño podía ser aquello al tiempo que se fué a su encuentro, reconociendo a los pocos pasos a Ełsli con sus dos hermanitos, Kudi, de cuatro años, y Heiri, de tres, uno a cada lado, agarrándose a su falda. En brazos llevaba al más pequeño, Hans, que tenía dos años, pero que estaba muy desarrollado para su edad.

A Ełsli se le notaba el cansancio que le producía el tener que soportar el peso de sus tres hermanitos.

— ¡Deja al grandote de Hans en el suelo! ¡Casi no puedes respirar! — dijo Fred, indignado al ver cómo los tres chicos agobiaban a su hermana.

— No me atrevo; si dejo al pequeño se enfada y empieza a llorar — contestó Ełsli, mostrándose fatigadísima.

— ¿Vienes a nuestra casa? — preguntó Fred.

— Sí, para coger unas cosas que tengo que llevarme en este saco — dijo enseñando un saco muy grande que llevaba colgado en el brazo izquierdo.

— No puedes cargar con nada más. Deja a ese grandote en el suelo; te está aplastando con su peso — dijo Fred, cuando estaban llegando a la casa.

— Un momento lo voy a tener que dejar, por lo menos hasta que se me pase el dolor que tengo en el brazo.

Elsli, al decir estas palabras, colocó a Hans en el suelo, pero inmediatamente éste empezó a gritar de tal manera que la mamá y la tía salieron del cuarto y Kathri de la cocina.

— ¡Ya te enseñaría yo! — dijo esta última, amenazándola con la mano.

Elsli, asustada, volvió a coger en brazos al chico, el cual siguió llorando un buen rato, para protestar de la injusticia que con él habían cometido.


— Mamá, dile a este niño chillón que tiene que estar en el suelo. Mira a la pobre Elsli lo atropellada que está — gritó Fred, muy enojado.

Al oír esta proposición, el pequeño empezó a gritar más y más fuerte y escondió la cabeza en el hombro de su hermana, que casi no se podía tener.

— Creo que lo debes dejar en el suelo — dijo la madre. — Se ha de ir acostumbrando. Acércate, — y la señora qui-



Elsli



so ayudarle a desprenderse del chico, pero no fué tarea fácil; se agarraba fuertemente con las dos manos, al cuello de su hermana y pataleaba con furia. En cuanto tuvo los pies en tierra se cogió de las faldas de Ełsli y empezó a gritar de tal manera, que Ełsli, aturdida, lo cogió nuevamente, diciendo muy resignada:

— No quiere. Siempre hace lo mismo, en cuanto lo deajo aunque no sea más que un minuto. Cuando salgo de la escuela, si no lo cojo en seguida en brazos empieza a escandalizar.


— Pero Hans tiene ya más de dos años y hace tiempo que debe andar — dijo la madre, mirando con disgusto al tiranuelo. — Además, aún queda el otro hermano más chiquito, con el que también tendrás que cargar.

— ¡Oh! Hans se pone furioso cuando me ve coger al más chiquito; empieza a dar patadas y grita de tal manera que mamá lo oye y se enfada mucho, diciéndome que una chica de mi edad ha de saber entretener a los chiquitines. Pero éste no se calla hasta que deajo al chiquitín en la cuna y lo cojo a él en brazos. Entonces empiezo a mover la cuna hasta que el pequeño se queda dormido.

— Entra un momento, Ełsli; parece que estás muy cansada — dijo la señora compasivamente. — Y tú, Hans, vendrás también, pero andando hasta el cuarto y allí te daré un pedazo de pan y una manzana.

— Y si no quieres andar, te dejaremos aquí solo — añadió la tía. — Rudi y Heiri vendrán con nosotros para recoger su pedazo de pan y su manzana. ¿Verdad, hijos míos?





Pero no os colguéis así de las faldas de vuestra hermana; ¡venid solitos conmigo!

Los dos chicos siguieron dócilmente a las señoras, y Hans, que había comprendido muy bien lo del pan y la manzana, no lloró cuando Ełsli lo dejó en el suelo y siguió trotando de la mano de la tía. Fred iba detrás con una vara en la mano, como queriendo dar a entender que hay procedimientos muy eficaces para hacer andar a los chiquillos tercos.

Cuando llegaron al comedor, los tres pequeños se quedaron con los ojos fijos en la señora; ésta sacó del armario un pan muy blanco y tierno, del cual cortó cuatro pedazos grandes y encima de cada uno colocó una manzana hermosa y colorada. No había tenido más que alargar la mano, pues estas cosas estaban allí preparadas para la merienda de sus hijos. Entregó a cada uno de los chicos, así como a Ełsli, uno de los trozos de pan con su correspondiente manzana y Fred dijo:

— Ahora, a comer con buen apetito. — Los tres chiquitos obedecieron inmediatamente y mordían las manzanas con tal fruición que daban ganas de imitarles.

Entonces Ełsli, enseñando el saco vacío, explicó el objeto de su visita: su madre la mandaba a buscar las cosas que la señora del médico le había prometido.

— No, hija mía, no; de eso no hay ni que hablar — dijo la señora. — ¿Cómo vas a llevarte un saco lleno de ropa? Dile a tu madre que venga un día de estos; tengo que hablarla y entonces se llevará las ropas.

— Eلسli, ¿no quieres comer la manzana y el pan? — le preguntó la tía, que le había visto meterse la manzana en el bolsillo y conservar el pan, intacto, en la mano.

Eلسli se puso muy colorada y respondió con timidez:

— Quisiera partirlo con Fani, que esta noche se quedará sin cenar.

— Tienes razón, Eلسli, y no debe darte vergüenza el decirlo — dijo la tía; — pero, ¿por qué se queda Fani sin cenar esta noche?

— Hemos cenado antes de venir aquí, y Fani aun no estaba en casa, como le sucede muy frecuentemente, y como la leche cuajada y las patatas no eran muy abundantes, no ha sobrado nada. Además, papá dice siempre: “El que no viene a comer es porque no tiene hambre.” Pero yo sé con seguridad que Fani tiene hambre; lo que le pasa es que es muy distraído y se le olvidan las horas.

— ¿Pero dónde se mete? ¿No te ayuda a cuidar de los chicos? — preguntó la tía.

— No, no puede. La madre dice que los chicos lloran más cuando está él y le manda siempre a paseo; por eso se queda muchas veces sin cenar, y yo no puedo guardarle nada; sin embargo, ¡él es siempre tan bueno conmigo! Cuando vuelve a casa me hace los deberes a la vez que los suyos; yo no puedo hacerlos, pues estoy constantemente ocupada hasta la hora de acostarnos.

— Si Fani se queda sin cenar por distraído, él tiene la culpa. En cuanto a los deberes, no sacarás mucho provecho de ellos si es otro el que te los hace.

Elsli se puso colorada, y sus ojos azules, de mirada tierna, se llenaron de lágrimas.

— Sí, ya lo sé — dijo, — por eso estoy tan retrasada en la escuela; casi soy la última de la clase.

— No, no, ni mucho menos — le interrumpió Fred, deseando consolarla; — lo que no sueles saber son las lecciones que tenemos que estudiar en casa; pero ahora que sé el motivo, si alguno se ríe de ti se las tendrá que entender conmigo.

Sobre Elsli pesaban muchas cosas que le hacían la vida difícil, y nunca se la veía alegre y contenta como a los demás chicos. Ahora mismo miraba a Fred con una expresión de agradecimiento por sus consuelos, pero su sonrisa estaba impregnada de tristeza. Y cuando recogió su carga — Hans hacía rato que le estaba tirando de la falda para darle a entender que lo cogiese en brazos — la pobre chica tenía un aire tal de abandono y debilidad que a las dos señoras se les oprimió el corazón. La miraron cómo bajaba las escaleras y atravesaba la plaza, arrastrando un chico a cada lado y con el pesado Hans en los brazos.

— ¡Haz, Dios mío — suspiró la señora, — que un rayo de sol venga a aclarar la vida tan triste de esa pobre muchacha!

La tía iba a decir algo en el mismo sentido, pero no pudo porque en el jardín se oyeron unos gritos horribles que iban aumentando conforme se aproximaban a la casa.

Emmi había llegado. Sus dos hermanos, en cuanto la

vieron, se lanzaron hacia ella dirigiéndole toda clase de reproches y preguntas.

— ¿Por qué te has llevado a Fani? ¿Qué has hecho con



el papel? ¿Qué planes le has propuesto para que no haya asistido a la sesión? Dime dónde has puesto el papel para que pueda empezar a trabajar.



Gritando y gesticulando, llegaron los dos hermanos hasta la escalera, llevando a Emmi en medio. La madre se había internado en la casa a sus quehaceres, y la tía se dirigió al encuentro de los muchachos.

— ¡Paz, paz! ¿Qué significa este ruido?... Emmi no os va a poder contestar si le seguís preguntando los dos a la vez y a voz en grito.

Emmi se refugió en los brazos de la tía; en voz baja le contó lo que había hecho con el papel y le dijo:

— Ayúdame, tía, ¡por favor! Si no me ayudas, Oscar se va a poner furioso.

La tía no creyó que el uso que Emmi había hecho del papel mereciese ningún correctivo; les dijo que en seguida les iba a dar papel y que se pusieran a hacer los deberes y fuesen muy formales; para dar mayor energía a estas últimas palabras, añadió:

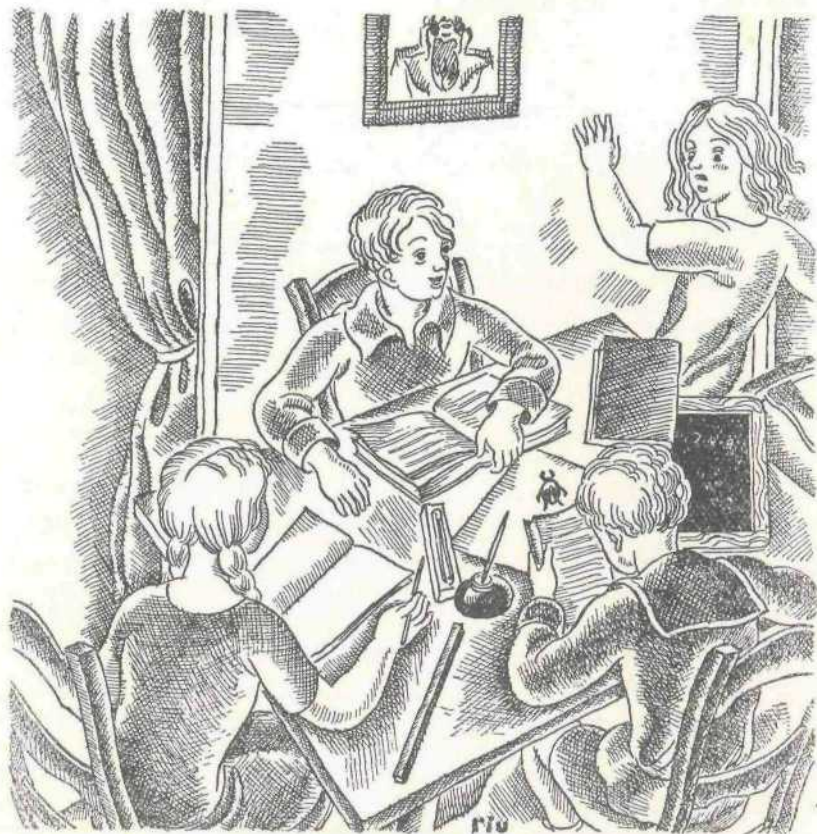
— Pronto vendrá papá y ya sabéis que no le gustan los alborotos.

Estas palabras produjeron el efecto apetecido. Entraron en la casa; la tía les dió el papel que necesitaban y al poco rato estaban los cuatro chicos sentados alrededor de la mesa haciendo en silencio sus deberes. Ya parecía que la velada se iba a deslizar tranquila, cuando repentinamente Rickli dió un grito penetrante y, tirando la silla al suelo, salió corriendo hacia el pasillo, como si la persiguiese un monstruo.


Los otros tres levantaron la cabeza y trataron de indagar el motivo de la actitud de Rickli.

— Ahí, ahí — dijo Emmi señalando con el dedo el centro de la mesa.

Sobre una hoja de papel avanzaba con paso majestuoso



un hermoso escarabajo dorado, que sin duda se había escapado de alguno de los bolsillos del infatigable coleccionador.



— Pero Fred — dijo la madre, que acudió a los gritos. — ¿Cómo andas siempre con los bolsillos llenos de animales? Para guardarlos, tienes cajas abundantes. Piensa en las molestias que causas a los demás, a ti mismo y hasta a los propios animalitos.

— Fred ha sido siempre una casa de fieras ambulante; las personas que se respetan deben procurar tenerlo a alguna distancia — dijo Oscar, sin levantar la cabeza del libro.

— Sí, pero mis colecciones no se esfuman a cada momento como tus asociaciones — contestó Fred. — Mira, mamá, es un animalito muy bonito y además muy útil; ahora te voy a leer lo que dice de él la zoología.

Fred se levantó para coger el libro, que siempre tenía al alcance de su mano:

— “El escarabajo dorado, *auratus*, tiene los élitros curvados y unas mandíbulas muy fuertes. Se alimenta de orugas, larvas y otros animales dañinos, por lo cual es un animal muy útil. En lugar de cuidarlo como se merece, con frecuencia se le persigue y se le destruye estúpidamente.”  
¡Ya ves, mamá!

— Nosotros no queremos perseguir estúpidamente a tu escarabajo, pero su sitio no es ni tu bolsillo ni la mesa, así es que llévatelo en seguida, Fred.

— Y tú, Rickli — añadió la tía asomándose a la puerta, — no hagas como si un insecto así te pudiera devorar. Mira, si sigues alborotando de esa manera, por cualquier pequeñez, cuando te oigamos gritar, todos creeremos que lo

haces sin motivo alguno y no acudiremos en tu ayuda si algún día gritas con razón.

Rickli entraba en el mismo momento en que Fred salía llevándose el escarabajo; cuando se cruzaron en la puerta éste le dijo en voz baja:

— Te voy a componer una canción a propósito de tus gritos. Pero no eres sola; hoy ha estado aquí un compañero tuyo en el arte de gritar.

— Yo también te escribiré una poesía — contestó Rickli — a propósito de los animales que salen de tus bolsillos y se arrastran por la mesa con unas patas muy largas y muy feas.

— Como quieras — contestó filosóficamente Fred.

Cuando los chicos recogían sus libros para retirarse, dijo la madre, dirigiéndose a Emmi:

— Puesto que mañana no tenéis clases, tú irás a visitar a la pobre Nora, que está enferma, y lo mismo harás los domingos y todas las tardes que tengas libres. Ella se alegrará seguramente de tus visitas.

— Menos mal que al fin va a tener Emmi una amiga; así dejará de acaparar los amigos de los demás — dijo Oscar, muy satisfecho de lo que acababa de oír.

Emmi se marchó tranquila sin contestar ni una palabra, pero no pensaba ni un momento en renunciar a la amistad de Fani.

El cortejo se puso en movimiento hacia los dormitorios; primero iban Oscar y Emmi, después la tía y por último los dos pequeños. Fred dijo, dirigiéndose a su vecina:

— Ahora fijate bien, Rickli — y empezó a cantar en alta voz, con una melodía que él mismo había compuesto :

*Son la Rickli y el Hanseli  
cual dos hermanos gemelos,  
cantan cual aves canoras,  
pero con más sentimiento.*

Rickli se disponía a responder, entre lloros, con otra poesía más o menos burlesca, cuando la tía se volvió y la cogió de la mano.

— No, Rickli; basta por hoy — dijo con energía, — y mejor será que no le contestes, así demostrarás a Fred que no tiene razón en sus comparaciones.

En tales momentos, cuando la madre no estaba ocupada, bien con su marido o con los enfermos que acudían a la consulta, solía subir con sus hijos y éstos se repartían entre la madre y la tía para hacerles sus confidencias sobre lo que les había sucedido durante el día. Muy a menudo sucedía que la madre estaba ocupada y entonces la tía tenía que poner especial cuidado en evitar altercados, pues los niños protestaban cuando dedicaba demasiado tiempo a uno de ellos. Aquella noche, Fred estaba indignado por el mucho tiempo que la tía había permanecido en el cuarto de sus hermanas, primero, y luego en el de Oscar. Cuando al fin entró en su cuarto, en lugar de las habituales confidencias, le dijo:

— Yo quisiera que te pudiésemos partir en dos y luego

multiplicar cada una por cuatro; así nos tocarían dos tías a cada hermano.

La tía hubiera querido quedarse un rato con Fred, pero Kathri la llamó, desde la cocina, con tanta insistencia que no tuvo otro remedio que marcharse, mas no sin antes haber prometido a Fred que la noche siguiente le visitaría a él primero.



EN EL EICHENRAIN




## CAPÍTULO V



CUANDO el doctor de las orillas del Rhin escribió a su amigo y colega de Buchberg encargándole que buscara, cerca de su residencia, una casa apropiada para que Nora pasase el verano en el ambiente puro de las montañas, éste encomendó el asunto a su mujer, la cual celebró en seguida consejo con su hermana. Lo primero en que pensaron fué en la gran casa del señor Bickel, en la que había tantos cuartos deshabitados, e inmediatamente la señora se dirigió allí, pero no tuvo éxito. Desde las primeras palabras, declaró la señora Bickel que las habitaciones las necesitaban para ellos y sólo a duras penas pudo contener la indignación que le producía el que alguien pudiese pensar que aquellos cuartos que aún no se habían estrenado, los fuesen a ocupar personas extrañas. La señora del doctor procuró excusarse diciendo que ella tenía el encargo de buscar una buena habitación, cosa muy difícil en Buchberg, donde había apenas casas con habitaciones abundantes, y le suplicó que no tomase a mal su visita. Pero la señora Bic-





kel tardó mucho en tranquilizarse, y aun bastante tiempo después, decía de cuando en cuando a su marido:

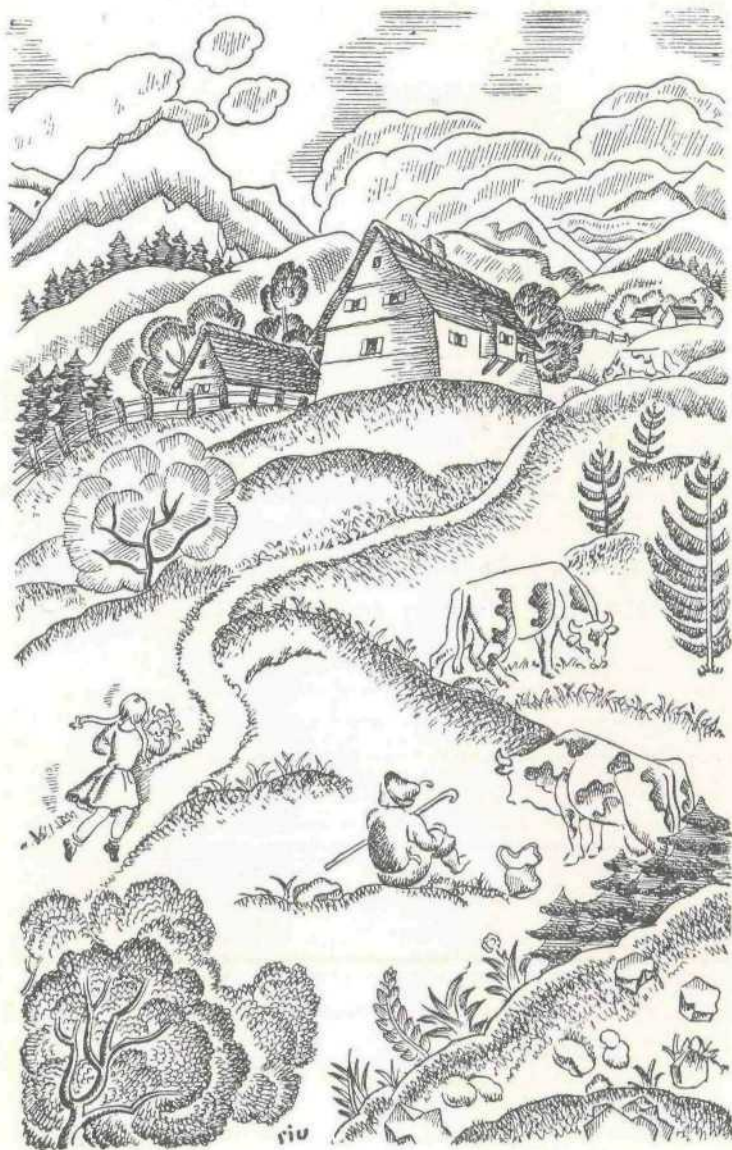
— Quisiera saber qué es lo que piensa la señora del médico. ¿Se figurará que hemos construído nuestra casa para que vivan otros en ella?


El señor Bickel, que había estado desde un principio conforme con la actitud de su mujer, añadía a la observación de ésta:

— Y además, ¡para gentes que no sabemos si poseen algo o no!... ¡A eso podíamos llegar!

La señora del doctor tuvo al poco tiempo otra idea. En el Eichenrain habían construído, hacía poco tiempo, una casita. En el primer piso vivía el labrador a quien pertenecía; en el piso superior tenía que vivir su hijo, que se iba a casar en el otoño próximo, y hasta entonces el piso estaría desocupado. La casa, situada en la cumbre de la colina, por un lado tenía hermosas vistas hacia las vertientes de las altas montañas, con sus altos picos cubiertos de nieve, y, por el otro, hacia el arroyuelo que corría en el fondo del valle. Sin perder tiempo, se dirigió al Eichenrain y tuvo la satisfacción de llegar a un acuerdo con los propietarios, en pocas palabras. Algunos días después, gracias a su ayuda, estaban los cuartos dispuestos, con sus muebles y camas, para recibir a las forasteras, presentando un aspecto muy agradable.

Hacía ya varios días que la señora Stanhope y su hija estaban instaladas en el Eichenrain, pero únicamente las habían visitado el médico y una vez su señora, porque Nora





se sentía muy agotada del viaje y no podía recibir visitas. Aquel día el doctor le había anunciado que su hija Emmi iría a verla y Nora la estaba esperando, sentada junto a su ventana favorita que miraba hacia el poniente. Desde allí podía ver las aguas del río que bajaban torrencialmente de las montañas y, a la caída de la tarde, le gustaba ver el cielo rojo y las montañas doradas por los últimos rayos del sol.

No tardó mucho en ver una muchachita que a toda prisa se dirigía hacia la casa. ¿Sería Emmi? Nora se quedó admirada al verla trepar por la colina dando saltos y sin detenerse un solo instante para tomar aliento; le parecía imposible que no se cayese extenuada en el camino. Pocos momentos después llamaban a puerta y de un salto entró la misma chica; era Emmi, con las mejillas muy coloradas. y traía en la mano un hermoso ramo de flores rojas y azules que alargó en seguida a la pálida Nora. La señora Stanhope la saludó muy cariñosamente y le dijo que se sentara al lado de Nora, la cual le dió las gracias por las flores. Las dos niñas presentaban un gran contraste sentadas la una frente a la otra. Emmi con sus mejillas encendidas, sus brazos redondos y llenos y la exuberancia de vida que denotaban todos sus movimientos, hacía parecer a Nora más delgada y transparente, como si fuera una rosa delicada a la que un ligero soplo de viento pudiera destruir. La señora Stanhope las estuvo mirando unos momentos en silencio; después los ojos se le llenaron de lágrimas y se fué a otra habitación.

—¿Dónde has cogido estas flores tan frescas?— preguntó Nora a su visitante.



— En los campos, al venir hacia aquí — contestó Emi. — ¡Ahora abundan las flores que da gusto! ¡Si lo pu-

dieses ver! Cuando estés mejor iremos juntas a coger flores y después fresas y frambuesas.

Nora, meneando la cabeza, la miró fijamente y le dijo: — Yo no puedo alegrarme con esas cosas.

Emmi no pudo comprender lo que oía, pues no conocía nada más divertido; sin embargo, se le ocurrió una explicación.

— Dices eso porque no lo conoces; quizá en vuestro país no haya flores y fresas; espera a que puedas venir y verás cómo te gusta. Tú no comprendes lo hermoso que es andar por los campos; tan divertido que hasta se olvida la hora de regresar a casa.

— Sí, siempre piensa uno que afuera va a estar muy bien — dijo Nora, con aire pensativo, — pero una vez que se sale, se siente una fatiga tan grande, tan grande, que ya no hay diversión posible.

Emmi la miró como si le hubiese hablado en un lenguaje ininteligible. Ella no se cansaba nunca; al contrario, su pena más grande era el tener que irse a acostar y ver que se acababa el día y no podía seguir andando de aquí para allí, y eso aunque hubiese estado corriendo desde la mañana hasta la noche. Con verdadera admiración se quedó largo rato contemplando a Nora, sin decir una palabra. En la cara de Nora creyó encontrar la explicación de sus palabras y dijo algo más tranquila:

— Ahora sé por qué piensas así; es porque estás enferma; espera a curarte y entonces volverás a ser fuerte como yo y no te cansarás nunca.

Nora volvió a hacer un gesto negativo con la cabeza.

— Yo nunca he tenido fuerzas y no puedo alegrarme con la idea de ser como tú; eso nunca será.

Emmi sentía un verdadero malestar.

— Sin embargo, tendrás algo que te cause alegría. Todas las noches hay que alegrarse pensando en el día siguiente. Ahora debes tener fe en que papá te curará; si no, te pondrás cada día más triste.

— Yo también tengo un pensamiento que me alegra. Cuando estoy muy cansada y veo a otros corriendo ligeros, como tú cuando subías, hace un rato, por esta colina, pienso en lo bien que estaré en el cielo, mucho mejor que aquí; allí también hay flores hermosas, lilas y rosas que no se marchitan nunca, y todos los que allí están son felices, sintiéndose contentos y sanos. ¿No te alegrarías tú de ir al cielo?

Emmi no sabía qué responder. Ella también se imaginaba que en el Cielo lo pasaría muy bien, pero por ahora prefería quedarse en la Tierra. Tenía tantos proyectos que realizar de un día para otro, que no le quedaba tiempo para pensar en el “más allá”. Sin embargo, como Nora la miraba cual esperando una contestación, al fin dijo:

— Nunca he pensado en eso.

Nora miró a su nueva amiguita con aire de decepción.

— ¡Qué lástima! — dijo tristemente. — ¡Tampoco contigo puedo hablar de lo maravilloso que es el Cielo, del cual Clarisa me ha contado tantas cosas! Con nadie voy a poder hablar de eso; Clarisa no va a venir y con mamá no me atrevo; en cuanto pronuncio la palabra Cielo, mamá se echa

a llorar y se marcha a otra habitación. Yo había pensado que podríamos hablar las dos, como hablaba con Clarisa, pero no puede ser, puesto que tú no te alegras.

Emmi tardó en contestar. Estaba cavilando para ver si encontraba el medio de distraer a Nora. Cuando creyó haberlo encontrado, tuvo una explosión de alegría.

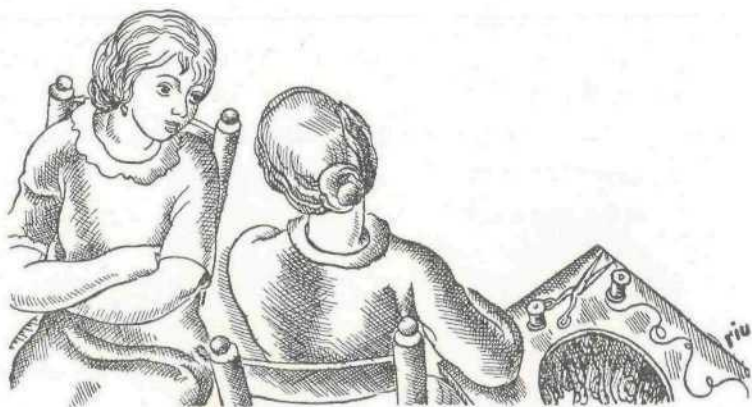
— Ahora se me ha ocurrido una cosa que a tí también te alegrará. Pronto empieza la siega y las praderas se llenan de montones de heno seco en las que nos podremos echar y así no te cansarás; iremos todos los días juntas y verás cómo te diviertes.

Nora hizo nuevamente un gesto de incredulidad y permaneció callada.

Al cabo de un rato, Emmi se levantó para marchar. La señora Stanhope, que había entrado en la habitación, le dijo que, puesto que su mamá sabía dónde estaba, podía quedarse un rato más y le rogó que se volviera a sentar; Nora no apoyó esta proposición de su mamá. Emmi parecía tener mucha prisa; manifestó, un poco insegura, que ya era muy tarde y casi no se tomó ni el tiempo necesario para despedirse correctamente. En cuanto se vió fuera, echó a correr por la colina y luego subió la otra vertiente sin detenerse hasta que, casi sin respiración, se encontró en la puerta de su casa.

Al verse allí, Emmi se percató de que había vuelto a casa mucho antes de lo que la esperaban y tuvo miedo de las observaciones que sus hermanos harían sobre su rápido regreso. Como no quería oírlas, empezó a pensar la

forma en que podría evitarlas y en seguida se le ocurrió: — ¡Tengo que buscar a la tía! — A ella le podía contar todo y decirle lo que había sucedido en la visita, tan contrario a lo que ellas esperaban, y cómo, al final, no había sabido de qué hablar con Nora. La tía comprendería seguramente lo sucedido y se las arreglaría para que los chicos no la hiciesen




objeto de sus burlas. Apenas empezó a andar escalera arriba cuando se cruzó con Fred que bajaba.

— ¡Ah! Seguramente te ha pasado algo con tu nueva amiguita. Si no, no hubieras vuelto tan pronto — le dijo al pasar por su lado.

Emmi no le contestó y se metió en el cuarto. A la madre la acababan de llamar a la cocina, así es que encontró a la tía sola, sentada junto al costurero, y se apresuró a colocarse muy cerca de ella para evitar que alguno de sus hermanos le quitase el sitio, antes que ella hubiese terminado de exponerle su caso.





Al llegar la señora a la cocina, encontró a Marget que la estaba esperando. Le hizo sentarse en una silla cerca de la mesa, preparó una taza de café que le sirvió y se sentó a su lado.

—Vamos a tomarlo con calma, Marget— le dijo.— Hace tiempo que quería hablarle. No la he llamado solamente para darle la ropa, sino por causa de Elslí. A esa niña la quiero mucho: la pobrecita está tan pálida y delicada, siempre con el grandote de Hans en brazos y los otros dos colgados de las faldas, que casi no puede andar. Eso no va a poderlo soportar mucho tiempo; para convencerse no hay más que ver su delgadez y falta de energías. Es necesario, Marget, que busque usted el medio de que no tenga que llevar siempre al chiquillo en brazos y a los otros dos arrastrando.

—¡Ah, señora! Eso es muy fácil de decir— contestó Marget.— Pero, ¿qué puedo hacer yo? Trabajo desde la mañana hasta la noche para que todos tengan con que cubrirse el cuerpo y llevarse algo a la boca. Si yo tuviese que cuidar de los chiquillos, ¿cómo iba a trabajar? ¿Quién me va a ayudar, si no es Elslí? Al hermano mayor, Fani, que podría hacerlo, se le olvida al instante; no es mal chico, pero no se fija en nada, y siempre está fuera de casa. Ya sé que la pequeña lleva una vida muy dura, pero no tiene más remedio que acostumbrarse; más tarde será aún peor.

— Pero, Marget — replicó la señora, — Elslí no es tan fuerte como otras chicas y no podrá resistir tanta fatiga. Y si se pone enferma, ¿qué hará usted?

— Entonces yo no sé lo que haría. ¡Dios dirá! Nosotros tenemos bastante con resolver las dificultades del día, sin ponernos a pensar en lo que pasará mañana. Lo que sé, con seguridad, es que Ełsli no tiene más remedio que trabajar ahora, y cuando sea mayor estará peor. En cuanto pueda ganar algo tendrá que ir a la fábrica y seguramente que allí tendrá que hacer trabajos más pesados que cuidar a los chicos. Fani empezará primero: mi primo ya le ha echado el ojo para Pascuas y me ha dicho un par de veces que hará de él algo de provecho. Claro que si Fekli no creyese sacar alguna ventaja del trabajo del chico, no lo haría, porque ése no acostumbra hacer nada como no le produzca seguro beneficio.

— ¿Es usted de verdad pariente del señor Bickel, Marget?

— Sí, sí, ciertamente; somos primos en tercer grado. A él se le ha olvidado un poco desde que es un señor, pero yo, cuando lo encuentro, le sigo diciendo: “Buenos días, primo”, como lo he hecho siempre. Él suele volver la cabeza y luego me saluda de manera casi imperceptible, como si apenas me conociese. ¡Pero no me importa! A mí me basta con que conozca a Fani y se haya fijado en él; así puedo tener la esperanza de ver entrar algún dinero en casa, que buena falta hace.

La señora del médico se fué a buscar el saco que Ełsli había dejado, y en el que había puesto la ropa para los chicos de Marget y se lo entregó.

— Piénselo usted bien, Marget — le dijo a ésta cuan-

do se disponía a marcharse. — Debe usted hacer que la chica trabaje lo menos posible; prométamelo, y yo por mi parte procuraré ayudarla.

— Yo le prometo hacer lo que pueda — pero en seguida



añadió: — usted debe comprender que si yo he de terminar mis quehaceres, Elsi se las tiene que arreglar, como pueda, con los chiquitos. Ahora estamos todos sanos y necesitamos del trabajo de todos para ganar la modesta comida. ¿Qué puedo hacer yo? Si viene alguna enfermedad, como otras veces, tendremos que trabajar más. Yo siento, la primera, lo de la chica, pero no lo puedo remediar. Nadie sabe

lo que es la pobreza sin haberla pasado; muchas veces no puedo evitar el pensar que Dios no quiere lo mismo a todas sus criaturas.

— No, Marget, no debe usted pensar así — dijo compasiva la señora, pues conocía muy bien la ruda existencia de la gente humilde. — La pobreza no es el peor de los males, hay otros más amargos y que hacen sufrir más. Dios sabrá por qué nos los manda. Sé muy bien que la pobreza es muy amarga, y lo que siento más es no poder ayudar siempre como yo quisiera.

Marget cogió el saco y se fué sin responder.

Con el corazón oprimido se dirigió la señora al cuarto de costura; tenía la impresión de que Elslí tendría que seguir llevando su cruz y que el cuerpecito débil de la niña no podría resistirlo mucho tiempo. Se sentó, suspirando, cerca de la tía para comunicarle la penosa impresión que había sacado de su conversación con Marget. La tía encontraría, como en todas las circunstancias difíciles, una idea de consuelo, una esperanza y hasta quizá una solución. Pero antes de que Emmi hubiese terminado sus confidencias y de que su mamá hubiera podido empezar con las suyas, se abrió la puerta y Kathri gritó, asomando la cabeza:

— Señora, venga usted; hay alguien abajo.

— ¿Alguien? ¿Qué es lo que quiere usted decir? — preguntó la señora en tono de reproche. — ¿Quién está abajo?

— ¡Como si se pudiesen retener unos nombres tan difíciles! — murmuró Kathri.

— ¿Será, quizá, la señora Stanhope? ¿Y la ha dejado usted esperando en el vestíbulo? •

— Precisamente, ella es — dijo Kathri, y se retiró murmurando sobre esos nombres extranjeros que no se pueden retener, ni con la mejor voluntad del mundo.

La señora se apresuró a salir y condujo a la señora Stanhope al salón. Ésta venía a preguntar a la mujer del médico si ella le podría buscar una chica que fuese a su casa un par de veces al día para hacerle los recados, porque no podía tener a la criada todo el día haciendo viajes al pueblo. Qui-

zá se encontrara una niña que, entre las horas de las clases al salir de la escuela, le hiciese ese servicio.

En seguida apareció ante sus ojos la pálida carita de Elslí y pensó cuánto mejor sería para ésta andar haciendo los recados al aire libre, que quedarse en casa, llevando su pesada carga. Por otro lado pensó que si Marget veía la posibilidad de ganar unos dineros, encontraría el procedimiento para no necesitar la ayuda de Elslí.

— Yo sé de una chica muy buena y muy formal que seguramente le gustaría a usted, señora — dijo la mujer del médico; — lo que no sé es si la madre dará el consentimiento, pues también en casa le hace falta la niña.

— Prométale usted un buen salario — se apresuró a decir la señora Stanhope; — precisamente una chica así me convendría. Que diga la madre lo que quiere y no se arrepentirá de habérmela cedido.

Esta perspectiva para Elslí alegró el corazón oprimido de la mujer del médico y decidió ir en seguida a visitar a Marget, por si podía arreglar el asunto en el acto. Salió, con la señora Stanhope, a la que acompañó hasta el sendero que conducía a casa de Heiri.


Marget estaba sola en casa, ocupada lavando ropa; la señora se sentó a su lado y empezó a exponerle el asunto. Muy poco rato después estaban las dos de acuerdo; Marget había comprendido lo bien que le vendría el dinero que tanto escaseaba en la casa y pensó que ya se las arreglaría como pudiera con los chicos; además de que, como ella decía, Elslí no se iba al otro mundo. Quedó convenido que Elslí, al

día siguiente, al salir de la escuela a las once, iría a casa de la señora Stanhope para empezar a prestar sus servicios.

A última hora, cuando la mamá y la tía se quedaron so-



las, como de costumbre, remendando calcetines, quiso saber la madre lo que Emmi había comunicado a la tía con tanto calor. Entonces pudo enterarse de que la visita había sido un fracaso; Emmi había vuelto con la convicción de que No-



ra no tenía ni el menor deseo de que volviese a visitarla; eso no le importaba nada, al contrario, más bien le alegraba, pues a última hora no había sabido ni de qué hablar y Nora también había permanecido callada. La señora se extrañó mucho; para ella era un caso nuevo el que a Emmi le hubieran faltado palabras; eso no le había sucedido nunca hasta entonces. Sintió mucho que las cosas hubiesen pasado así, pues ella había estado hasta entonces convencida de que Emmi hubiera hecho pasar a la enferma horas muy agradables y que ésta hubiese influido, como calmante, en el carácter impulsivo de su hija. Por el momento no se podía hacer nada, pero la madre estaba convencida de que las cosas se arreglarían con el tiempo. Las amistades entre niños se hacen algunas veces en un instante, pero otras resultan algo laboriosas.

La tía hizo un gesto de incredulidad al oír hablar así a su hermana. De lo que Emmi le había contado, había sacado la impresión de que las dos muchachas tenían dos naturalezas tan diferentes y unas ideas e intereses tan opuestos, que nunca podrían llegar a ser amigas.

Después hablaron las dos hermanas de las nuevas perspectivas que se abrían para Elslí, y la madre manifestó la alegría que sentía al pensar que, por lo menos durante unas cuantas semanas, no volvería a ver a Elslí abrumada por el peso de su hermanito.



UNA TÍA QUE ESTÁ MUY OCUPADA

7. — GRITLI - SPYRI



## CAPÍTULO VI

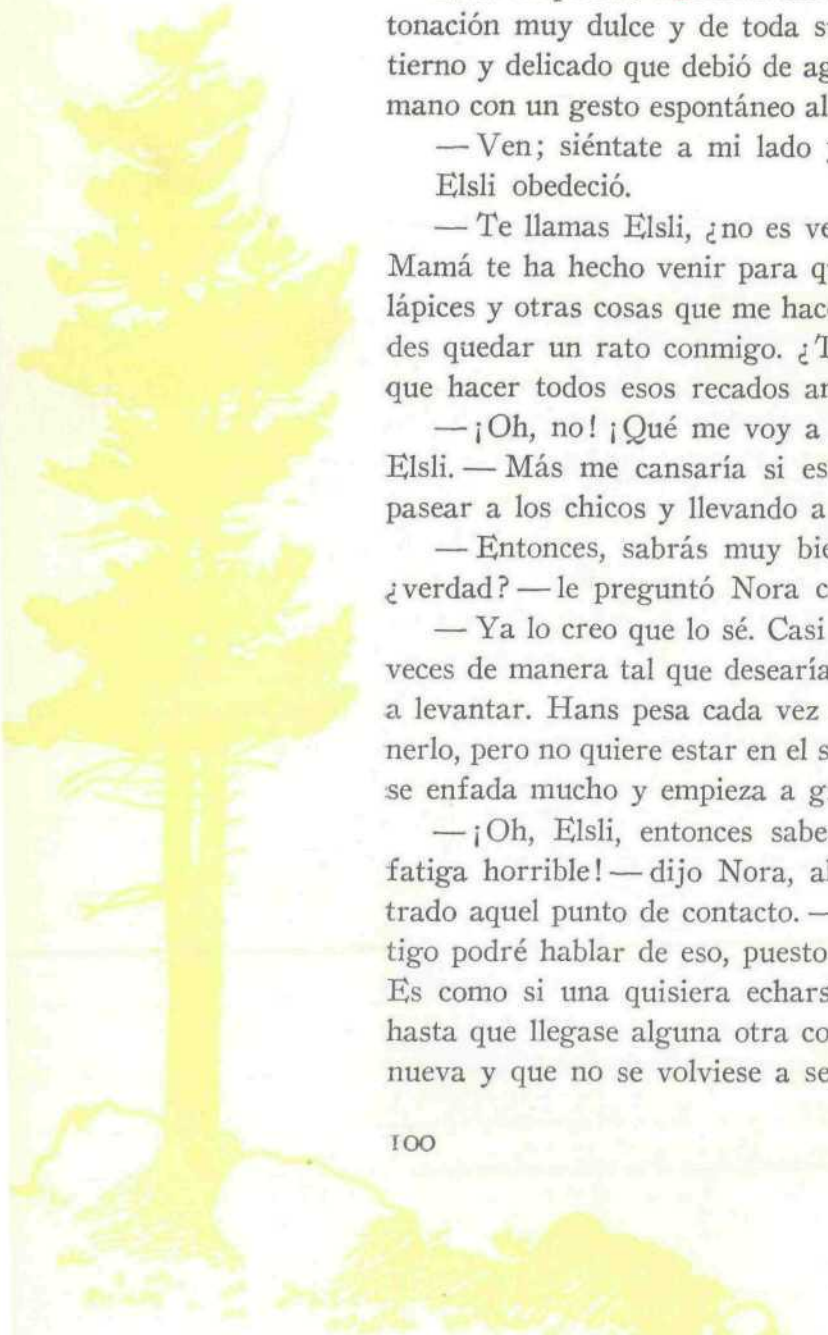


la mañana siguiente, poco después de las once, Ełsli entraba, casi sin hacer ruido, en la casa del Eichenrain. La puerta de la habitación estaba abierta; Nora, sentada en su sillón, mirando hacia la entrada, la vió en seguida y, como no la había oído aproximarse, se quedó mirándola algo sorprendida. Ełsli tenía un aspecto muy agradable; llevaba el pelo, castaño claro, cuidadosamente peinado hacia atrás, con unos ricitos sobre la frente. La madre le había permitido que se pusiese delantal limpio y un pañuelo al cuello, ya que iba a servir a unas señoras. Tenía la carita pálida y sus ojos azules miraban tímidamente a Nora. Ésta comprendió que Ełsli vacilaba al entrar en el cuarto.

— Ven aquí — la dijo.

Cuando Ełsli se hubo acercado un poco, tan silenciosamente como había entrado en la casa, le preguntó:

— ¿Eres tú la chica que nos va a hacer los recados?



Elsli respondió afirmativamente. Su voz tenía una entonación muy dulce y de toda su persona emanaba un aire tierno y delicado que debió de agradar a Nora. Le alargó la mano con un gesto espontáneo al mismo tiempo que le decía:

— Ven; siéntate a mi lado y hablaremos un poco.

Elsli obedeció.

— Te llamas Elsli, ¿no es verdad? — continuó Nora. — Mamá te ha hecho venir para que me traigas seda, huevos, lápices y otras cosas que me hacen falta; pero ahora te puedes quedar un rato conmigo. ¿Te cansarás mucho si tienes que hacer todos esos recados antes del mediodía?

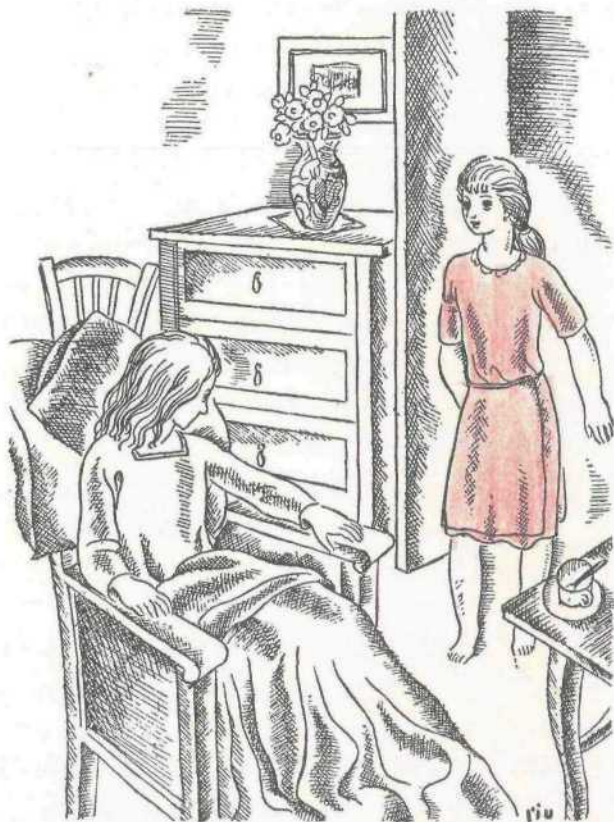
— ¡Oh, no! ¡Qué me voy a cansar por eso! — contestó Elsli. — Más me cansaría si estuviese en casa, sacando a pasear a los chicos y llevando a Hans en brazos.

— Entonces, sabrás muy bien lo que es estar cansada, ¿verdad? — le preguntó Nora con mucho interés.

— Ya lo creo que lo sé. Casi siempre lo estoy, y algunas veces de manera tal que desearía echarme para no volverme a levantar. Hans pesa cada vez más y casi no puedo sostenerlo, pero no quiere estar en el suelo; si no lo cojo en brazos se enfada mucho y empieza a gritar.

— ¡Oh, Elsli, entonces sabes muy bien lo que es esta fatiga horrible! — dijo Nora, alegrándose de haber encontrado aquel punto de contacto. — Estoy muy contenta; contigo podré hablar de eso, puesto que tú también lo conoces. Es como si una quisiera echarse y no volverse a levantar hasta que llegase alguna otra cosa, una cosa completamente nueva y que no se volviese a sentir fatiga, ¿verdad, Elsli?

— Nunca llega nada nuevo y al fin hay que volver a levantarse — contestó Elslí.



— No, no quiero decir eso. Yo digo acostarse y después morir. ¿No te gustaría morir, Elslí?

— Yo creo que es mejor vivir. No he pensado nunca en ello. ¿Por qué crees que me gustaría?

— Tú no sabes lo hermoso que debe de ser morir. Clarisa me lo ha contado muchas veces; siempre hablábamos de lo mismo. Pero con mamá no me atrevo: en seguida se pone a llorar y está triste durante varios días. Pero a ti te lo contaré todo y ya verás cómo te gustaría ir al Cielo. También te enseñaré la canción de Clarisa. ¿Quieres que te la recite ahora mismo?

Elsli se preparaba a escuchar la canción cuando entró en el cuarto la señora Stanhope. Saludó a la niña, no sin cierta extrañeza al ver que las dos muchachitas tenían ya una conversación tan familiar como si hiciera mucho tiempo que se conocieran; su extrañeza aumentó cuando oyó a Nora que le decía:

— Mamá, la seda no la necesitas con urgencia; a mí, los lápices tampoco me hacen falta hoy, los huevos ya no me apetecen y las demás cosas las puede traer después la cocinera. Yo preferiría que Elsli se quedase un rato hablando conmigo.

— Muy bien, que la niña se quede contigo si eso te causa placer — dijo la madre al ver que Nora, a quien todo le era indiferente, expresaba tan vivo interés.

— Además — añadió, — Elsli volverá por la tarde, y entonces tendrá tiempo de hacer los encargos.

Éstas palabras de la señora hicieron brillar los ojos de las dos niñas. Nora veía que las largas horas del día le serían mucho más entretenidas con esta nueva amistad, y en cuanto a Elsli se alegraba de poder descansar y estar tranquila al lado de Nora, que tan amable se mostraba con ella.

Como la mamá se había quedado en el cuarto, no pudieron seguir hablando de la canción. Nora sabía perfectamente lo que disgustaba a su madre y evitaba hablar de ello en su presencia. La chica solía estar muchos ratos sin hablar, con gran disgusto de su mamá; sus pensamientos estaban casi siempre ocupados con las imágenes que Clarisa había tratado de grabar en su corazón. Clarisa era una mujer de mucha experiencia; hacía tiempo veía que Nora iba mejorando y comprendía que no podía durar mucho, por eso quería hacerle amar la mansión a la que tenía que ir, para que no sufriese tanto cuando llegase el momento de abandonar la Tierra, y como ella misma ardía en amor y esperanza hacia la patria celestial, no le había sido difícil despertar los mismos sentimientos en el corazón sensible de Nora.

Elsli tuvo que responder a varias preguntas que le hicieron sobre su casa y sus hermanitos; cuando llegó a hablar de Fani lo hizo con tal entusiasmo que parecía que no iba a callar nunca. Sentía una gran admiración por su hermano, al que quería muchísimo, y no se cansaba de repetir que era muy bueno, muy guapo, simpático y muy inteligente, y que la ayudaba a hacer sus deberes. ¿Qué sería de ella sin Fani? No volvería a estar alegre, pues cuando Fani entraba en casa, ya podía Elsli estar triste y cansada, que él encontraba en seguida la manera de hacerla reír. Fani estaba siempre contento y tenía confianza en el porvenir; contaba unas cosas tan bonitas y con tanta convicción y gracia que Elsli sentía renacer la esperanza aunque un momento

antes hubiese estado convencida de que en este mundo no le esperaban más que penas y fatigas.

La señora Stanhope escuchaba con placer a la niña, que contaba esas cosas de su vida triste con una voz tan suave y una mirada tan dulce en sus ojos azules.

Nora estaba pendiente de sus labios y se veía que sus pensamientos iban mucho más lejos y que se hacía cargo de muchas cosas, todavía mejor que la misma Elslí.

La señora Stanhope la interrumpió diciendo:

— Vuélvete a casa, hija mía; te esperamos otra vez a las cuatro — y Nora añadió: — Pero ven puntual, Elslí, y dile a tu madre que no regresarás hasta las ocho.

Elslí prometió cumplir lo que le pedían y se alejó con el corazón alegre; se había figurado que la pequeña extranjera casi no le hablaría y que tendría que estar siempre haciendo recados; al contrario, no sólo la enferma la había tratado como a una amiga, sino que la señora, a la cual había tenido un poco de miedo al principio, la había hablado con mucha amabilidad. Una sensación de agradecimiento llenaba su corazón.

A las cuatro Elslí salió rápidamente de la escuela; no se despidió de Emmi por temor a retrasarse; no olvidaba que había prometido ir directamente a Eichenrain. Su temor estaba justificado; oyó que alguien iba detrás de ella corriendo con todas sus fuerzas y llamándola por su nombre. Era Feklitus: conocía muy bien su voz.

— ¡Espera, espera!... ¿Quieres esperarte, puesto que yo te lo ordeno? — le gritó imperioso.

— No, no puedo. He prometido darme prisa — contestó huyendo como un gamo.

Feklitus la persiguió un buen rato, ciego de cólera, y dirigiéndole toda clase de amenazas, lo cual no servía más que para dificultar su marcha. Sin aliento y colorado de rabia, se detuvo al fin comprendiendo que no podría alcanzar a la fugitiva; cuando él había perseguido a Elslí era seguramente porque tenía una razón poderosa para ello: estaba furioso de su fracaso.



Elsli se detuvo para tomar aliento, antes de entrar en la casa del Eichenrain; temerosa de que Feklitus pudiese alcanzarla, había corrido hasta allí sin detenerse una sola vez.

Nora, hacía ya un buen rato que esperaba en la ven-

tana la llegada de Elsli. Al verla, le gritó impaciente:  
— Ven, Elsli; sube a mi lado, aquí podrás descansar;  
hoy no tienes que volver a salir.

Elsli obedeció; Nora estaba sola y la recibió con alegría. Hizo que se sentara a su lado y entonces la dijo que no tendría que ir al pueblo a comprar cosas, porque ella le había pedido a su mamá que las dejase pasar toda la tarde juntas y la mamá había consentido y salido un rato, cosa que no hacía nunca cuando Nora estaba sola.

— Ahora tengo muchas cosas que decirte — prosiguió Nora. — ¿Tú no has pensado nunca lo que sucederá cuando tengamos que salir de este mundo para ir al Cielo?

Elsli, haciendo un gesto negativo con la cabeza, contestó:  
— No, no lo he pensado.

— ¡Oh! — continuó Nora cada vez más animada. — ¿Entonces no sabes lo hermoso que será? Mucho más hermoso que todo lo que has visto hasta ahora. ¡Allí no hay ni un solo enfermo! Y nunca se siente fatiga; todos los hombres son felices y se reúnen junto a un río bordeado de flores para gozar eternamente. Ahora te voy a recitar la canción del Paraíso; ya verás qué bonita es.

Los ojos de Nora brillaban y sus mejillas, generalmente pálidas, se iban coloreando mientras recitaba:

*El agua de un seráfico arroyuelo  
fertiliza en su curso la llanura,  
y de unos lirios de sin par blancura  
sube el perfume hasta el azul del cielo.*



*Las rosas embalsaman el ambiente,  
dora el sol el vergel, como Dios quiso,  
y los pájaros trinan dulcemente;  
es esta la región del Paraíso.*

*Céfiro suave de sutil beleño  
los senderos floridos acaricia,  
vagan los seres como en un ensueño  
y al hallarse se miran con delicia.*

*La santa muchedumbre congregada  
recibe allí con alegría interna  
a los que truecan su sombría morada  
por el imperio de la luz eterna.*

*Y se mueven en íntimo alborozo,  
libres de mundanal melancolía.  
Sus lágrimas son lágrimas de gozo  
e infinita ha de ser ya su alegría.*

Elsli consideraba con sorpresa a Nora, que estaba como transformada. Las imágenes de la canción desfilaban vivientes ante sus ojos, y su voz temblaba de emoción. Elsli se quedó inmóvil y silenciosa, impresionada por lo que acababa de oír, tan nuevo para ella.

—¿No te ha gustado la canción, Elsli? — preguntó Nora, después de un largo silencio.

—¡Oh, sí, mucho! — afirmó la niña como despertando de un sueño.

— ¿Te gustaría venir conmigo allá arriba, donde se está tan bien? — continuó Nora.

— ¿Pero tú te vas a ir? — preguntó, a su vez Eلسli, un poco inquieta.

— Sí, yo me iré — contestó Nora muy convencida. — Clarisa me ha contado muchas veces que Philo se había ido al Cielo y que yo también iré muy pronto. ¡Si supieses cuántas cosas me ha contado! Todos los que en este mundo están siempre cansados, son allí felices y pueden andar horas enteras, por las orillas del río, sin sentir la menor fatiga. Ya te iré contando poco a poco todo esto y otras muchas cosas. Ahora que sabes lo hermoso que es el Cielo, ¿te gustaría venir conmigo cuando yo me vaya?

— Sí que me gustaría — dijo Eلسli arrastrada por las descripciones de felicidad que hacían brillar los ojos de Nora. — ¿Pero crees tú que podremos irnos juntas cuando queramos?

— ¡Oh, no, Eلسli, eso no se puede! Nuestro Señor llama a cada uno cuando le llega el momento. Pero yo quería saber si tu también te alegrarías y si podríamos hablar de estas cosas. Puede ser que Dios nos llame al mismo tiempo, puesto que tú también estás siempre cansada. Clarisa me ha dicho muchas veces que precisamente por eso sabía que Dios vendría a buscarme pronto. Piensa, Eلسli, en lo hermoso que sería si nos fuésemos las dos juntas y llegásemos a la vez al Cielo; allí estaríamos sanas y alegres y podríamos pasearnos entre rosas y lilas, junto a la orilla del río, sin cansarnos jamás.

Los ojos de Elslí brillaban, a su vez, como si tuviera ante ella todas las esplendideces de ese bello país del que Nora no se cansaba de hablar. Pendiente de sus palabras,



Elslí veía abrirse ante sus ojos un mundo para ella desconocido hasta entonces, y pasaron horas enteras sin que ni la una ni la otra se diesen cuenta de ello.

Mientras las dos niñas estaban sentadas tan formales, los hechos sucedían, en casa del doctor, con mucha menos calma. Al salir de la escuela Oscar, Emmi y Fred, habían emprendido, corriendo, tres distintas direcciones; cada uno tenía, sin duda, intereses diferentes. Fred se dirigió hacia casa; todo el día había tenido la intención de leer a su tía la descripción palpitante de un pájaro poco conocido, sin haber tenido ocasión de hacerlo. Al ver salir a sus dos hermanos mayores en direcciones opuestas, se dirigió, a toda prisa, hacia casa para aprovecharse de la ocasión. Al atravesar el sendero de los prados vió a Feklitus que perseguía obstinadamente a Ełsli, lanzándole toda clase de amenazas e invectivas. Fred, con una sonrisa irónica, le gritó desde lejos:

— Feklitus, ¡qué felicidad que haya una Ełsli ante la cual no se tenga necesidad de avergonzarse!

Fred había descubierto que siempre que Feklitus tenía dificultad para comprender alguna cosa, se ponía a perseguir a Ełsli; de ahí había sacado la deducción de que Feklitus la buscaba para que le explicase lo que no había comprendido, porque no quería que los mayores de la clase lo notasen. Fred siguió su camino y pocos instantes después entraba en su casa; desde el vestíbulo y por la puerta de la cocina, divisó a la tía que estaba haciendo un budín. Leía muy atentamente en un papel que tenía colocado en la mesa, delante de ella: “Se toman cuatro huevos grandes, dos cucharadas de harina y una corteza de limón...”; se llevó un susto al entrar Fred como una exhalación y dando un grito de alegría al

ver que estaba el campo libre y que iba a disponer de la tía para él solo.

— ¡Qué felicidad! Ahora, escúchame bien, tía, — gritó mientras se sentaba en un banquillo de la cocina y abría su libro favorito, colocándoselo sobre las rodillas.

— ¿Ya sabes que papá cazó un alcaraván? Bueno, pues ahora te voy a leer su historia y sus costumbres: “El alcaraván, *Stellaris...*” ¿Me oyes, tía?

— Sí, sí, te oigo, continúa.

— ...“es rojo amarillento, con manchas negras transversales; las plumas del cuello en forma de collar. Vive en la Europa media y hace vida solitaria; por la noche deja oír un ruido especial como: *uprumb, uprumb*; su canto habitual es más grave y no tan desagradable, y suena así: *cab, cab*. De sus perseguidores se defiende con furia. La hembra pone cuatro huevos grandes”... Pero ¿me escuchas, tía? ¿Qué es lo último que he leído?

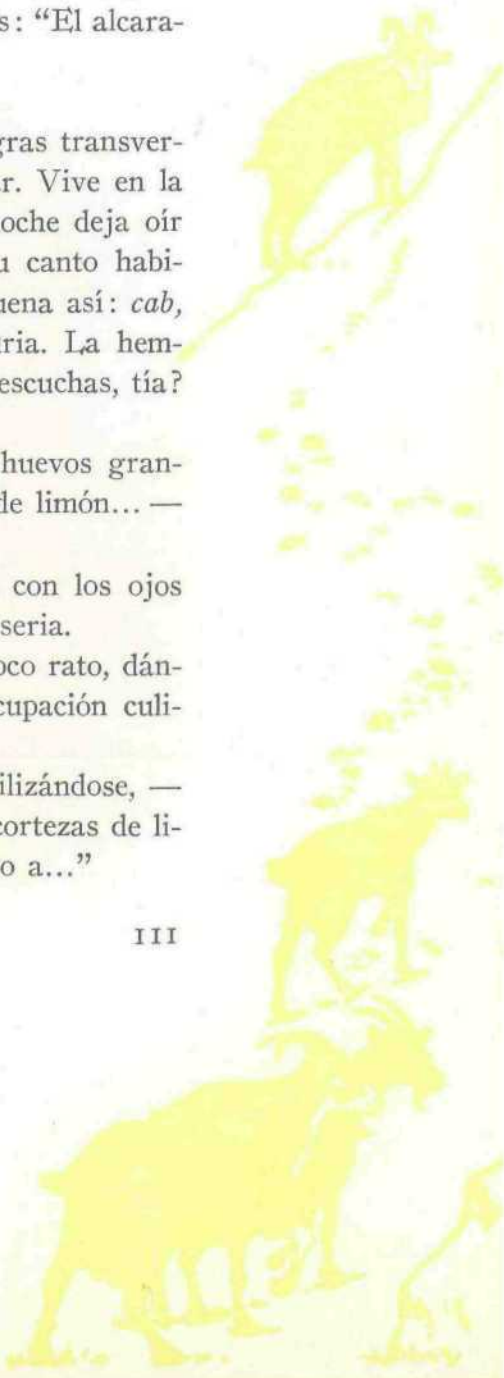
— Sí, hombre: “La hembra pone cuatro huevos grandes, dos cucharadas de harina y una corteza de limón...” — dijo la tía, siguiendo sus pensamientos.

Fred se quedó muy extrañado, mirándola con los ojos muy abiertos, pues la tía había hablado muy seria.

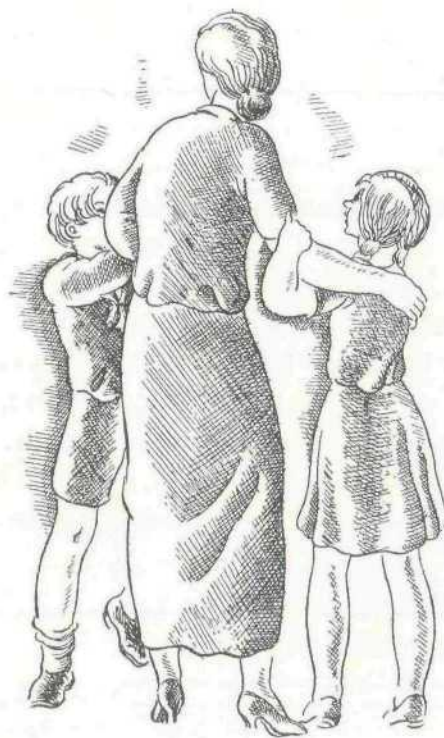
— ¿Qué es lo que he dicho? — añadió al poco rato, dándose cuenta del error producido por su preocupación culinaria. — Te he repetido la receta; continúa.

— Eso es otra cosa — dijo Fred tranquilizándose, — porque no creerás, tía, que los pájaros ponen cortezas de limón... Voy a continuar: “Su carne tiene gusto a...”

III



En este punto fué la lectura bruscamente interrumpida. A paso de ataque entró en la cocina Oscar, y Emmi le seguía pisándole los talones. Mientras Oscar se ponía al lado dere-



cho de la tía acercándose todo lo posible para que le oyese mejor, Emmi se colocó al lado izquierdo pero arrimándose tanto, que no la dejaban ni seguir revolviendo el budín. Oscar estaba muy excitado: — Figúrate, tía, figúrate — decía gritando cada vez más fuerte, mientras Emmi por el otro lado le murmuraba algo al oído. — Figúrate que Feklitus ya no quiere la divisa que habíamos elegido para la bandera. Dice que ha oído otra, en una fiesta, que le gusta más y que esa tiene que ser. ¿Qué te parece,

tía? ¿Qué vamos a hacer? Tú no sabes lo testarudo que es Feklitus cuando quiere una cosa: si yo no cedo, se retira con toda su gente.

—Emmi, cállate un momento, que a ti también te llegará

el turno, — dijo la tía. — Bueno, Oscar, dinos la nueva divisa y así veremos si merece atención.

— La divisa es:

*Libertad, Igualdad, Fraternidad,  
sumo de vid, canción, jovialidad.*

— ¿Eso es todo? — preguntó la tía.

Oscar contestó afirmativamente.


— Eso de ninguna manera se bordará en la bandera — aseguró la tía. — Dile a Feklitus que es una frase que no tiene verbo. No nos sirve para el caso; si no lo quiere creer que se lo pregunte al maestro. Y ¿sabes una cosa, Oscar? Si Feklitus quiere a todo trance prestar el concurso de su inteligencia, encárgale que pronuncie el discurso en la fiesta.

¡Esa sí que era una buena idea! Oscar se la apropió en seguida. ¡Un discurso! ¡A él no se le hubiera ocurrido nunca! Inmediatamente echó a correr para comunicárselo a sus camaradas y seguir haciendo los preparativos.

— ¿No es verdad, tía, no es verdad? — repetía Emmi sin cesar, desde que Oscar se había marchado.

— No sé con seguridad lo que me has dicho; no os podía oír a las dos a la vez — dijo la tía; — ¿qué es lo que querías?

— Yo decía, y seguramente tú dirás lo mismo, tía, que sería una lástima que Fani entrase en la fábrica y no tuviese tiempo para dibujar. ¡Tiene que ser un gran pintor! ¿No es verdad, tía? Tiene que empezar a pintar antes de



entrar en la fábrica. Porque si entra es muy difícil que vuelva a salir, y entonces será demasiado tarde.

— No es tan fácil ser un buen pintor. Además no sabemos si Fani tiene el talento necesario; para eso se necesita algo más que dibujar bien en la escuela.

— Sí, pero, tía, lo que yo quería que me dijese es que tú también opinas que sería mejor que Fani fuese pintor y no obrero de la fábrica. ¿Verdad, tía, que esa es también tu opinión?

Emmi preguntaba con una insistencia como si la tía hubiese podido resolver la cuestión en aquel mismo instante. Para tranquilizarla, la tía le respondió:

— Si Fani tuviese talento de verdad, yo daría mi aprobación y me alegraría en el alma; pero creo que ese no es el caso, Emmi.

— ¿Podré al fin continuar, tía? Emmi no hace más que charlar inútilmente — interrumpió Fred. Pero Emmi no le dejó continuar.

— Tía, explícame una palabra — dijo en tono suplicante: — ¿qué quiere decir decoración?

— Decoración quiere decir adorno, — dijo la tía.

— También los bastidores pintados en los teatros se llaman decoraciones, — añadió Fred completando la explicación.

— ¡Oh, entonces está bien! — dijo Emmi con gran contento y salió, muy decidida, de la cocina.

Fred se quedó un rato pensativo y después dijo con aire de investigador:


— Tía, ¿te has fijado? Emmi tiene alguna idea fija.



¿Crees tú que se querrá ir con alguna compañía de comediantes?



— No, Fred, no; eso no lo puedo creer — contestó la tía sin intranquilizarse por tal idea. — Seguramente que Emmi no piensa en tal cosa.



— Tía, me puedes creer — dijo Fred con la gravedad del que tiene una gran experiencia, — Emmi tiene alguna idea; ella no pregunta el significado de una palabra si no tiene un interés especial. Emmi no tiene sed de instrucción. — ¿Tú no lo has notado, tía?

La tía no pudo contestar a esta pregunta porque en aquel momento se oyeron en la escalera unos clamores terribles, aunque no desconocidos:

— ¡Una serpiente! ¡Una serpiente!

Fred metió la mano en el bolsillo y salió precipitado. La tía respiró; al fin tenía los brazos libres y podía fijar su pensamiento en la composición del budín. ¡Pero, no! Los gritos eran cada vez más agudos, e iban tomando un carácter tan angustioso que, abandonando el budín, salió también a la escalera.

En uno de los primeros escalones estaba Rickli dando unos gritos espantosos y con la mirada fija en el escalón superior, en el cual un lagarto verde se movía rápidamente de un lado para otro. Un par de escalones más arriba estaba sentado Fred y, como espectador impasible, esperaba el final de aquella gritería.

— Pero qué tonta eres, Rickli, — dijo la tía sin enfadarse. — Si este animalito te causa tanto terror, da media vuelta y escápate.

— ¡No, que me perseguirá! Es una serpiente, — respondió Rickli levantando los pies alternativamente, pero sin moverse del sitio.

— Fred, llévate ese lagarto; ya ves lo excitada que está

tu hermana — dijo la tía; — seguramente serás tú el que lo ha traído a casa.

— Es verdad, tía — contestó Fred, — lo tenía en el bolsillo, pero parece que se ha escapado silenciosamente mientras yo leía. Hay que empezar a educar a Rickli, a ver si llega a ser una persona razonable; por eso estaba yo aquí esperando a que ese miedo que le causa el lagarto vaya desapareciendo.

La tía estaba de acuerdo en que había que completar la educación de Rickli, pero el procedimiento empleado por Fred no le parecía adecuado, pues podía conducir a una escena interminable; había que pensar en un método menos violento para curarla de su miedo exagerado. Por el momento, la ordenó que subiese al piso superior, y a Fred que se llevase el lagarto abajo, para que terminasen los gritos. Entonces la tía se dirigió a la cocina y pudo terminar el budín a su placer.

LO QUE OSCAR FUNDA Y LO QUE EMMI URDE

## CAPÍTULO VII



FEKLITUS aceptó, con satisfacción, el encargo de pronunciar el discurso en la fiesta. En cuanto llegó a casa, puso en conocimiento de sus padres tan fausto acontecimiento. Esta noticia les impresionó muchísimo y el señor y la señora Bickel decidieron asistir a la fiesta a fin de oír a su hijo cuando hablase, por primera vez, en público. En seguida encargaron un traje nuevo para el orador, y aquella tarde vino también el zapatero y le tomó medida para un par de lujosos zapatos.

A partir de aquel momento, se veía a Feklitus ir y venir silencioso y pensativo, como ocupado por extraordinarios pensamientos.

Pocos días después, salía Feklitus de la escuela de una manera algo violenta; sus camaradas que iban detrás, empujaban tan impetuosamente que los primeros tuvieron que plantarse en la calle de un salto; allí no había tiempo para bajar las escaleras paso a paso. Por el aspecto de Feklitus,

se notaba perfectamente que tales cabriolas no eran de su agrado; en lugar de correr, dando gritos como los otros chicos, él, con las cejas fruncidas y la frente llena de arrugas,



atravesó lentamente el patio, dió vuelta a la esquina de la escuela y allí se quedó en acecho. Después que los muchachos se hubieron alejado, empezaron a salir las niñas y una de las últimas era Eلسli. Iba muy apresurada, pues se había retrasado un poco para anotar los deberes del día siguiente. Repentinamente se sintió sujeta por una mano que la atraía hacia un lado del camino:

— Déjame, Feklitus, tengo que ir-

me en seguida; Nora me está esperando — dijo al reconocer a Feklitus que quería retenerla.

— Primero te tengo que preguntar una cosa; luego te

podrás marchar — contestó él, imperiosamente y sin soltar la falda de Ełsli.

— Entonces, date prisa, porque me apremia el tiempo.

— Bueno, dime — continuó Feklitus con una mirada escrutadora: — si tú tuvieses que pronunciar un discurso en la fiesta de una asociación coral, ¿cómo empezarías?

— ¡Qué tontería! Yo no tendré que pronunciar ningún discurso en mi vida — dijo Ełsli, mientras tiraba de la falda procurando escaparse. Pero Feklitus no soltaba tan fácilmente su presa.

— Yo no te he dicho que tengas que pronunciar un discurso — continuó él. — Te he dicho si tuvieses... Dime, pues: ¿cómo empezarías si tuvieras que pronunciar un discurso en la fiesta de una coral?

— No sé, de esas cosas yo no sé nada; no he pensado nunca en ellas — dijo Ełsli, mientras seguía haciendo esfuerzos inútiles para escaparse.

— Ahora tienes que pensar en ello. Me dices cómo empezarías el discurso o no te suelto hasta que se haga de noche. — Y Feklitus agarraba la falda cada vez con más fuerza. — Te voy a facilitar un poco la cosa diciéndote las primeras palabras, pero luego tienes que continuar tú; si no ¡ya verás!... Así se empieza: “Señores y queridos conciudadanos”: ahora, sigue tú.

— Déjame, que tengo mucha prisa, — suplicaba Ełsli. — Yo no sé lo que hay que decir.

— Testaruda, más que testaruda, — dijo Feklitus, montando en cólera. — Espérate un poco, que tendrás lo que

mereces. Espera a venir a la fábrica; ya no falta mucho; ¡entonces verás!

Un terror indefinido se apoderó de la imaginación de Eïslï. Ya no hacía más esfuerzos para escaparse: pasiva y obediente se puso a reflexionar. Al cabo de un rato dijo:

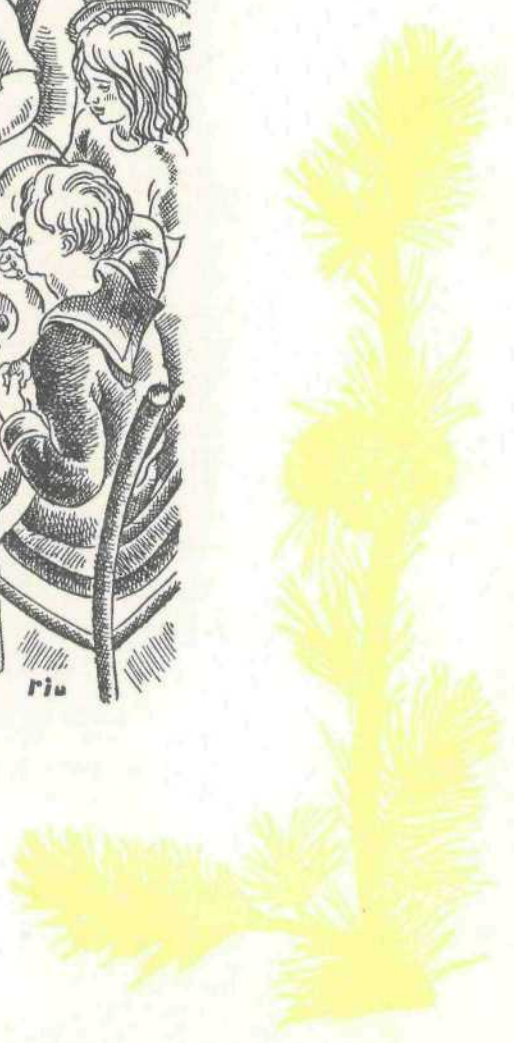
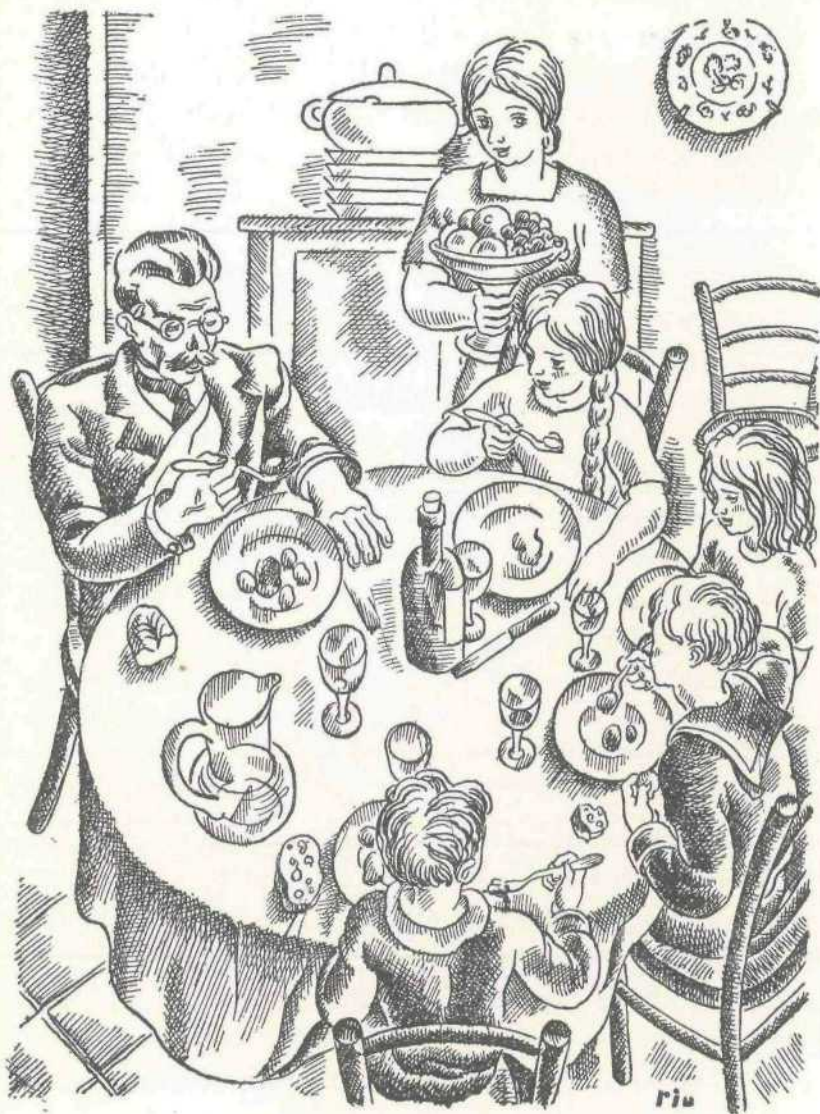
— Yo empezaría así: “¡Señores y queridos conciudadanos! Ahora que hemos cantado tan bien, vamos a alegrarnos de ello y a celebrar una gran fiesta...”

Al llegar a este punto del discurso, Eïslï salió como una flecha, pues Fëklitüs había aflojado la mano con que la tenía agarrada. Éste se quedó mirándola furioso, pero comprendió que era demasiado tarde para pensar en perseguirla y se decidió a emprender el camino de su casa.

La fiesta debía celebrarse el domingo siguiente; la tía había prometido que la bandera estaría terminada para esa fecha. Pero antes se había de celebrar un ensayo general para oír el discurso y ordenar los movimientos del cortejo. En lugar de bandera llevarían una servilleta en un palo; seguramente que la tía les prestaría una. Oscar y sus socios determinaron que el ensayo tuviese lugar el sábado.

El sábado, al mediodía, Oscar comió apenas lo más necesario y empezó a lanzar miradas intranquilas a un lado y a otro, espiando el momento de poder levantarse de la mesa y escaparse. Emmi, por su lado, parecía aún más agitada; desde el principio de la comida se le veía que estaba con sus pensamientos muy lejos de allí; se tragaba, con prisa nerviosa, todo lo que le ponían en el plato, y contestaba al revés a las preguntas que le hacían. Apenas desapareció el último





bocado del plato de su padre, cuando Emmi preguntó con voz suplicante:

— ¿Me puedo marchar, mamá?

— ¿Yo también? — añadió en seguida Oscar.

— ¿Qué es lo que han fundado y urdido nuevamente estos dos, que tienen tanta prisa? — preguntó el papá.

Emmi estaba ya fuera.

— Ya lo verás mañana, papá — dijo Oscar, con una mirada significativa. — Hoy vamos a construir la tribuna y a organizar el cortejo. ¡Te vas a quedar admirado! ¿Querrás venir y oírás el discurso de Feklitus?

— Muchas gracias. Mañana iré con mamá y la tía al lugar de la fiesta. Y tú, Fred, ¿tomarás parte en el cortejo?

— No. Tengo que hacer cosas más útiles — contestó Fred con mucha gravedad. — Es mucho más práctico coger la más pequeña de las ranas y examinarla para estudiar su estructura, que acudir a mil fiestas.

Rickli se separó un poco de Fred; temía que éste sacase una rana del bolsillo para enseñarla como muestra. Oscar lanzó una mirada compasiva a su hermano y salió de la habitación.

Aquella tarde estaban la madre y la tía sentadas tranquilamente en el jardín y, colocada en una mesita, la canastilla de la ropa; mientras sus hábiles manos reparaban las averías de las medias, hablaban de los sucesos del día y de los chicos, por los cuales sentían las dos el mismo interés y cariño.

— Es curioso cómo las cosas se repiten en esta vida, —

observó la madre. — Cuando los chicos cuentan que Feklitus persigue siempre a Elslí, aparecen ante mis ojos recuerdos de tiempos bien lejanos. ¿Te acuerdas que la madre de Elslí, Gritli, siempre tan alegre, se escapaba ligera y sonriente cuando Fekli, chiquito y rechoncho, la perseguía? Y de cuando en cuando se volvía y le gritaba, riéndose:

*Corre, Fekli, y cógeme si puedes,  
al oso en tu carrera no remedies.*

La tía se acordaba muy bien de tales escenas y se echó a reír de muy buena gana al imaginarlas nuevamente.

— Gritli no era la autora de esos versos, — observó la tía. — Fué nuestro hermano el que se los compuso. ¿Te acuerdas cómo se divertía presenciando aquellas persecuciones inútiles?

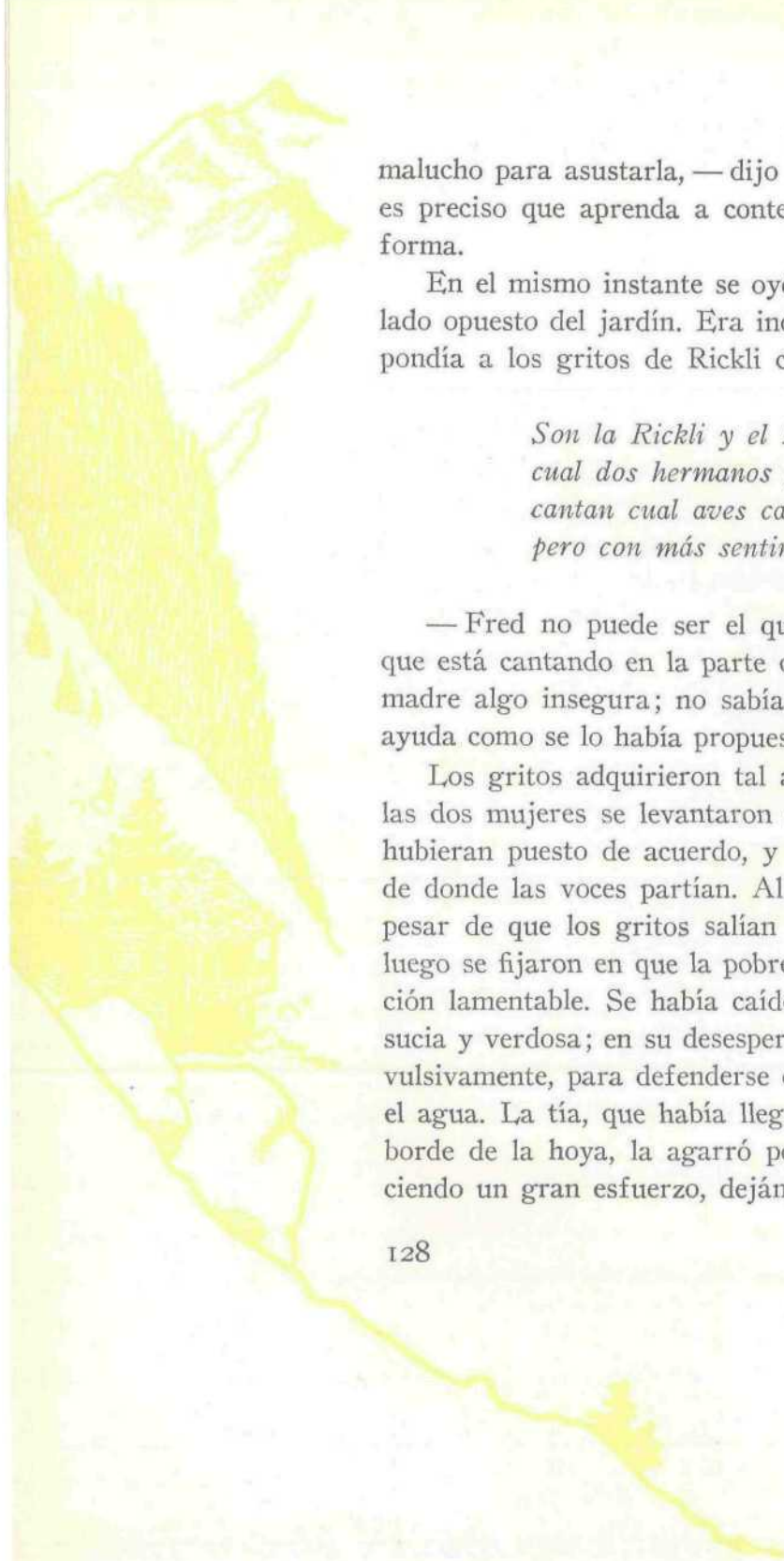
La madre no pudo contestar a esta pregunta. porque en aquel momento se oyeron unos gritos desgarradores que las dejaron heladas.

Se levantaron de un salto, pero la madre se volvió a sentar haciendo señas a la tía para que la imitase.

— Es Rickli, que está gritando otra vez — declaró la madre. — Vamos a quedarnos aquí, no se vaya a creer esa chiquilla que por cualquier insecto que se atravesase en su camino, puede armar un escándalo tan grande que todos tengamos que acudir. ¡Que se vaya acostumbrando a que nadie le haga caso!

— Será seguramente que Fred le ha acercado algún ani-





malucho para asustarla, — dijo la tía. — Pero tienes razón, es preciso que aprenda a contenerse y a no gritar en esa forma.

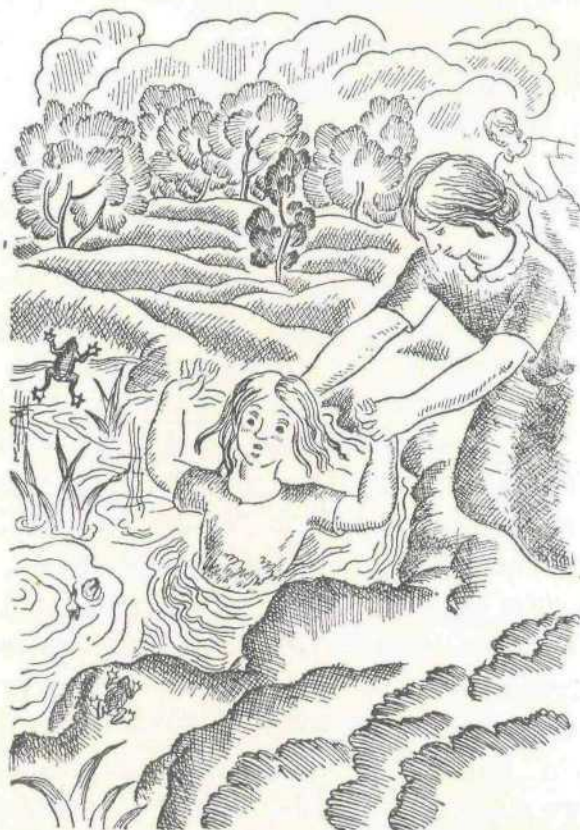
En el mismo instante se oyó una voz que cantaba en el lado opuesto del jardín. Era indudablemente Fred, que respondía a los gritos de Rickli con su famosa canción:

*Son la Rickli y el Hanseli  
cual dos hermanos gemelos;  
cantan cual aves canoras,  
pero con más sentimiento.*

— Fred no puede ser el que asusta a la chica, puesto que está cantando en la parte opuesta del jardín, — dijo la madre algo insegura; no sabía si debía dejar a Rickli sin ayuda como se lo había propuesto.

Los gritos adquirieron tal acento de desesperación, que las dos mujeres se levantaron simultáneamente como si se hubieran puesto de acuerdo, y se dirigieron hacia el lugar de donde las voces partían. Al principio, no veían nada, a pesar de que los gritos salían de un lugar muy próximo; luego se fijaron en que la pobre Rickli estaba en una situación lamentable. Se había caído a una hoya llena de agua sucia y verdosa; en su desesperación, movía los brazos convulsivamente, para defenderse de las ranas que saltaban en el agua. La tía, que había llegado la primera, se acercó al borde de la hoya, la agarró por los brazos y la sacó, haciendo un gran esfuerzo, dejándola en tierra firme.


Cuando Rickli se vió en lugar seguro y rodeada de cariñosos cuidados, echó una mirada retrospectiva hacia los



terrores que acababa de pasar y empezó a llorar más fuerte. Entre sollozos repetía sin cesar:

— ¿Por qué no habéis venido en seguida?

No era el momento apropiado para contestar a esta pre-



gunta. Había que tomar una resolución sin pérdida de tiempo. Las dos señoras la agarraron cada una por una mano y se la llevaron hacia la casa. Como estaba llena de barro, la desnudaron e inmediatamente la metieron en la bañera.

La madre tuvo que salir, pero la tía se sentó junto a la bañista improvisada, y le dijo:

— Ahora voy a contestar a tu pregunta. — Y le explicó que, como siempre que Fred le enseñaba un insecto o cualquier otro animalito inofensivo, gritaba como una desesperada, la madre y la tía, a quienes esto disgustaba, habían decidido no acudir en su ayuda. Unicamente la canción de Fred, que demostraba que no estaba junto a ella, la había salvado; si no hubiese sido por esa casualidad, hubiera tenido que estar mucho más rato en el agua sucia sin que nadie acudiese en su auxilio. La tía terminó exhortando a Rickli para que pensase en la lección que acababa de recibir, pues podía sucederle que otra vez tuviese que estar mucho más rato entre las ranas. Rickli oyó estas palabras con más atención que había escuchado observaciones análogas, antes de saber, por experiencia, lo terrible que es encontrarse sola y abandonada en un charco lleno de ranas.

Mientras esto sucedía en la casa, Oscar había reunido sus huestes y con ellas se había dirigido al lugar en que se debía celebrar la fiesta. Primero era el ensayo del discurso, después vendría el desfile y, por último, el banquete, entonces nada más que simulado, pero al día siguiente con pasteles y jarabe de frambuesa, que la tía se había encargado de proveer.

La tribuna estaba construída artísticamente: cuatro pilotes de madera clavados en tierra y, sobre ellos, unas cuantas tablas. Feklitus subió a ella y empezó:

“Señores y queridos conciudadanos: Después de haber cantado tan bien, vamos a alegrarnos de ello y a celebrar una gran fiesta, chocando nuestros vasos”. — Y Feklitus descendió de la tribuna.

— ¡Que continúe, que continúe! — le gritaron desde el auditorio.

— El discurso ya se ha terminado; después se brinda con los vasos y ya está — dijo Feklitus, muy satisfecho de su obra y, sobre todo, de haber terminado. Pero en la asamblea se produjo un gran tumulto, pues la mayoría encontraba el discurso demasiado corto y muchos de los chicos querían subir a Feklitus por la fuerza a la tribuna, para que continuase hablando.

Únicamente Oscar, que generalmente no dejaba que nadie diese órdenes en su presencia, se había quedado silencioso y como quien ha oído algo verdaderamente extraordinario. Las palabras de Feklitus le habían causado una profunda impresión. ¿De dónde habría sacado aquella idea que a él no se le había ocurrido a pesar de ser tan importante? Era evidente que en la fiesta de una Sociedad coral, había que cantar. En cuanto se le fué pasando el disgusto por no ser a él a quien se le había ocurrido la idea del cántico, se metió en el centro del grupo y gritó con todas sus fuerzas:

— ¡Silencio! Lo primero que hay que saber es quién

puede cantar; luego elegiremos y estudiaremos una canción bonita.

El resultado fué que ninguno sabía cantar, ni siquiera Feklitus; éste manifestó que la canción no era necesaria, pero Oscar, a pesar de que él tampoco sabía cantar, reconoció que, dada la índole de la fiesta, la canción era indispensable; empezó a llamar a Fani a grandes voces y otros cuantos muchachos le imitaron, pues todos se acordaron, en aquel instante, de que Fani cantaba muy bien. Pero Fani no contestaba; indudablemente, no estaba en la plaza. Oscar salió corriendo y los demás muchachos se dispersaron en todas direcciones, de modo que algunos instantes después la plaza estaba desierta y únicamente en el centro se levantaba la tribuna solitaria.

Oscar se dirigió a su casa; estaba excitadísimo. ¿Qué iba a ser de su fiesta tan cacareada? Pero una cosa era para él indudable: en aquella fiesta había que cantar. En caso contrario, ¡cómo se burlaría papá de su fundación! Y Fred, ¡qué bromas le gastaría, y qué orgulloso se pondría de sus proyectos y trabajos tan reflexivos y meditados! No; eso no podía ser. Había que encontrar a Fani en seguida; cuando éste hubiese entonado la canción un par de veces, los demás le seguirían.

Subió al cuarto del piso superior, donde acababa de ver entrar a su hermana.

— Emmi, ¿dónde está Fani? ¿Le has convencido otra vez para que nos sea infiel y se vaya contigo?

Emmi se puso un poco colorada, pero no contestó; hizo



como que no entendía bien lo que su hermano le preguntaba. En aquel momento, Kathri se asomó a la puerta y dijo:

— Marget está abajo y pregunta si alguien sabe dónde está Fani. Lo está buscando por todas partes sin poder encontrarlo y dice que la cosa urge.

Emmi se puso colorada hasta los cabellos y empezó a aproximarse a la tía; ésta, comprendiendo que había algo extraordinario, la cogió de la mano y la sacó de la habitación, y la madre bajó a ver qué le sucedía a Marget, para darse tanta prisa.

Esta le contó precipitadamente que su primo Feklitus había ido a su casa para decirle que podía colocar en seguida a Fani en la fábrica; se trataba de un trabajo ligero pero que le produciría bastante dinero y que lo podía hacer en las tardes libres o en las horas después de las clases. Había salido corriendo para buscarlo, porque Feklitus quería hablar en seguida con el chico, pero no había podido encontrarlo y lo peor era que el primo se enfadaría si después de haberle hecho esperar tanto rato, volvía a casa sin el muchacho.

La señora llamó a Oscar y le ordenó que saliese corriendo en busca de Fani hasta encontrarlo. Él podía hacerlo mejor que nadie, y a Marget le dijo que se fuera tranquila, pues Oscar mandaría a Fani a casa.

La tía se había llevado a Emmi a su dormitorio. En cuanto entraron en el cuarto Emmi se abrazó a la tía y le dijo suplicante:

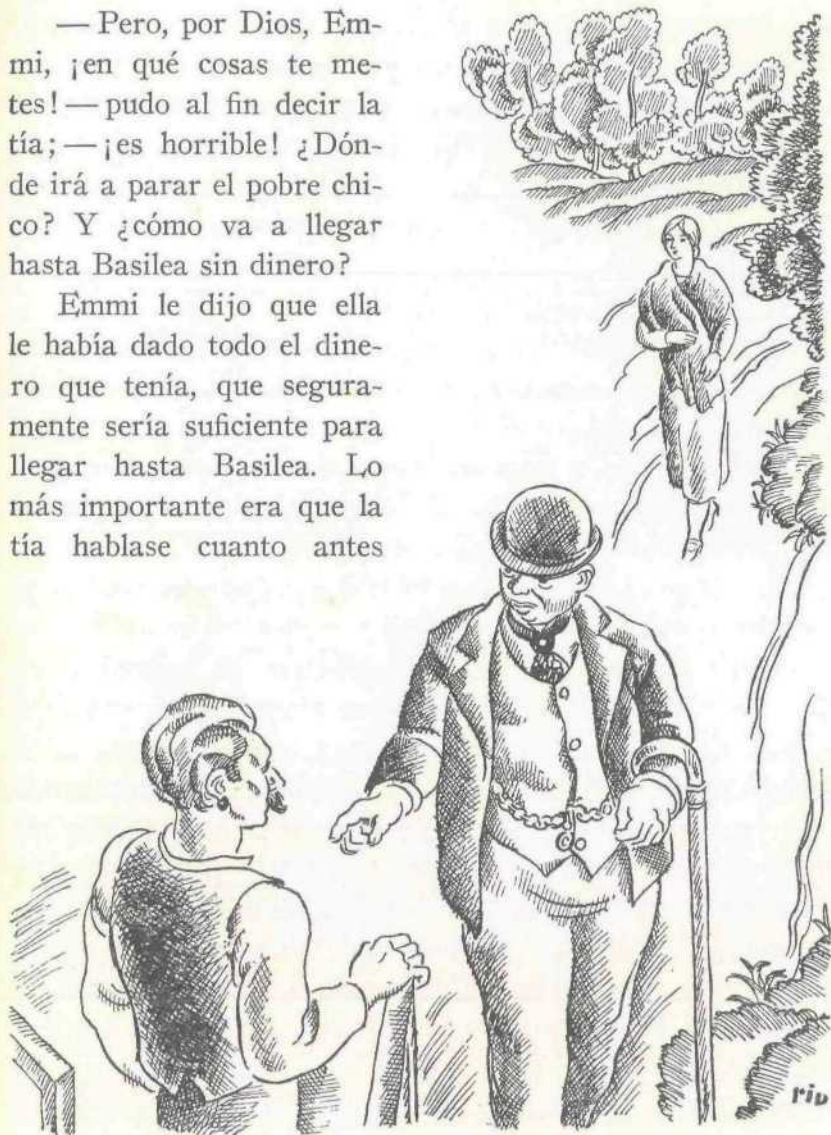
— Ayúdame, tía, ayúdame antes de que suceda algo peor y papá se ponga muy enfadado. ¡Procura convencer a la madre de Fani que será mucho mejor para él ser un gran pintor! Hoy se ha marchado a Basilea.


— ¿Qué dices, Emmi? ¿Qué dices? ¡Gracias a Dios, eso no será verdad!— gritó la tía muy asustada.

— Sí, sí, es verdad, tía; vete a ver a la madre de Fani y convéncela de que es mejor así y de que no se queje a papá; yo te contaré todo para que puedas explicarle mejor lo bien que Fani va a estar. Hace un par de días había en el periódico un anuncio que decía lo siguiente: “Pintor-decorador en Basilea, tomaría en su casa un chico de once a doce años, para trabajos ligeros; al mismo tiempo aprenderá el oficio”. Además traía la dirección del pintor. Yo enseñé el anuncio a Fani, pues hace mucho tiempo que buscábamos el medio para que se hiciese pintor y no tuviese que ir a la fábrica. Eso era precisamente lo que buscábamos, pues tú me dijiste que decoración era adorno y Fred añadió que eran bastidores de teatro. Por eso sabía yo que Fani tendría que pintar árboles y flores; yo le expliqué todo esto y él quería irse a todo trance; primero pensamos en hablar con su madre, pero Fani aseguró que entonces ciertamente no podría ir, porque su madre opinaba que pintar no es trabajar, sino perder el tiempo. Entonces decidimos que se marchase sin decir nada a nadie y cuando preguntasen por él y no hubiese más remedio, yo diría que se había ido. Además, en cuanto llegue, él escribirá a sus padres, pidiéndoles perdón y diciéndoles que quiere hacerse pintor.

— Pero, por Dios, Emmi, ¿en qué cosas te metes! — pudo al fin decir la tía; — ¡es horrible! ¿Dónde irá a parar el pobre chico? Y ¿cómo va a llegar hasta Basilea sin dinero?

Emmi le dijo que ella le había dado todo el dinero que tenía, que seguramente sería suficiente para llegar hasta Basilea. Lo más importante era que la tía hablase cuanto antes





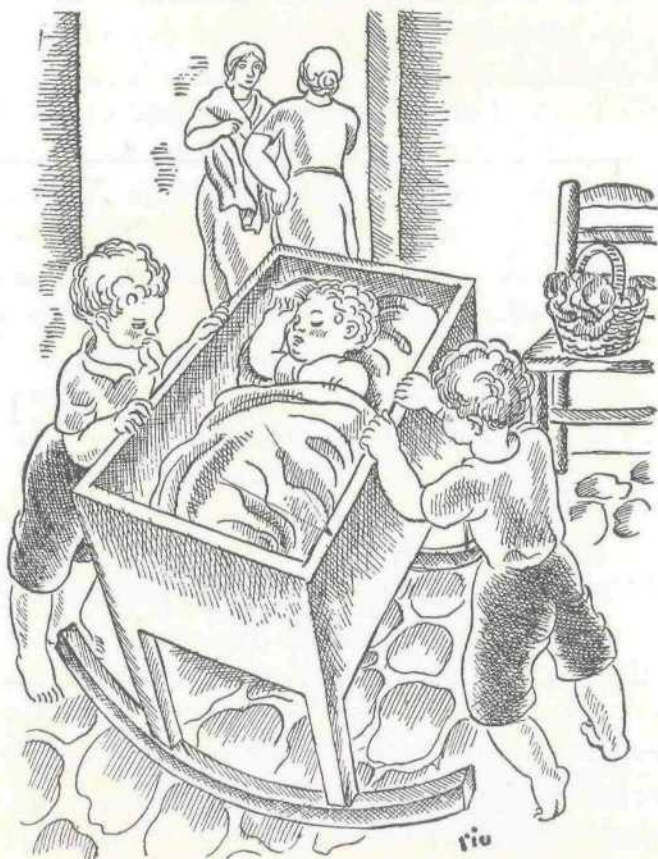
con Marget, ya que ésta buscaba a Fani con tanta prisa. También la tía estuvo conforme en que esto era lo primero que debía hacer. Después escribiría a Basilea, para averiguar en qué manos había caído Fani. La tía no quiso perder tiempo; se echó un mantón sobre los hombros y se encaminó hacia el bosquecillo tras el cual se ocultaba la casa de Heiri. En el momento en que la tía llegaba, salía de la casa el señor Bickel, el cual dijo como despedida:

— Se lo repito, el vagabundear como hasta ahora tenía por costumbre, se ha acabado; si no, le descontaré del jornal cada hora que pierda.


— Primero será necesario que tenga un jornal, para que se le pueda descontar algo de él — decía Marget a media voz, mientras el señor Bickel se alejaba a grandes pasos.

La tía se metió a su vez en la casa; desde el camino se entraba directamente en la cocina y desde ésta se pasaba al cuarto. La puerta estaba abierta y por ella se podían ver dos cunas antiquísimas, la una para Hanseli y la otra para el más pequeño. En la cocina y muy cerca de la puerta había instalado el barreño de lavar la ropa, para, al mismo tiempo que trabajaba, poder vigilar a los pequeños. Aunque Hanseli tenía ya dos años usaba todavía la cuna y ésta le servía para dormir y como calmante. Ahora que Eلسli no estaba en casa, en cuanto empezaba a lanzar sus acostumbrados gritos, la madre lo metía en la cuna, hasta que, con el movimiento, se calmaba y se quedaba dormido. En aquel momento los dos mayorcitos, Heirli y Rudi, estaban colocados cada uno a un lado de la cuna y a empujones seguían moviéndola regular-

mente, a pesar de que Hanseli hacía rato que estaba profundamente dormido.



La tía se sentó cerca de Marget y le dijo que siguiera trabajando, pues podía muy bien hacerlo y escuchar al mismo tiempo. Empezó por decirle, con mucha delicadeza y



precaución, dónde se había marchado Fani y en seguida añadió que pensaba escribir a Basilea para averiguar qué clase de persona era el patrón y qué proyectos tenía con respecto a Fani. También añadió que si el padre y la madre así lo querían, ella haría que volviese en seguida. Marget, que estaba bajo la impresión de las últimas palabras del señor Bickel respecto al descuento del jornal, no veía ya tantas ventajas en que el chico fuese a la fábrica. Si Fani tenía en Basilea comida y ropa y, al mismo tiempo iba aprendiendo un oficio, quizás fuese eso mejor que todo lo que podía hacer en el pueblo, y además, en esa forma, los padres ya no tenían más preocupaciones. Todas estas ideas fueron pasándole rápidamente por la cabeza y no tardó mucho en contestar a la tía que lo mismo el padre que ella estaban conformes con que la tía se encargase del asunto, enterándose de cómo estaba el chico, y si aprendería algo útil. Prometió que hablaría con el padre y comunicaría a la tía lo que éste dispusiese, si bien estaba convencida de que su marido sería de la misma opinión que ella.


La tía se sintió mucho más tranquila, pues temía, al principio, que Marget hubiese armado un gran escándalo al enterarse de la desaparición de Fani. Esto hubiera sido para ella más de lamentar, teniendo en cuenta que Emmi era la principal culpable.

Después preguntó por Elslí y se enteró de que ésta, desde que salía de la escuela hasta la hora de acostarse, se quedaba en el Eichenrain. Marget añadió que por esta causa, no tenía ya ninguna ayuda y que se las arreglaba con los

cuatro chiquillos como mejor podía; pero no tenía motivo de queja, pues la madre de la enferma era una señora muy razonable y no olvidaba que los pobres necesitan algo para vivir. Elslí traía todas las noches un jornal muy superior al que ella en realidad podía ganar y tantos vestidos de la niña enferma, que había reunido ropa para varios años.

Esta noticia alegró mucho a la tía, la cual después de despedirse se dirigió muy contenta hacia casa, pues la cosa se había arreglado mucho más fácilmente de lo que ella podía esperar.

En la mitad del camino vió a Oscar que venía a su encuentro. Éste había notado que desde hacía un buen rato Emmi estaba en la esquina de la casa como si esperase a alguien; no cabía la menor duda de que era a la tía a quien aguardaba; como él tenía negocios muy urgentes que tratar con ella quiso ser el primero en hablarle. Salió secretamente por la parte posterior de la casa y, rodeando el bosque, salió a su encuentro. En cuanto la vió se dirigió a ella y le contó toda la historia de la malograda fiesta; su mayor pesar consistía en que por habersele olvidado que en la fiesta de una masa coral había que cantar, todo el mundo se reiría de él, pero sobre todo papá; le parecía oír las burlas cuando llegase la hora de la fiesta y no se pudiese celebrar. Pero se le había ocurrido una idea feliz: podían cambiar el objeto de la asociación; en lugar de una masa coral podía ser otra asociación cualquiera; entonces se podría celebrar la fiesta al día siguiente, utilizando la misma bandera y bastaría con alterar algunas palabras del discurso. Seguramente la tía



sabría darle un buen consejo para elegir el objeto de la nueva fiesta; así se podría evitar él las burlas, dando a entender a la gente que había cambiado el nombre de la asociación por propia voluntad. Pero la tía no era de la misma opinión. Le explicó cuál es el verdadero sentido de una fiesta y que para celebrarla hay que tener motivos, es decir, que hay que hacer antes alguna cosa notable. Como éste no era el caso actual, aconsejó a Oscar que esperase hasta que llegase el momento adecuado; entonces ella le ayudaría a organizar una fiesta con toda brillantez.

Oscar se quedó muy descorazonado, pero, comprendiendo que la tía tenía razón al asegurar que no era momento oportuno para fundar ni organizar nada, la siguió con la cabeza baja. La hora de la cena se aproximaba y él la veía llegar algo preocupado, pues temía que su papá empezase a hacerle preguntas y se enterase del fracaso.

Cuando Emmi vió aparecer a la tía, salió de su escondite, para preguntarle con ansiedad cuáles serían las consecuencias de la tontería de que ella era la principal autora. Pero tuvo que quedarse con la angustia de la incertidumbre, porque en aquel momento entraba en la casa papá y había que sentarse a la mesa inmediatamente.

Oscar y Emmi, con el corazón oprimido, estaban muy calladitos y sin levantar ni una vez la vista del plato, creyendo que en esta postura podrían pasar inadvertidos. Fred, que ya les había lanzado varias miradas escrutadoras, dijo, muy tranquilo, pero con mucha intención:

— Existe un pájaro que se llama avestruz, *struthio*; tie-



ne la costumbre de esconder la cabeza en la arena, porque cree que así el cazador no lo ve; estos pájaros viven en África; también en nuestro país existen algunos ejemplares, pero éstos se alimentan con ensalada de patatas.

Oscar, que estaba muy preocupado con sus pensamientos, oyó la descripción del avestruz con una calma muy contra sus costumbres. El padre se le quedó mirando y echándose a reír, dijo:

— A este chico parece que le abruman las alegrías de la fiesta.

Pero como no continuó el interrogatorio y la cena se terminó sin que nadie hablase de la desaparición de Fani, Oscar y Emmi se levantaron de la mesa muy olvidados de sus preocupaciones; bien es verdad que a Oscar aún le quedaban por oír muchas frases que seguramente causarían profundas heridas en su amor propio, y Emmi corría también el riesgo de recibir una severa reprimenda, pero por lo menos habían ganado algo de tiempo. Además, quedaba la tía, que quizás encontraría el medio de ayudarles en su desgracia.




A LA PUESTA DEL SOL

## CAPÍTULO VIII



DESDE el día en que Eلسli entró por primera vez en casa de la enferma y ésta la recibió tan cordialmente, se habían comprendido, convirtiéndose Eلسli en la compañera diaria de Nora. De salir a hacer recados no se volvió a hablar, pues Nora no tenía paciencia para esperar el momento de su llegada y no la dejaba separarse de su lado hasta que llegaba la hora de retirarse. La señora Stanhope, que no tenía mayor placer que dar gusto a su hija, en todos sus deseos, se alegraba del gran interés de Nora y accedió a su ruego de que Eلسli no hiciese otra cosa más que estar con ella. La señora había notado también que Nora estaba mucho más alegre y animada desde que tenía una amiguita y ordenó a ésta que viniese todos los momentos que tuviese libres y los domingos todo el día, y cuidaba mucho de que estuviese bien atendida. Eلسli se pasaba la mayor parte del tiempo en el Eichenrain y esto la produjo un cambio radical. Tenía una naturaleza tan flexible que adoptaba involunta-

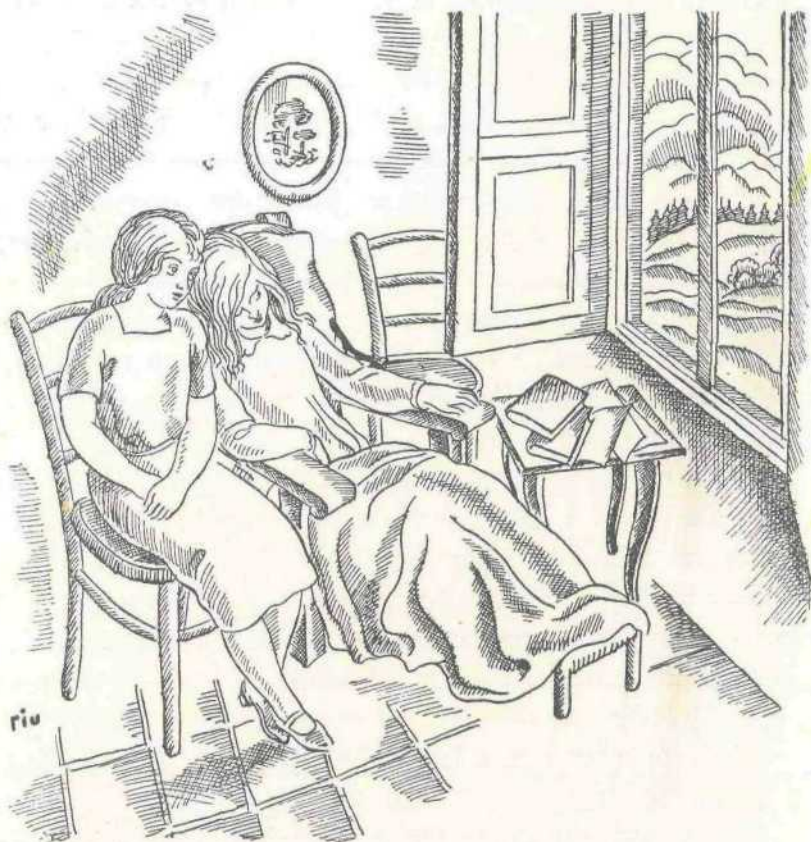


riamente las actitudes, el tono y los movimientos de los que la rodeaban. Como Nora se alegraba de esa sensibilidad, se dedicaba a ella muchas horas, comunicándole con ardor sus pensamientos, sus esperanzas, en una palabra, toda su existencia, inculcándole, por decirlo así, su propia vida. Sucedió que, al poco tiempo, se parecía mucho a Nora. Tenía el mismo tono de voz, empleaba las mismas palabras y hacía con las manos los mismos movimientos; se podía decir que Elslí se había transformado. En la escuela no tardó mucho en notarse este cambio. Cuando llegaba al Eichenrain, sacaba de su cartera libros y cuadernos y entre las dos hacían los deberes y estudiaban las lecciones. Nora estaba bastante instruída y era para ella un gran placer ayudar y explicar las lecciones a una alumna tan aplicada. Para Elslí era un placer desconocido el llevar a la escuela los deberes perfectamente preparados, y el oír que el maestro le decía repetidas veces en el tono más amable:

— Esto lo has hecho muy bien; ahora estoy muy contento de ti.

Después de terminados los estudios, cenaban y luego las dos niñas se sentaban muy juntitas y empezaban sus conversaciones de las que nunca se cansaban. Nora hablaba del hermoso país donde las dos querían ir juntas y Elslí no dejaba pasar ni una de sus palabras. Nora describía las cosas como si las tuviese ante los ojos, de modo que a Elslí también le parecía verlas y nunca se cansaba de oírlas. Nora recitaba, por último, la canción del Paraíso, la cual les gustaba a las dos cada vez más. Cuando la hora de marcharse

se aproximaba, un triste pensamiento se apoderaba de Elslí, y decía con inquietud:



— Con tal de que no te marches sola y me dejes a mí en este mundo. ¿Qué sería de mí, entonces?

Nora la tranquilizaba, diciéndole que el buen Dios la llamaría también, porque ella misma se lo pediría en cuanto

llegase al Cielo. Esta afirmación devolvía la tranquilidad al ánimo de Ełsli, que se marchaba a su casa con una alegría en el corazón como no la había sentido nunca hasta entonces.

Casi sin notarlo habían llegado los días dorados de septiembre. Las chicas estaban sentadas y miraban por la ventana, junto a la que estaba colocado el sillón de Nora: veían el cielo por el lado en que el sol iba a desaparecer. Nora, que se sintió todo el día muy cansada, había hablado muy poco. Inmóviles y silenciosas, contemplaban Ełsli y Nora el cielo, que parecía por momentos más rojizo. El sol, a punto de desaparecer, lanzaba sus últimos rayos, cuyo resplandor se desparramaba como un río de oro por encima de los árboles, las colinas y los campos.

— ¡Mira, mira, Ełsli! — gritó Nora y sus ojos brillaban como Ełsli no los había visto nunca. — ¡Ahí viene la corriente cristalina del Paraíso! Yo quisiera ir hasta ella y seguir más lejos, allá... donde hay tantas flores... y los bienaventurados se pasean felices y sin fatigarse jamás. ¡Pero ahora estoy tan cansada! Ełsli, aproxímate un poco a mí. ¿Quieres?

Ełsli acercó su silla a la de Nora y ésta apoyó la cabeza en su hombro.

— ¡Oh, así estoy muy bien! — continuó en voz baja. — Ahora alcanzo a ver el río cristalino. Parece que el Cielo se ha abierto y puedo admirar su luz interior... ¡Qué hermoso, qué hermoso es!

Ełsli tampoco había visto nunca un cielo tan espléndido,

ni un brillo de oro como aquel en las montañas y no apartaba la vista del horizonte.

Las dos niñas permanecieron mucho rato inmóviles, hasta que las últimas luces del sol poniente se apagaron y un vapor tenue y blanco se extendió por los campos. Entonces entró la señora Stanhope, que se había entrado — como hacía muy a menudo cuando venía Elslí, — a escribir unas cartas en otra habitación. Se aproximó a Nora, que seguía reposando quedamente sobre el hombro de su amiguita:

— ¡Oh, Dios del Cielo! — gritó. — ¡Nora, hija mía! ¿Es posible? ¡Despiértate, Nora! ¡Respóndeme!

La señora Stanhope se arrodilló y atrajo hacia sí a Nora. Un instante miró fijamente a la cara pálida e inmóvil y prorrumpió en sollozos desesperados.

Elslí se quedó de pie junto al sillón, pálida de terror. ¿Qué le había sucedido a Nora? ¿Por qué aquella desesperación de la madre?

— ¡Vete a buscar al médico, corre todo lo que puedas! — pudo al fin articular la señora, a quién ahogaban los sollozos.

Elslí salió corriendo.

El doctor no estaba en casa; la señora la recibió. Hizo que le contase todo lo que había sucedido, diciendo compasiva:

— Creo que Nora ya está bien para siempre. Estará seguramente en el Cielo.

Elslí se quedó como petrificada.

— ¿Entonces, se ha marchado? — dijo con voz casi ininteligible.

Repentinamente corrieron torrentes de lágrimas por sus mejillas y un temblor violento sacudió su cuerpo.

— Mi pobre Elslí — dijo la señora del médico, cogiéndola de la mano. — Ven y siéntate un momento.

Pero Elslí estaba demasiado agitada para poder sentarse. Tapándose la cara con el delantal, se marchó, repitiendo, durante el camino, con una voz quejumbrosa:

— ¡Se ha marchado! ¡Se ha marchado sin mí!

Cuando volvió a entrar en el cuarto encontró a la señora

Stanhope en la misma postura que la había dejado, arrodillada y con la cabeza apoyada en su hija; lloraba y gemía con acentos de desesperación. Elslí se sentó en un taburete cerca de Nora y se puso a llorar silenciosamente.

Transcurrida una hora, llegó el doctor. Después de haber ocupado un momento el sitio de la señora Stanhope y examinado a Nora, se volvió hacia la madre:





— Señora Stanhope — le dijo dulcemente; — nada me queda que hacer aquí. Resígnese usted a aceptar lo irremediable: la niña está muerta. Ahora le mandaré a mi mujer.

Y se marchó.

A los pocos momentos, llegó la señora, pero ninguna de las palabras de consuelo que le inspiraba su profunda simpatía encontró acceso en el corazón de la madre desolada. Se había arrojado nuevamente sobre el cuerpo de su hija y ni veía ni oía nada de lo que sucedía a su alrededor. Cuando la mujer del médico comprendió que por el momento era imposible aproximarse a la pobre madre, se acercó a Elslí, que seguía llorando en silencio, sentada en el taburete; la cogió con dulzura por la mano y la hizo levantarse.

— Ven conmigo, Elslí — la dijo cariñosamente. — Ya es hora de que te vayas a casa. Nosotros no te olvidaremos y el buen Dios tampoco olvida a ninguna de sus criaturas. Debes consolarte pensando en que Nora es feliz y que no volverá a estar enferma. Ven conmigo. Vamos.

— ¡Oh, si por lo menos me hubiese llevado con ella! — seguía diciendo Elslí entre sollozos.

La idea de que partirían juntas había arraigado profundamente en su corazón, y ahora desaparecía esa esperanza y ella se quedaba sola, pero ¡tan sola! Llorando seguía al lado de la señora del médico. Cuando llegaron al punto en que sus caminos se separaban, ésta se detuvo y le dijo:

— Aquí nos tenemos que despedir, Elslí; duerme bien y ven pronto a visitarnos. Adiós.

Sin quitarse el delantal de los ojos, la niña contestó en voz baja:

— Buenas noches, — y se encaminó por el sendero. Sus sollozos se oían cada vez más fuertes, conforme se iba separando de su acompañante y su camino se iba haciendo más solitario.


La señora del médico llegó a casa con el corazón oprimido y encontró a sus hijos sentados alrededor de la tía, mucho más pensativos y silenciosos que de costumbre. La tía les había contado que Nora había muerto y estaba en el Cielo; lo cual les impresionó profundamente, si bien de distinta manera a cada uno. Fred hizo en seguida varias preguntas; quería saber cómo era posible que las gentes se mueran y puedan empezar luego una nueva vida. Emmi estaba muy abatida, pues recordaba que no había vuelto a visitar a Nora, ni buscado la ocasión de causarle la menor alegría. Aquella noche los chicos subieron a acostarse sin hacer el menor ruido.

Más tarde, cuando la madre y la tía se quedaron solas, la primera comunicó a su hermana todas las penas que oprimían su corazón. Era, por una parte, aquella pobre madre que iba a tener que dejar bajo la tierra a su única hija y que no quería escuchar ninguna palabra de consuelo. Por otro lado, le preocupaba la pobre Elslí, que tendría que volver a su rudo trabajo, y seguramente no podría soportarlo mucho tiempo. Además, se iba a encontrar doblemente huérfana; la amiga que le había hecho conocer una nueva vida y con la cual estaba tan identificada, la abandonaba para

siempre, y su hermano Fani, a quien adoraba, se había marchado también, quizás para no volver.

Este asunto de Fani preocupaba mucho a la señora; primero porque Emmi era la causante principal, y además porque la situación se presentaba un poco dudosa; ni siquiera tenían la satisfacción de saber que Fani iba a aprender un oficio que pudiese serle útil para el porvenir. La tía había escrito a un conocido de Basilea, suplicándole que buscara al pintor a cuyo servicio estaba Fani y que se enterase de su carácter y de la situación del muchacho en la casa. La respuesta había llegado y no era como para despertar grandes esperanzas respecto al porvenir de Fani. El pintor en cuestión lo había tomado efectivamente a su servicio; el carácter franco del pequeño vagabundo que le contó en seguida toda su historia, había gustado al patrón; pero éste no buscaba más que un chico que le llevase las brochas y colores, le limpiase las herramientas y le hiciese los recados. A cambio de esto tendría el muchacho cama y mesa, pero la ropa sería de su cuenta. El empleo no era muy ventajoso para Fani y la señora no sabía qué partido tomar. Los padres de Fani habían dado su consentimiento para que se quedase en Basilea, pero en la creencia de que ganaría lo necesario para él y con la esperanza de que en corto plazo hasta podría mandarles algún dinero.

Así se iban acumulando nuevas preocupaciones y penas sobre la pobre madre y quizás no hubiera podido soportarlas si no hubiera sido por la tía, que le ayudaba a llevarlas y con su carácter optimista encontraba en cualquier cir-



cunstancia el lado favorable de las cosas. Esta vez también tuvo palabras de consuelo y esperanza y su hermana, más tranquila, confió más en el porvenir y pidió a Dios que le ayudase en sus tribulaciones.

A la mañana siguiente, Emmi, que continuaba muy abatida, pidió permiso para llevar unas flores a Nora. La madre se lo concedió muy a gusto, y también a Fred le autorizó para que acompañase a su hermana. Ella tenía asimismo la intención de ir un poco más tarde a visitar a la señora Stanhope.


La doncella introdujo a los niños en el cuarto donde Nora estaba acostada en su camita blanca. La madre, arrodillada junto a la cama, ni siquiera se movió para ver a los que entraban y permaneció en la misma postura, oprimiendo la cara contra las sábanas del lecho. Emmi depositó, en silencio, las flores sobre la cama y cogió una de las manos de Nora para decirle adiós por última vez. En aquel momento, brotaron de sus ojos abundantes lágrimas. ¡Nora estaba allí, fría y muda para siempre y Emmi ya no podía darle pruebas de su amistad! Cuando vivía, Emmi no había vuelto a visitarla, a pesar de que estaba muy enferma y que gozaba de tan pocas alegrías. Todos estos pensamientos oprimían el corazón de Emmi, cuyas lágrimas no cesaban de correr, cuando salió de la casa acompañada de Fred.

Algo más tarde, la señora del médico entraba a su vez en la habitación. La señora Stanhope, al reconocer a la visitante, se levantó y la pobre madre rompió en una explosión vehemente de dolor:

— ¡Oh, usted no puede comprender hasta qué punto he sido despojada! — exclamó, derramando un torrente de lágrimas. — ¿Por qué me ha quitado Dios a mi única hija? Si Él me hubiera privado de todos mis bienes y riquezas yo no hubiese protestado y habría soportado con alegría toda clase de privaciones, con tal de conservar a mi hija. ¡Es la prueba más dura a que Él me podía someter! ¿Por qué he de ser yo la que tenga que sufrir lo más terrible que puede suceder en este mundo?

— Querida señora Stanhope — dijo la mujer del médico, cogiéndole cariñosamente una mano. — Comprendo perfectamente su inmenso dolor, pero piense usted, también, en su pobre hija. El Señor la ha librado para siempre de sus dolores y la ha llamado para que goce de la felicidad eterna. Lo que no puede usted medir es la amargura de la pobreza y lo que sufren infinidad de madres, que tienen que hacer trabajar a sus hijas en una edad en que éstas no pueden soportar grandes fatigas, sin poder evitarles toda clase de privaciones ni proporcionarles el menor placer; pobres madres que no tienen en el presente ni vislumbran en el porvenir más que fatigas y desolaciones para ellas y para sus hijos. ¡Ah, usted no conoce todo eso! Acepte usted esta prueba que Dios le envía y no la compare con otras. Para el que sufre, el dolor que abrasa su corazón es siempre el mayor de todos. Pero Él, desde el cielo, sabe por qué nos envía esos dolores y nos conduce siempre por el camino que debemos seguir.

La señora Stanhope se quedó algo más tranquila, pero



sin que llegase a desaparecer de su cara la expresión de dolor inconsolable. Después de un momento de silencio manifestó su propósito de llevarse el cuerpo de su hija para enterrarla junto a su hermano, que había muerto antes. Como ella no podía arreglar sola todo lo necesario para tan triste viaje, había avisado a su fiel amiga Clarisa para que viniese a hacerle compañía y le sirviese de ayuda en todos los tristes preparativos.

Esta noticia tranquilizó un poco a la mujer del médico; ella sabía que nadie podría prestarle consuelo tan eficaz como aquella fiel servidora que había conocido a Nora desde su nacimiento y que había sido para ella como una segunda aliviado, porque estaba convencida de que la desgraciada madre se vería muy pronto rodeada de los más solícitos cuidados.

La señora sintió la necesidad de comunicar inmediatamente esta noticia a su hermana, que también se interesaba mucho por la señora Stanhope; pero la tía no aparecía por ninguna parte. Emmi, que, contra su costumbre, estaba sentada muy calladita en un rincón, le dijo que Fred había estado buscando un largo rato a la tía, hasta que la había encontrado y se la había llevado con él, sin duda para enseñarle alguno de sus famosos escarabajos. La madre se sentó junto a Emmi, que quería saber cosas de Nora. Sobre todo que su madre le dijese que la pequeña enferma había estado alegre y feliz los últimos días y que no había echado de menos la compañía de Emmi; en el fondo de su corazón reconocía que en su primera visita no había pensado más

que en sí misma, sin acordarse de que podía proporcionar alguna alegría a la pobre Nora.

Fred había estado largo rato persiguiendo a la tía; cuando al fin pudo acapararla, se la llevó hasta un pabellón que había en el fondo del jardín. Una vez que se hubieron acomodado en un banco, le dijo con mucha seriedad:

— Mira, tía; tengo que decirte una cosa, pero nada más que a ti. Hoy he visto a Nora; está muerta del todo y yo no llego a comprender cómo podrá despertarse para vivir nuevamente en el Cielo.

— ¿Dices que no puedes comprender eso, Fred? Bueno, pues yo tampoco — contestó la tía, — pero Dios ha hecho otras muchas cosas que ni tú ni yo podemos comprender y, sin embargo, ahí están. Si alguien que nos merece absoluta fe, nos promete que seguiremos viviendo después de la muerte de nuestro cuerpo, debemos creerlo, y yo, Fred, lo creo firmemente.

— Pero — replicó éste, con su tenacidad habitual, — yo creía que estar vivo era lo mismo para los hombres que para los animales, y cuando un animal se queda completamente inmóvil, es que se ha muerto y jamás vuelve a vivir. Eso lo he observado yo.

La conversación entre tía y sobrino fué interrumpida por el padre, que llegaba en aquel momento de sus visitas e invitó a la tía a que le acompañase a dar una vuelta por la huerta para admirar las magníficas lechugas. Fred se alejó en silencio. No sentía admiración por las lechugas, al contrario, le disgustaban mucho cuando las veía aparecer en su plato.

UN ÚLTIMO Y UN PRIMER VIAJE

U.A.M.  
BIBLIOTECA  
DE EDUCACION

**UAM**  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE MADRID



## CAPÍTULO IX



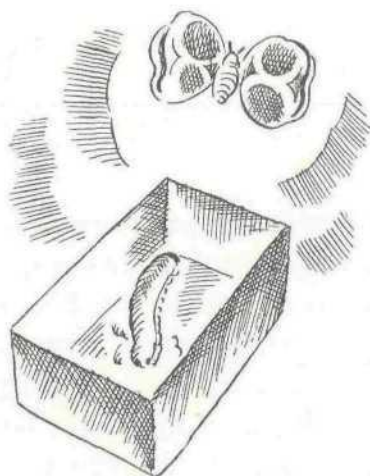
EN aquel momento acababa de pasar un coche por delante de la casa del médico, en el que viajaba sola una señora enlutada. Debía de ser Clarisa, que iba para llevarse a Nora. Los hijos del doctor estaban en el jardín y contemplaban el coche, silenciosos; sentían tristeza de aquel viaje. La tía se había asomado también a uno de los balcones del piso de arriba para ver pasar el coche. Cuando éste hubo desaparecido en la primera revuelta del camino, hizo una seña a Fred, en cuyo cuarto se hallaba, para que subiera, y éste obedeció inmediatamente.

— Mira Fred, estoy arreglando un poco tu cuarto; tienes todo esto muy desordenado y hay muchas cosas que no tienen valor y que no debes conservar. En esta caja hay un animal muerto y eso es lo primero que voy a tirar, y la tía se dirigió resueltamente hacia la ventana con la caja en la mano.

— En nombre del cielo, tía, ¿qué vas a hacer? — gritó Fred, agarrándole la caja. — Es la más hermosa de mis

orugas, que se ha de transformar en una mariposa con dibujos preciosos en las alas.

— ¡Qué cosas dices! — continuó la tía. — Este animal está muerto: ya no volverá a moverse; todo se ha acabado.



— Pero tía, ¿es que no conoces la historia de la oruga? ¡Esto es horrible! — gritó Fred, sujetando fuertemente la caja entre las manos. — Mira tía, este animal parece muerto y, en realidad, la cubierta exterior lo está y se quedará en esta caja, pero en el fondo hay una crisálida que nosotros no podemos ver, pero que conserva la vida. Un

buen día, cuando llegue el momento, abandonará esta cubierta y volará, provista de unas alas lindísimas. Será una criatura nueva y magnífica.

— Eso no puedo explicármelo, Fred — dijo la tía; — no sé cómo va a poder suceder que un gusano, que no ha hecho más que arrastrarse por la tierra, se quede completamente muerto y que luego le salgan unas hermosas alas, eche a volar como una nueva criatura y abandone su antiguo cuerpo con el que no hacía más que arrastrarse. ¿Comprendes tú eso, Fred?

— No, no puedo comprenderlo — respondió Fred, —

pero es así, estoy seguro de ello aunque no puedo explicarme cómo sucede.

— Fred — dijo la tía poniéndose muy seria — ¿y si lo que vivía en el fondo de Nora hubiese abandonado así su cuerpo muerto y ascendido hasta el Cielo, para seguir allí viviendo como un nuevo ser más hermoso y feliz?

Fred se quedó pensativo.

— No había dado en eso — dijo momentos después, — ahora pienso de otra manera respecto a Nora. ¡Qué contenta se habróa puesto al poder volar libremente y abandonar aquel cuerpo enfermizo! Pero tía, ¡te habrás alegrado al ver lo bien que sé la historia tan extraordinaria de las orugas!

— Sí, tienes razón, Fred; es muy extraordinaria esa historia. De ella podemos deducir que hay cosas que no podemos comprender y que suceden aunque ningún sabio pueda explicar cómo. Por eso, Fred, si algún día llegas a ser un sabio — cosa que puede muy bien suceder si te sigues dedicando con cariño a tus estudios favoritos, — cuando tropieces con algo para ti incomprensible, exclama con humildad: “Esto es una cosa que yo no puedo explicar y que demuestra el poder infinito de Dios.” Y entonces admirarás su grandeza, que está muy por encima de tu inteligencia.

Fred volvió a recoger la caja y se quedó examinando su contenido, reflexionando, por primera vez en su vida, en la misteriosa metamorfosis que se producía en aquel animal, aparentemente muerto.

Clarisa había llegado a casa de la señora Stanhope, pero su presencia no le había traído ningún consuelo; parecía



más bien que todos los recuerdos que en ella despertaba aumentaban su dolor. Clarisa hubiera deseado que la señora le contase algo de los últimos días de Nora y, sobre todo, cómo había sido su fin; pero la madre no podía hablar de esas cosas y cada nueva pregunta traía como consecuencia una explosión de dolor, así es que Clarisa optó por guardar silencio. Se

sentó junto a la cama de Nora y la contempló largo rato; la paz que reflejaba el rostro de la niña le produjo algo de satisfacción y consuelo.

Al día siguiente, cuando se enteró de que Elslie se encontraba sola con Nora cuando ésta se durmió para siempre, sintió un gran deseo de verla y la mandó buscar. Cuando Elslie entró de nuevo en el cuarto donde había pasado con Nora horas tan felices y vio su sillón vacío, rompió a llorar

amargamente. Clarisa la atrajo hacia sí con mucha bondad y, después de haberla hecho sentar, empezó a hablarle de Nora. Entonces el corazón de Ełsli se ensanchó; desde el día del fallecimiento de Nora, no había podido hablar de ella con nadie, a pesar de tenerla siempre en el pensamiento. Esta vez, la timidez de Ełsli desapareció y, sin respirar, contó a Clarisa todo lo que Nora le había dicho: sus descripciones del hermoso país al que querían ir juntas, el canto del Paraíso, que Nora recitaba con tanta frecuencia y que ahora, dominada por los recuerdos, repitió Ełsli desde la primera palabra hasta la última, y por fin relató cómo Nora se había marchado sola, dejándola en este mundo; pero ella tenía confianza en que pronto la seguiría, porque Nora pediría al buen Dios que la llamase también al Cielo.

Clarisa escuchaba a Ełsli con sorpresa y enternecimiento. Aquella canción que ella había enseñado a Nora, teniéndola en sus rodillas, cuando era muy chiquita; aquellas palabras de Nora, que Ełsli le repetía y que eran las mismas que ella había empleado tantas veces para describirle el hermoso país de allá arriba. Y una cosa aún más maravillosa: Ełsli tenía el mismo tono de voz que Nora y hacía con las manos los mismos ademanes que ella. Oyendo hablar a Ełsli, veía viva ante sus ojos a la niña querida que las había abandonado para siempre. Atrajo a Ełsli y la abrazó fuertemente, llorando de pena y de alegría al mismo tiempo. Se dirigió, con prisa hacia la habitación próxima, en la cual estaba la señora Stanhope y, muy emocionada, le repitió varias veces:

— ¡Oh, es exactamente igual que nuestra niña! Tiene

la misma voz y dice las mismas palabras que Nora. Es como su hermana. Es nuestra hija.

Al principio, la señora Stanhope, se incorporó para escuchar, pero cuando comprendió lo que Clarisa le decía, movió tristemente la cabeza y se volvió a inclinar sobre el cuerpo de Nora.

Clarisa estaba tan impresionada por lo que acababa de oír, que la indiferencia de la señora no le desilusionó. Salió de la habitación para volver al momento trayendo a Elslí, cuyas lágrimas volvieron a correr al ver el cuerpo inmóvil de Nora. Clarisa la hizo aproximarse a la camita blanca y poner su mano en una de las de Nora, y dijo, dirigiéndose a la señora, que seguía arrodillada junto a su hija:

— Levante usted la cabeza y mire. Nuestra Nora tiene aún algo que decirle.

La madre levantó los ojos y vió a su hija que tenía a Elslí cogida por una mano, como si quisiera presentársela. Un momento se quedó mirando fijamente a las dos niñas. Después cogió entre las suyas las dos manecitas entrelazadas y exclamó entre sollozos:

— Sí, ahora ya sé que has querido mucho a esta niña. ¡Desde hoy no se separará de mí!

La bondadosa Clarisa también estaba llorando, pero sus lágrimas eran esta vez lágrimas de alegría. Acariciaba unas veces a Nora y otras a Elslí, mientras decía con ternura:

— Sí; así tendremos una niña a quien querer y cuidar.

Cuando Elslí se fué hacia su casa le parecía que estaba soñando. No había comprendido bien lo que le iba a suceder.

Estaba firmemente convencida de que Nora pediría al Señor que la llamase y saldría ella misma a esperarla, y entonces tenía la sensación de que Nora había venido a buscarla, pero para llevarla a otro sitio que no era el Cielo.

La última camita de Nora estaba preparada. La habían acostado entre flores para trasladarla hasta su casa. Todo lo había arreglado la fiel Clarisa. Cuando los últimos preparativos estuvieron terminados, ésta se dirigió a visitar a la madre de Elslí. La conversación fué bastante corta y Clarisa no encontró ninguna de las dificultades que había esperado. Marget oyó con satisfacción las proposiciones que le hacía; sobre todo cuando se enteró de que la señora Stanhope no sólo quería hacerse cargo de la niña para siempre, sino que, además, pensaba indemnizar a los padres por el sacrificio que hacían renunciando a la ayuda que les podía prestar su hija. Marget no pudo ocultar la alegría que experimentaba por la suerte de Elslí y por las ventajas que a ella misma le reportaba. Después de todo, decía Marget, Elslí no tiene la fuerza y la salud necesarias para soportar el rudo trabajo de la casa; además desde que había estado tanto tiempo con Nora, todos sus pensamientos y su manera de ser habían cambiado y ya no era la misma de antes. Eso se notaba muy bien observando a los hermanos chiquitos y, sobre todo, a Hanselí, el cual ahora se pasaba gritando desde la mañana hasta la noche, mientras que Elslí sabía antes hacerlo callar en seguida; para eso, le daba lo mismo usar la cuna.

Completamente de acuerdo se separaron Marget y Cla-

risa: esta última añadió, al despedirse, que haría lo posible para que Elslí fuese, una vez al año, a visitar a sus padres.

Con la rapidez del rayo se extendió por el pueblo la noticia de que Elslí había sido adoptada por la señora Stanhope y que al día siguiente se



la llevaba a vivir a su hermosa finca de las orillas del Rhin. Esta noticia produjo un efecto extraordinario. En cuanto dos personas se encontraban en la calle se detenían para comentar la suerte inesperada de Elslí. En la escuela, la excitación era tal que los alumnos casi no podían permanecer sentados, como si esperasen que la suerte de Elslí había de traer también para ellos algo inesperado.

Hasta el mismo señor Bickel se creyó en el caso de tener que hacer algo completamente contrario a sus costumbres. Empuñando su bastón, dijo:

— Mujer, creo que sería conveniente hacer una visita a la señora Stanhope para demostrarle que la pequeña tiene parientes presentables. Quizás necesite también un hombre que le aconseje respecto a la niña y yo sería el más indicado. Y ¿quién sabe? Más tarde, podríamos hacer una visita a



nuestra pequeña parienta; en aquella región hay grandes fábricas y si la señora Stanhope tiene relación con alguna de ellas, sería posible que hiciésemos algún negocio.

Sin embargo, por esta vez, el señor Bickel tuvo que dejar el bastón en el rincón de donde lo había cogido; pues su mujer no había podido llegar en tan poco tiempo a poseer la corrección necesaria para hacer una visita de tanta categoría.

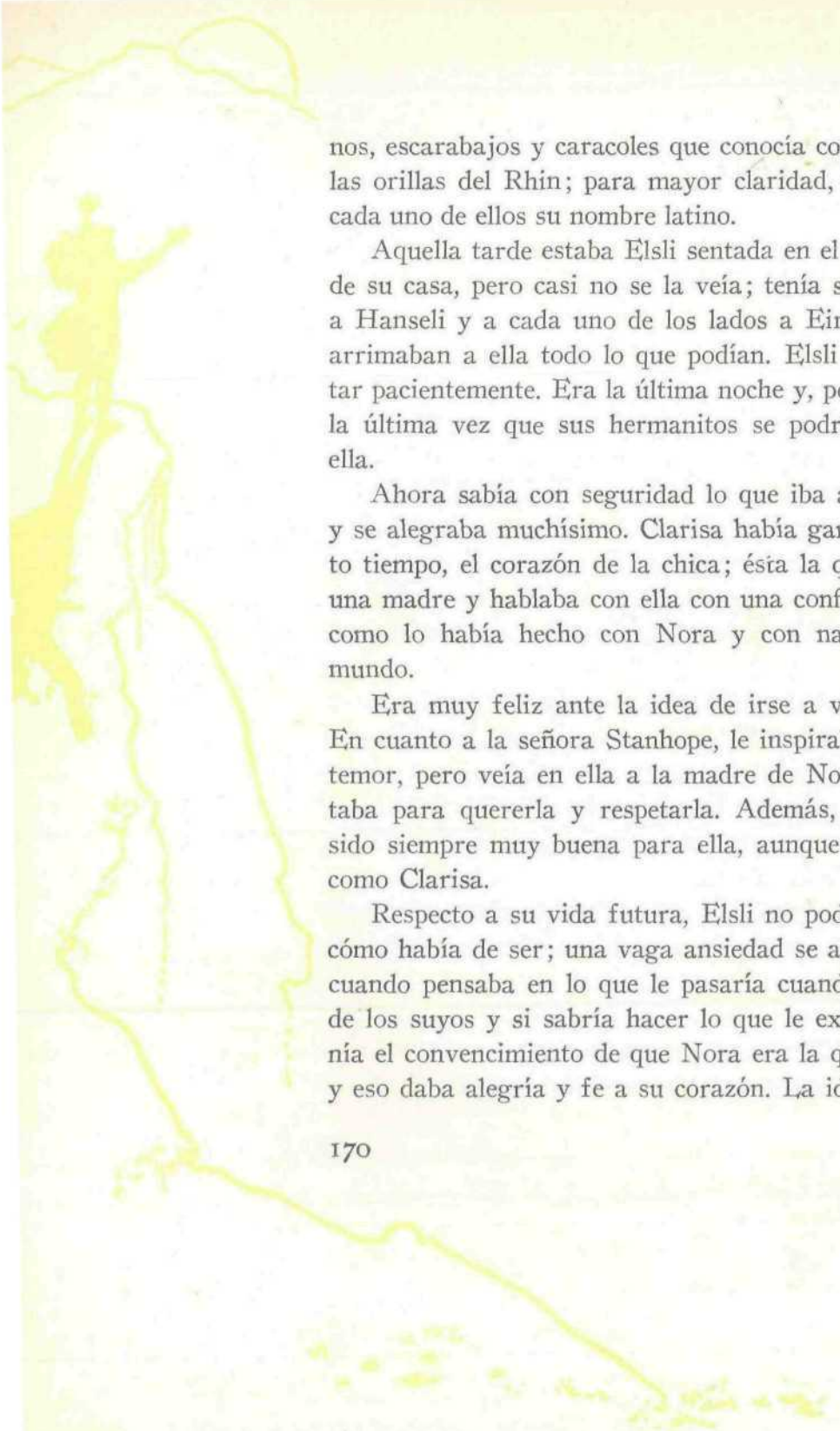
En la casa del doctor era donde la excitación y la alegría habían alcanzado mayor grado. Madre y tía, tenían el corazón lleno de agradecimiento hacia Dios por haber hecho que la niña fuese a parar a tan buenas manos. Ante ella se abría una nueva vida y cuanto se podía esperar de una niña tan dócil. Las dos hermanas no se cansaban de hablar de lo mismo. En cuanto a los chicos, no pensaban en otra cosa.

Oscar andaba todo el día de un lado para otro, absorto en profundas reflexiones. Buscaba el modo de poder utilizar el suceso para el desarrollo de sus planes. No podía resignarse a que la hermosa bandera bordada entuviese inactiva y no cesaba de buscar un motivo para celebrar un festejo que exigiese el uso de la misma.

En un estado parecido de profundas meditaciones se hallaba también Emmi. Fred le dijo varias veces cuando pasaba por su lado:

— Esta tiene, otra vez, algo en la cabeza.

Él mismo estuvo una gran parte del día sentado en su mesa de trabajo. Hizo una extensa lista de todos los gusa-



nos, escarabajos y caracoles que conocía como habitantes de las orillas del Rhin; para mayor claridad, ponía al lado de cada uno de ellos su nombre latino.

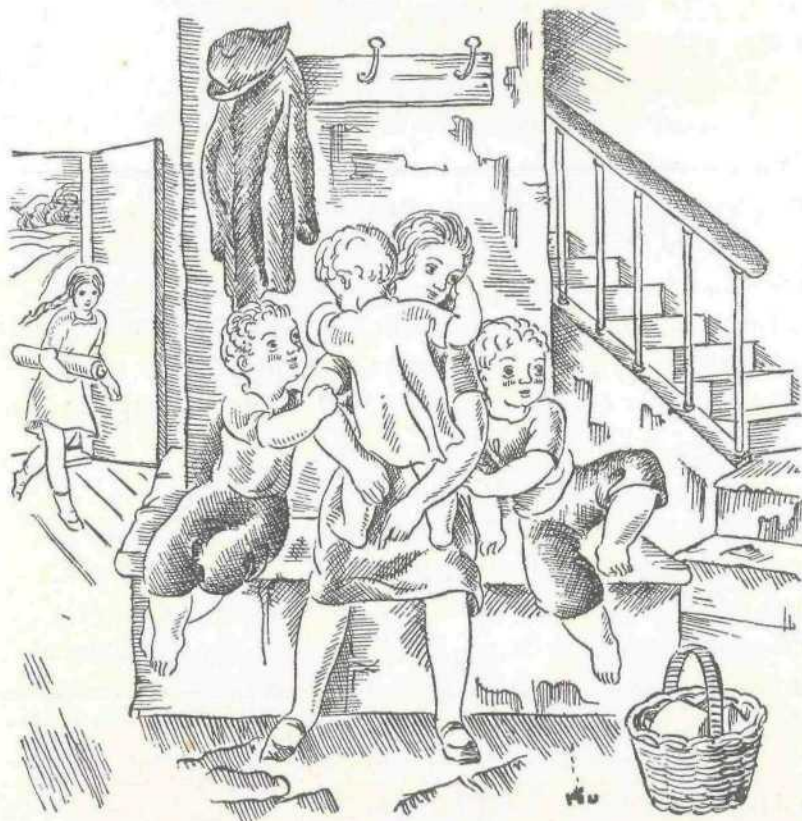
Aquella tarde estaba Ełsli sentada en el banco del cuarto de su casa, pero casi no se la veía; tenía sobre sus rodillas a Hanseli y a cada uno de los lados a Eiri y Rudi, que se arrimaban a ella todo lo que podían. Ełsli se dejaba aplastar pacientemente. Era la última noche y, por mucho tiempo, la última vez que sus hermanitos se podrían sentar sobre ella.

Ahora sabía con seguridad lo que iba a ser de su vida, y se alegraba muchísimo. Clarisa había ganado, en tan corto tiempo, el corazón de la chica; ésta la quería ya como a una madre y hablaba con ella con una confianza tan grande como lo había hecho con Nora y con nadie más en este mundo.

Era muy feliz ante la idea de irse a vivir con Clarisa. En cuanto a la señora Stanhope, le inspiraba todavía algún temor, pero veía en ella a la madre de Nora y esto le bastaba para quererla y respetarla. Además, la señora había sido siempre muy buena para ella, aunque no tan cariñosa como Clarisa.

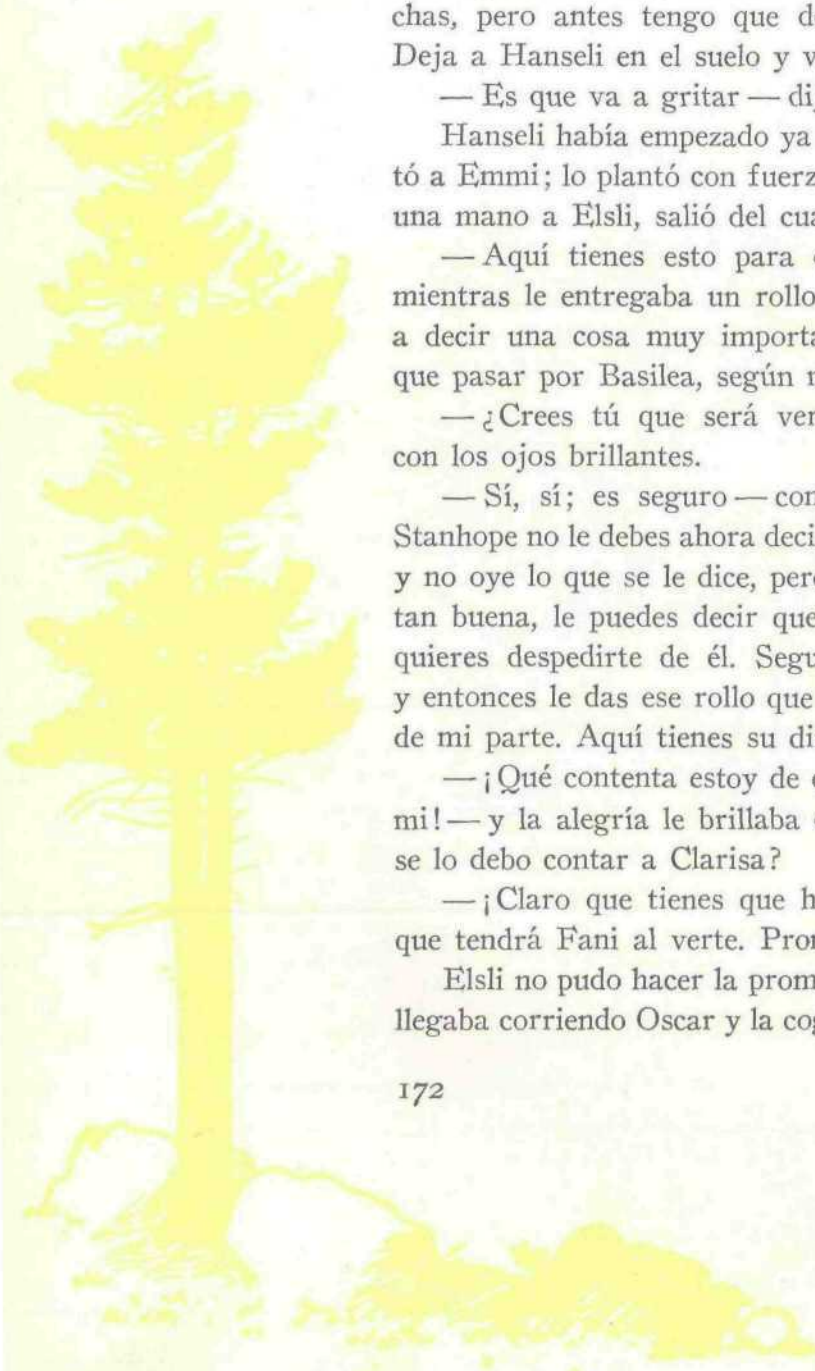
Respecto a su vida futura, Ełsli no podía ni imaginarse cómo había de ser; una vaga ansiedad se apoderaba de ella, cuando pensaba en lo que le pasaría cuando estuviese lejos de los suyos y si sabría hacer lo que le exigiesen. Pero tenía el convencimiento de que Nora era la que la llevaba allí y eso daba alegría y fe a su corazón. La idea de marcharse

le causaba cierta pena, sobre todo cuando pensaba en Fani, de quien se iba a alejar aún más y con la incertidumbre de



que quizás pasarían muchos años antes de que lo volviese a ver.

Elsli estaba tan distraída con sus pensamientos que ni siquiera había notado que el pequeño Hanseli estaba desde hacía un rato muy intranquilo, agitando pies y manos. En



aquel momento entró Emmi, dando saltos, en el cuarto.

— ¡Elsli! — le gritó desde la puerta, — mañana te marchas, pero antes tengo que decirte algo muy importante. Deja a Hanseli en el suelo y ven corriendo.

— Es que va a gritar — dijo Elsli.

Hanseli había empezado ya a hacerlo, pero esto no asustó a Emmi; lo plantó con fuerza en el suelo, y agarrando de una mano a Elsli, salió del cuarto con ella.

— Aquí tienes esto para que lo lleves contigo — dijo mientras le entregaba un rollo de papel; — y ahora te voy a decir una cosa muy importante; durante el viaje tenéis que pasar por Basilea, según me he enterado...

— ¿Crees tú que será verdad? — le interrumpió Elsli con los ojos brillantes.

— Sí, sí; es seguro — contestó Emmi; — a la señora Stanhope no le debes ahora decir nada porque está muy triste y no oye lo que se le dice, pero a la señora Clarisa, que es tan buena, le puedes decir que Fani está en Basilea y que quieres despedirte de él. Seguramente ella te acompañará y entonces le das ese rollo que te he entregado y le saludas de mi parte. Aquí tienes su dirección.

— ¡Qué contenta estoy de que me hayas dicho eso, Emmi! — y la alegría le brillaba en los ojos. — ¿Crees tú que se lo debo contar a Clarisa?

— ¡Claro que tienes que hacerlo!; piensa en la alegría que tendrá Fani al verte. Prométeme que lo harás...

Elsli no pudo hacer la promesa porque en aquel momento llegaba corriendo Oscar y la cogió en seguida por una mano:

— Te he estado buscando por todas partes, Elslí — dijo precipitadamente, — y al fin te encuentro. Ven conmigo, que te tengo que decir algo muy interesante.

Sin hacer más cumplidos se la llevó detrás de la casa y al llegar a la valla se detuvo. Emmi no los siguió, pues temía excitar a su hermano: acababa de coger en casa todos los lápices que había encontrado a mano y todo el papel blanco que los chicos tenían para sus deberes, que siempre desaparecía demasiado de prisa, para mandárselos a Fani, y esto le parecía motivo suficiente para evitar todo encuentro con Oscar.

— Elslí, escúchame con atención lo que te voy a explicar — dijo Oscar; — es muy importante también para ti. Ahora te vas a otro país, allí serás una extranjera, pero seguramente que en aquella región habrá algunos suizos que estén allí establecidos. Podéis formar una asociación patriótica, os reuniréis una vez por semana y hablaréis de la lejana patria.

— Sí, pero yo no sabré lo que tengo que decir — le interrumpió Elslí algo asustada.

— Eso es igual, los otros se encargarán de hablar — continuó Oscar.— Ahora viene lo principal. El próximo verano, cuando te den permiso para venir a casa, otros miembros de la asociación vendrán también, seguramente; entonces tú debes citarlos un día en un punto determinado para celebrar, con una gran fiesta, vuestro regreso a Suiza. Acudirán en masa de todas direcciones y yo iré también con mi bandera bordada. Celebraremos una fiesta como no se ha visto otra

y habrá un desfile magnífico. Escríbeme cuando hayas fundado la Asociación.

— Bueno, ya la fundaré — dijo Ełsli con alguna duda, porque no había comprendido cómo había de fundar la sociedad; pero no tuvo tiempo de hacer más preguntas, porque en aquel momento llegaba F̄red como si fuese a tomar la casa por asalto; traía en la mano una hoja muy larga de papel, y detrás de él corría Rickli, casi sin respiración.

— Ełsli, ven aquí, lee esto — dijo F̄red. — Mira: todos estos hermosos gusanos y estas especies raras de escarabajos y caracoles, los encontrarás en las orillas del Rhin y sus alrededores. Durante tus paseos no tienes más que agacharte un poco, meterte debajo de las matas y escarbar levemente la tierra: entonces todos estos animalitos irán saliendo, los coges y me los mandas. ¿Verdad que lo harás? En cambio yo te mandaré alguna cosa bonita de aquí. No tienes más que ir metiéndolos en el bolsillo hasta que vuelvas a casa, pero tienes que tener cuidado de tapar el bolsillo con la mano para que no se escapen. Mira cómo hago yo siempre — y F̄red puso su mano bien abierta tapando la boca del bolsillo, como si éste estuviese lleno de bestias rampantes que quisieran escaparse.

Rickli, a su lado, temblaba de pies a cabeza.

Ełsli hubiera querido dar aquel gusto a F̄red, pero no veía el encargo con más claridad que el de Oscar; por eso dijo muy humilde:

— Te aseguro que quisiera hacer con mucho gusto lo que me pides, F̄red. ¿Pero cómo voy a saber yo cuáles

son los gusanos y escarabajos que tienen esos nombres?

Ésta era una objeción justificada. Fred lo reconoció así, pero no era él hombre que retrocediera ante el primer obstáculo. Se quedó contemplando la lista. ¿Y si al lado de cada nombre pintase el correspondiente animalito? ¡Esa era la solución!

— ¡Mañana temprano, antes de que te marches, volveré! — gritó, y se marchó corriendo.

Rickli, desde la lección que recibió el día del famoso baño, ya no gritaba cada vez que su hermano se le acercaba con un animal cualquiera en la mano; pero no dejaba de vigilar con mucha atención todos sus movimientos, a fin de evitar que inesperadamente saltase de su mano o de uno de sus bolsillos alguna terrible rana verde. A pesar de todo, Rickli no podía vivir sin Fred y lo seguía por todas partes. En cuanto éste se hubo alejado unos pasos, antes de correr tras de él, se acercó a Eلسli y le dijo, en un tono muy persuasivo:

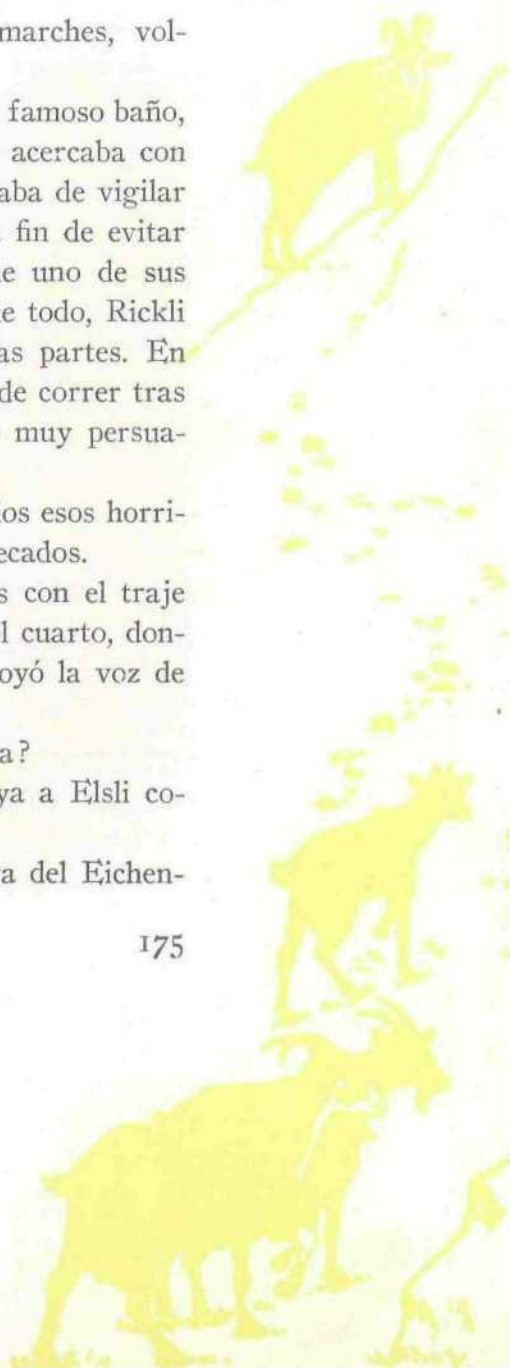
— ¡Pero vivos, no! No le mandes vivos todos esos horribles escarabajos y caracoles. Mándaselos disecados.

En aquel mismo momento llegaba Feklitus con el traje de los domingos, mientras que desde dentro del cuarto, donde Hans seguía gritando sin interrupción, se oyó la voz de Marget que decía:

— ¿No será posible que entres hoy en casa?

Rickli echó a correr, pero Feklitus tenía ya a Eلسli cogida por un brazo y no la soltaba:

— Tengo que visitar a la señora extranjera del Eichen-



rain, para decirle que soy tu primo y que alguna vez iremos a visitarte al Rhin; pero yo no voy solo, me da mucha vergüenza: tienes que acompañarme.

— Suéltame, ya has oído que tengo que entrar en casa; no puedo ir contigo.



— Tienes que venir — gritó Feklitus y, agarrándola más fuerte, se la llevó a la fuerza. Una cosa de tal importancia no podía Feklitus hacerla solo.

Elsli, con los encargos y las impresiones de aquella tarde y pensando en el día siguiente, estaba tan preocupada que no pudo cerrar los ojos durante la última noche que pasó en la casa paterna. A la mañana siguiente, a primera hora, se fué por la carretera que conducía hacia el valle. Al pasar montó en el coche con las dos señoras y como en un sueño




cerca de la casa del médico, un papel doblado en cuatro y atado a una piedra, cayó dentro del coche.

— ¡Adiós, Elslí! Me gustaría mucho poder irme contigo — se oyó al mismo tiempo. Era Fred, que había madrugado para acabar de pintar los escarabajos y había imaginado este medio de hacer llegar la lista a manos de Elslí.

Este último saludo hizo que se llenaran de lágrimas los ojos de la pequeña viajera; ahora veía con claridad que abandonaba su patria para irse muy lejos, muy lejos. Clarisa, que lo había observado todo, la agarró cariñosamente por la mano y la apretó contra ella para hacerle sentir que, aunque se marchaba lejos, iba con una madre.

Durante los diez días siguientes, los cuatro hermanos no tenían más tema de conversación que los sucesos ocurridos durante las últimas semanas, desde la llegada de Nora enferma hasta el viaje de Elslí; cuando todos los detalles, por pequeños que fueran, habían sido bien discutidos y comentados, empezaban de nuevo la revisión. El décimo día llegó una carta muy abultada. Al reconocer la letra de Elslí se produjo una profunda emoción en toda la familia. La madre y la tía estaban impacientes por enterarse de las noticias, y los cuatro chicos alargaban la cabeza, pues cada uno quería ser el primero en conocer el contenido de la carta. Ésta venía dirigida a Emmi, la cual abrióla y, separándose del grupo, exclamó:

— Yo os la leeré en voz alta. ¡Son por lo menos ocho páginas! — Y empezó a leer.



"Lindenhalde, en el Rhin, 28 sep. 18...

Querida amiga:

Te doy un millón de gracias por el buen consejo que me diste: si tú no me lo hubieras dicho, yo no me hubiera atrevido jamás a hablar de Fani.

Te voy a contar todo desde el principio. Cuando Fred me dijo adiós y yo me di cuenta de que me alejaba de vosotros, empecé a llorar. Pero tía Clarisa — ahora la tengo que llamar siempre así, — me dijo, con mucho cariño, que yo debía contarle todas mis penas, pues así seríamos dos a soportarlas. La señora Stanhope tenía los ojos cerrados y permanecía inmóvil en el fondo del coche. Yo creí que estaba dormida y me dispuse a hablar de Fani, como tú me habías encargado, y así lo hice. La tía Clarisa no sabía ni que existiera Fani; entonces le conté todo lo que con él había sucedido y desde cuándo no lo había visto. En seguida me dijo que tenía que visitarlo en Basilea; teníamos tiempo, pues íbamos a hacer noche allí; añadió que me acompañaría a buscarlo. La señora Stanhope nos concedería seguramente permiso para ello. Al llegar a Basilea fuimos a un hotel tan grande como yo no había visto otro en mi vida. No pude comer de alegría pensando en que pronto iba a ver a Fani. Eran las tres de la tarde. En seguida de comer, Clarisa preguntó a la señora Stanhope si nos daba permiso para ir a buscar a mi hermano. Nos contestó que no quería quedarse sola y que prefería acompañarnos. Atravesamos un puente muy hermoso que cruza el Rhin y luego tuvimos que andar bastante. Al fin llegamos a un barrio de casas chiquitas y

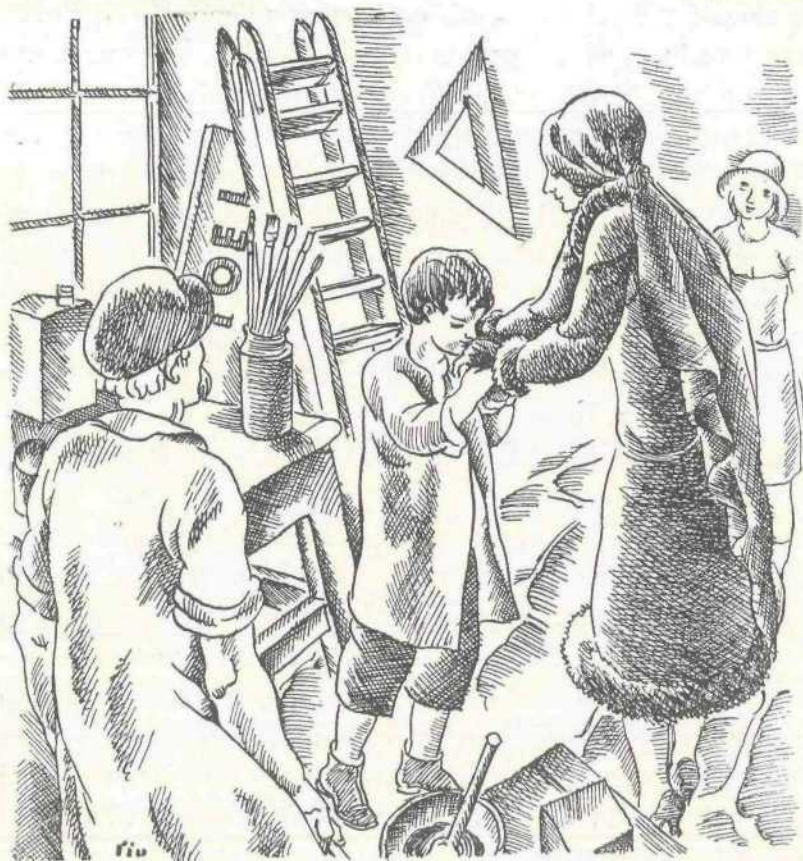
allí preguntamos por el pintor Schulz; estábamos precisamente delante de su casa. La señora entró la primera en el taller, seguida por nosotras. Al verla, Fani, dió un grito de alegría y se abrazó a ella con los ojos llenos de lágrimas, emocionado al ver a personas de su pueblo, del que tanto se acordaba. Entonces se fijó en que yo estaba también allí y se puso aún más contento; pero se volvía siempre hacia la señora Stanhope, como si la hubiera conocido toda la vida. Ya sabes que Fani nunca ha sido tan tímido como yo y dice todo lo que se le ocurre. Sin cesar repetía: — ¡Qué felicidad ver a alguien que viene de mi pueblo! — No puedes figurarte lo amable que la señora Stanhope estuvo con él; al fin le dijo que fuese a buscar a su patrón. Cuando éste llegó, la señora salió del taller con él. Al volver, dijo, dirigiéndose a Fani: — ¿Te gustaría venir a vivir con nosotras y con tu hermana?

No podría decirte lo que sentí entonces; primero, se me quitó el aliento de alegría; después, pensé que aquello no era posible y que debía de haber comprendido mal. Pero Fani daba gritos de contento y, besando la mano de la señora, le decía que, si lo llevaba con ella, trabajaría todo lo que pudiese para que estuviera contenta. Entonces la señora Stanhope le dijo que vendría con nosotras y le explicó a qué hora debía estar en la estación del ferrocarril, al día siguiente. ¡Qué noticia para Fani y para mí!

Nos volvimos al hotel. En el camino dijo la señora, dirigiéndose a Clarisa:

— ¿Te has fijado en el parecido? ¿No has visto sus ojos

castaños, que miran lo mismo que los de Philo? — A tía Clarisa le complació mucho este parecido y se explicó por qué le había sido el chico tan simpático desde el primer mo-



mento. No sé si sabrás que Philo era el hermano de Nora. Aquella tarde la señora habló varias veces de Fani; era la primera vez que nos dirigía la palabra. La mañana siguien-

te, al levantarme, no podía creer que Fani viniese conmigo; tanta felicidad tenía que ser forzosamente un sueño. A la hora del desayuno, la señora, con voz trémula de emoción, volvió a hablar del parecido de Fani con Philo y dijo que se alegraba mucho de llevárselo. ¿No te choca que la señora Stanhope hablase así?


Al llegar a la estación vimos a Fani que venía corriendo a nuestro encuentro. Hacía tres horas que nos estaba esperando; nos dijo que, aunque la señora le había dicho que no viniese hasta las nueve, a las seis ya no podía aguantar la impaciencia y se había dirigido a la estación. Al oír esto, la señora Stanhope se rió un poco, por primera vez. Durante todo el día viajamos en el ferrocarril y Fani estaba en una alegría continua; cuando llegábamos a una estación y había que adquirir algo, Clárisa se levantaba y quería ir, pero la señora la retenía diciéndole: “No, no, ahora tenemos un caballero que debe ocuparse de esas cosas”. Entonces explicaba a Fani lo que tenía que hacer y te hubiera gustado ver como éste corría de un lado a otro y lo arreglaba todo con gran presteza. Después se quedaba mirando a la señora para ver si estaba satisfecha; y ella, con íntimo alborozo de Fani, demostraba estarlo mucho.

Era ya de noche cuando dejamos el tren; la señora nos dijo que estábamos en Maguncia, otra vez en el Rhin, y que a la mañana siguiente veríamos el río mucho mejor que en Basilea. Por la mañana nos embarcamos en un vapor como no se puede imaginar sin haberlo visto. La señora Stanhope dió permiso a Fani para que anduviera por el barco y que

lo viese todo; se pasó el día entero de un lado a otro, loco de alegría, y algunas veces estuvimos hasta una hora seguida sin echarle la vista encima. Por fin, vino a buscar tu regalo y, cogiendo papel y lápiz, dijo que iba a dibujar el barco, para no olvidarse nunca de todo lo que había visto aquel día. Me encarga te dé las gracias por el regalo; esto se me había olvidado al principio de la carta. Al obscurecer, cuando descendimos del barco, nos esperaban un coche y una carroza, porque ya sabes que la pobre Nora hizo todo el viaje con nosotros. Anduvimos en el coche algo más de media hora, y llegamos a una hermosa casa situada en el centro de un jardín muy grande, todo lleno de árboles; era la casa de la señora Stanhope. Cuando bajamos del coche, Fani me preguntó: — ¿Crees que tendré que trabajar aquí, en el jardín, o en el establo? — Pero no pude contestarle, pues tampoco sabía dónde habría de trabajar yo misma. Después, todo sucedió de una manera muy distinta a lo que nosotros pensábamos y a lo que tú seguramente pensarás también. Al principio estaba la señora Stanhope muy triste y no la vimos durante tres días. Pero tía Clarisa era tan buena con nosotros como hasta entonces no lo había sido nadie en este mundo. Nos llevó por el jardín, enseñándonos todas las cosas interesantes que en él había, hasta el sitio en que Philo está enterrado: allí hay una crucecita blanca con su nombre. Comíamos los tres en una mesa. Después fué el entierro de Nora, al lado de su hermano, muy cerca de los grandes tilos.

Tía Clarisa nos explicó que la señora no se reuniría to-

avía con nosotros, porque, al volver a su casa y a sus cosas y encontrarse sin Nora, se había recrudecido su pena. El cuarto día la señora vino a comer con nosotros; estuvo muy amable y dijo que teníamos que empezar a trabajar. ¡Si vieres que curiosidad sentíamos por saber qué clase de trabajo sería! ¡Con decirte que todas las noches pensamos con placer en el día siguiente! ¿Qué clase de trabajo crees tú que nos ocupa? Ninguno. Quizás no lo quieras creer, pero es así. Toda la mañana estamos en clase y aprendemos muchas cosas nuevas. El profesor viene a las nueve de la mañana y está hasta la una para darnos clase a Fani y a mí, solos. Naturalmente que Fani es más listo que yo; pero el maestro es muy bueno y cuando no sé algo, no hace más que decirme, muy amable: “¡Tenemos que trabajar mucho, a ver si alcanzamos al hermanito!” Ahora ya no tengo que tener miedo por no poder hacer los deberes, ni que avergonzarme delante de todos los chicos de la escuela. La una llega con tal rapidez que no lo queremos creer y nos alegramos pensando en que al día siguiente volveremos a empezar. Cuando terminamos de comer, paseamos por el jardín; la señora Stanhope va siempre delante con Fani y él le cuenta lo que ha pasado en las clases o cualquier cosa que se le ocurre, y se ve fácilmente que ella lo quiere mucho, naturalmente, mucho más que a mí, pues ya sabes tú cómo es él. Sabe explicar muy bien lo que siente y demostrar la satisfacción de encontrarse aquí y de ser tan feliz. Todo esto se lo dice constantemente a la señora Stanhope tal como le va pasando por la imaginación y le da mil y mil veces las gracias, besándole la mano.



Cuando entonces se le queda mirando con sus ojos agradecidos, la señora le acaricia los cabellos y le demuestra su afecto como yo no se lo he visto hacer más que con Nora. Yo no puedo ser como Fani, y aunque tengo el mismo reconocimiento en el corazón, no sé expresarlo y la señora creerá que no soy tan agradecida como él. Por eso comprendo que ella no sea nunca tan amable conmigo como con Fani. Pero tía Clarisa está muy cariñosa conmigo y cuando volvemos al cuarto me enseña unos trabajos muy bonitos y también a bordar, lo mismo que tú sabes. Dile a Oscar que, como no puedo encontrarle ningún miembro para la sociedad, en cambio le bordaré una bandera muy hermosa para el día de la fiesta — tía Clarisa me ha dado ya permiso. — Dile que me escriba diciéndome cuál es la divisa que ha de figurar en la bandera.

Mientras yo trabajo en el cuarto próximo, Fani tiene clase de dibujo. Para esto viene otro maestro que está dos horas con él. La señora Stanhope está casi siempre a su lado, pues tiene una gran alegría al ver lo de prisa que aprende; ya ha dibujado algunas cosas muy interesantes.

Después salimos los dos solos al jardín y corremos por todos los rincones. A cada paso hay bancos y bonitas estatuas de piedra blanca. ¡Es tan hermoso! El jardín es muy grande y llega hasta el Rhin; en la orilla se ven unos tilos muy corpulentos. Es tan delicioso que yo creo no hay nada más bello en el mundo. Dile a Fred que me fijo mucho en los insectos, pero que hasta ahora no he podido coger ninguno; que no se enfade, quizás llegue a coger uno y se lo mandaré.



Después de cenar, tía Clarisa se sienta al piano y cantamos la canción que tanto le gustaba a Nora y otras dos o tres que me ha enseñado. Entonces Fani está generalmente en la habitación próxima y se entretiene dibujando; algunas veces viene a cantar con nosotras y entonces las canciones resultan mucho mejor y la señora Stanhope viene también a escucharnos. Por fin hacemos nuestros deberes para el día siguiente. No te puedo explicar lo cortos que nos parecen los días. A Fani y a mí nos da mucha pena que el día no tenga unas horas más para no tener que acostarnos tan pronto.



Cuando entramos al comedor a la hora de las comidas, casi siempre dice tía Clarisa: — ¡Bendito sea Dios que nos ha concedido unos niños para que se sienten con nosotros a la mesa! — Ayer mismo lo repitió y la señora Stanhope le dijo: — Estoy segura de que tú no estarías satisfecha

hasta que tuviésemos la casa llena de niños. — Y tía Clarisa añadió: — Nunca me parecerían demasiados. — A lo



cual la señora Stanhope respondió en seguida: — Ya sé lo que podemos hacer; el año que viene invitaremos a nuestros amiguitos de Suiza; vendrán los cuatro hijos del doctor y tú podrás tener a Rickli bajo tu especial protección. — Al oír esto, Fani dió un grito de alegría y yo me quedé sin poder pronunciar ni una palabra, y de contenta no pude pasar ni un bocado. También

tía Clarisa se alegró muchísimo y, batiendo palmas, dijo: — Elslí tiene que escribir en seguida, hay que dejar el asunto arreglado para que no se nos escape. — Y sin poder contener su alegría repetía: — ¡Es una idea magnífica! — Entonces Fani y yo dimos una vuelta por el jardín para ver todas las cosas que os tenemos que enseñar cuando vengáis: las hermosas figuras de piedra, los bancos en los bosquecillos y los grandes tilos bajo los cuales se puede uno sentar a la sombra y contemplar el Rhin. Yo me alegro también mucho por lo de los escarabajos; Fred los podrá coger él mismo. Fani le escribirá pronto una carta muy larga, y a Oscar también. Pero antes quiere acabar de dibujar el grupo de

los tilos de la orilla, para mandártelos a ti como regalo.

Saludad, en nuestro nombre, a todos los de vuestra casa, así como a nuestros papás y hermanitos. Fani me encarga un saludo especial para ti.

Tu fiel amiga

*Elsi.*

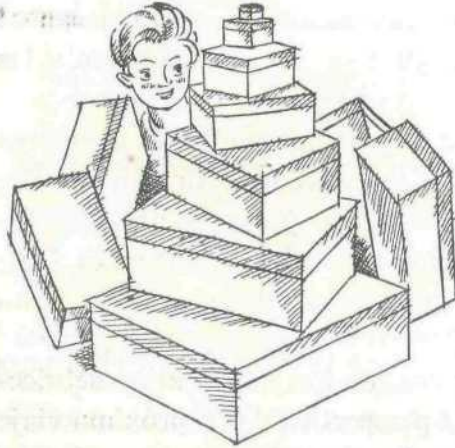
Cuando terminó la lectura de la carta se produjo una gritería tremenda. ¡Qué noticias para los cuatro hermanos! Tantas perspectivas de próximos sucesos se prestaban a los planes más encantadores.

La mamá y la tía no se alegraban menos que los chicos del contenido de la carta. Se sentían libres para siempre de sus inquietudes con respecto a Fani y, llenas de agradecimiento, daban gracias a Dios por haber abierto tan inesperadamente un camino a aquellos dos niños, a quienes tanto querían.

Sería muy difícil decir cual de los cuatro hijos del doctor se alegraba más, ante la perspectiva de su próximo viaje al Rhin; este viaje ocupaba de tal modo sus pensamientos, que no hablaban de otra cosa. Cada uno de ellos hacía por su cuenta planes, de acuerdo con sus aficiones. Oscar veía ya en su imaginación las huestes de suizos que viven en el extranjero y que él, ayudado por Fani, reunirá en una poderosa Asociación. Con no menos alegría piensa en la bandera bordada que dará a la fiesta de la fundación un brillo extraordinario. Se ha puesto a buscar con ardor, en todos los libros de literatura, una divisa que sea digna del objeto y

de la grandeza de la fiesta. Si entre los niños que lean este libro hay alguno que quiera mandar algunas divisas, para que Oscar elija la más apropiada, él se lo agradecerá muchísimo.

Emmi se encuentra en un estado constante de fiebre. Su amigo Fani está ya en camino de hacerse lo que ella había soñado siempre: ¡un gran pintor! Pues ya que la señora



Stanhope le ha tomado un cariño tan profundo, obtendrá de ella lo que quiera, pero sobre todo, la libre elección de su profesión. Emmi casi ni puede esperar el momento de volverlo a ver; cada día concibe la idea de un nuevo plan para dirigirlo en su carrera de artista.

Fred tiene un trabajo ímprobo; prevé un aumento tan considerable de sus colecciones de insectos y otros animales interesantes, que está muy preocupado pensando en dónde podrá colocar tantas riquezas. Ya ha obtenido de su tía la promesa de que todas las cajas, grandes o pequeñas, que no sean de absoluta necesidad en la casa, sean depositadas en su cuarto, en el cual hay ya una cantidad considerable de ellas. Él también, como Oscar, quería lanzar una súplica al

mundo entero, pidiendo que le mandasen urgentemente todas las cajas de cartón disponibles. Pero la mamá se ha opuesto terminantemente ante el temor de que la cantidad de envíos sea tan grande que no haya sitio en la casa para colocarlos.

En cuanto a Rickli, por primera vez en su vida tiene una alegría que no va acompañada de secretos temores. Como Fred había sido hasta ahora su compañero inseparable, ninguno de sus placeres podía ser completo, pues sentía siempre una secreta inquietud ante la posibilidad de que animales horribles saliesen de los bolsillos de su hermano y le saltasen a la cara cuando menos lo esperaba. Esta vez sabía Rickli que estaba bajo la protección especial de Clarisa y que junto a ella podría tomar parte con tranquilidad en todas las diversiones y alegrías en la hermosa casa y en el gran jardín que hasta la horilla del Rhin llega.

Elsli y Fani son cada día más felices en su nueva vida y no tienen más que un deseo: que venga pronto el día en que lleguen de Suiza sus buenos amiguitos, para que vean y puedan compartir todas las cosas tan hermosas de que disfrutan.

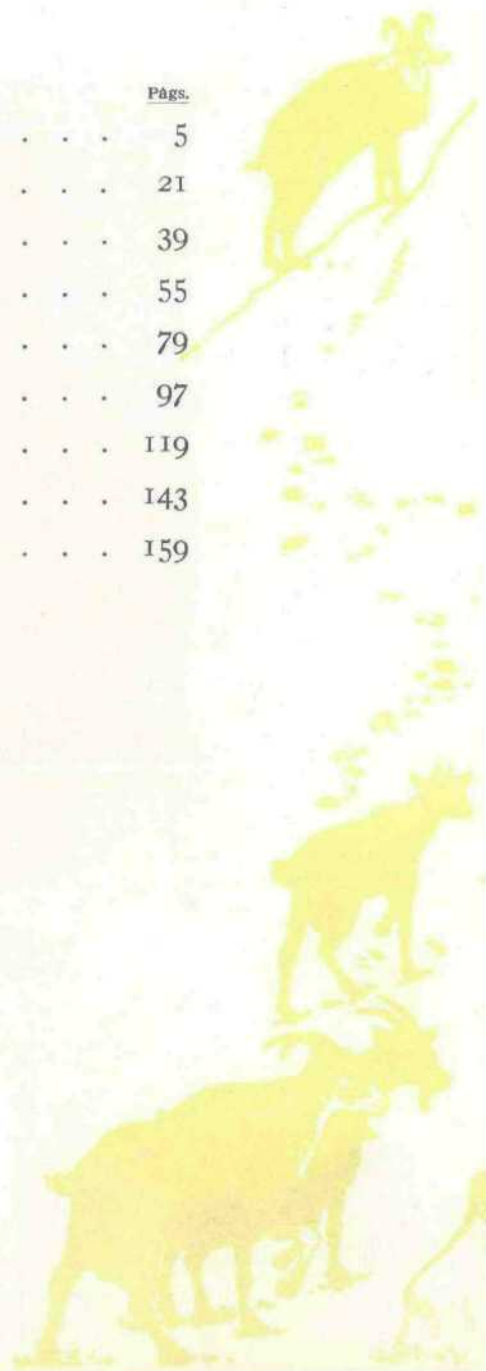
Tía Clarisa cuida de que los dos niños no olviden al Señor del Cielo, que les ha conducido por un camino tan bello. Con alguna frecuencia los lleva al sitio donde están las tumbas de Philo y Nora, y allí les recuerda que si en este mundo el dolor se puede transformar rápidamente en alegría, como ellos saben por experiencia, también la felicidad es susceptible de transformarse en sufrimiento con la misma

rapidez, y la sombra de la muerte puede ocultar los rayos más hermosos del sol de la vida. Y luego añade que tan sólo los que creen firmemente en Dios pueden vivir tranquilos y alegres, porque saben que tienen la vida depositada en sus manos y que Él la conducirá a un feliz término.

FIN

## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
UNA CASA DE CAMPO A ORILLAS DEL RHIN . . . . .	5
EN CASA DEL MÉDICO . . . . .	21
EN EL PUEBLO Y EN LA ESCUELA . . . . .	39
LOS SUCEOS SIGUEN SU CURSO . . . . .	55
EN EL EICHENRAIN . . . . .	79
UNA TÍA QUE ESTÁ MUY OCUPADA . . . . .	97
LO QUE ÓSCAR FUNDA Y LO QUE EMMI URDE . . . . .	119
A LA PUERTA DEL SOL . . . . .	143
UN ÚLTIMO Y UN PRIMER VIAJE . . . . .	159





CRBV.

14.



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5406007324